

P. C. Doherty

EL ASESINO DEL BOSQUE VERDE



Detectives medievales



Lectulandia

En el verano de 1302, mientras Eduardo I de Inglaterra y Felipe IV de Francia mantienen cordiales relaciones diplomáticas, sus agentes secretos libran una dura guerra sucia en los bajos fondos de París.

De nada le sirve a Eduardo y a su escribano mayor de la Cancillería, *Sir Hugo Corbett*, lograr acceder a los enigmáticos planes de Felipe para invadir Flandes si no son capaces de descifrar la clave tras la que se ocultan. Pero este es tal vez el menos de los problemas de Corbett en esta ocasión. Los hombres de Robín Hood, que han sembrado el pánico entre los recaudadores de impuestos, y un agente enviado por la corte francesa, cuyo único objetivo es matar a Corbett, añadirán dificultades a su misión.

Lectulandia

Paul C. Doherty

El asesino del bosque verde

Hugo Corbett - 07

ePub r1.0

Titivillus 22.09.17

Título original: *The Assassin in the Greenwood*

Paul C. Doherty, 1993

Traducción: Carmen Soler

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*A mi hijo Michael,
el mejor dibujante de cerdos*

Introducción

En su celda fría y exigua en el monasterio a las afueras de Worcester, Florence el cronista levantó sus ojos turbios y lechosos y se quedó mirando fijamente la oscuridad que se extendía del otro lado de la ventana de su celda. ¿Cómo debía describir esos tiempos? ¿Acaso debía contar todo lo que había oído? ¿Era realmente cierto, por ejemplo, que el mismo Satán, el príncipe de las tinieblas, había surgido de las profundidades del infierno con su horda de legiones vestidas de negro para tentar y aterrorizar a las almas humanas con visiones del infierno? Le habían contado que una perversa oleada de demonios rodaba y bullía por la faz de la tierra, que se divertían disfrazándose de serpientes, de animales salvajes, de monstruos con los miembros retorcidos, de bestias sarnosas y criaturas reptantes. A medianoche, así lo había oído Florence, en los cielos retumbaban los truenos y los relámpagos brillaban sobre una oleada de seres inquietos, con las manos extendidas y los ojos vidriosos de desesperación.

Otro monje, miembro de su comunidad, aseguraba que había visto un carro que atravesaba el cielo a toda velocidad tirado por unos sementales con los ojos encendidos y el aliento fétido; en su interior, un esqueleto con una corona de zarzas sonreía irónicamente.

Eran tiempos de crímenes. El gran Eduardo estaba en Escocia a la caza del líder rebelde William Wallace, mientras que en Francia, el Capeto de cabellos plateados, Felipe el Hermoso, conspiraba en las dependencias secretas bajo el palacio del Louvre. Estaba concentrando a sus ejércitos, llenando los caminos que iban hacia Normandía con hileras de hombres que avanzaban como serpientes, con caballería, con hombres de armas, arqueros y lanceros; iban en tropel hacia el norte para amontonarse en las fronteras de Francia, donde esperarían la orden de entrar en el reino de Flandes y destruirlo.

Florence había oído esas murmuraciones en el refectorio, mientras el padre Abbott recibía a los mensajeros reales, cubiertos de polvo y con ojos tristes, que habían venido cabalgando desde la costa. Estos correos mantenían informados a los generales del rey, que estaban en Londres, de los barcos franceses que había en el canal, pues Eduardo había profetizado que cuando la flota francesa zarpara sería con la intención de que Felipe atacara Flandes, y tal vez incluso la costa sur de Inglaterra.

¿Qué dirección tomarían primero los ejércitos de Felipe? El papa, en Aviñón, se agazapaba en su trono y esperaba. Eduardo de Inglaterra se sentía inquieto, como soldado que era, y preocupado. Los comerciantes de Londres también estaban a la espera; si Felipe conquistaba Flandes, el comercio de Inglaterra, es decir, los cargamentos de lana que se enviaban a los telares y a los tejedores de Gante y Brujas, se paralizaría y se perderían fortunas. Toda Europa contenía la respiración. Lo único que podían hacer los cronistas como Florence era humedecer la pluma y escribir horribles advertencias y profecías de lo que podía suceder.

En las calles y callejones oscuros de París, que se extendían formando una tela de araña al otro lado del Puente Grande, unos hombres más prácticos ideaban estrategias y planes para descubrir las verdaderas intenciones de Felipe. Hugo Corbett, el escribano más veterano de los jueces del Tribunal Real de Eduardo I de Inglaterra, dueño de los secretos del rey y tenedor del sello secreto, había inundado la ciudad francesa con sus agentes; comerciantes que aparentemente iban en busca de nuevos mercados; monjes y frailes que supuestamente visitaban la casa de la orden a la que pertenecían; eruditos que deseaban entablar discusiones en las facultades; peregrinos que pretendían ir a adorar la cabeza cortada de san Dionisio; incluso cortesanas que alquilaban habitaciones y recibían como clientes a escribanos y funcionarios de la cancillería de Felipe. El trabajo de todos ellos era peligroso ya que Guillermo de Nogaret, el rival de Corbett en la corte francesa, junto con el principal espía de Felipe, Amaury de Craon, sostenían una guerra, silenciosa pero sangrienta, contra las legiones de espías de Corbett. Dos escribanos ingleses ya habían desaparecido, sus cadáveres desfigurados habían sido arrojados a las fangosas orillas del Sena. Otros tres de los «peregrinos» de Corbett se habían convertido en cadáveres descompuestos colgados del gran cadalso de Montfaucon. Una bella cortesana, la joven Alisia, con piel de seda y una maraña de cabello dorado, había muerto brutalmente golpeada en su habitación de La Luna Plateada, donde tantos escribanos del Tribunal Real del rey francés solían cenar y beber.

Así que la sangrienta partida de ajedrez había comenzado: peón contra peón, caballo contra caballo. Lo que estaba en juego era saber. Saber cuándo daría Felipe las órdenes de ponerse en marcha y dónde atacarían sus tropas en Flandes. Si Felipe mantenía la ventaja de la sorpresa todo iría bien, pero si Eduardo de Inglaterra llegara a saberlo, también se enterarían sus aliados flamencos y entonces concentrarían sus fuerzas para detener el avance de Felipe.

Sin embargo, en público, Eduardo y Felipe eran grandes amigos; incluso los mejores aliados. Eduardo se había casado con Margarita, la hermana de Felipe de cabellos plateados, mientras que su propio hijo, el príncipe de Gales, se iba a comprometer con Isabel, la única hija de Felipe. Los franceses enviaron a Eduardo un par de guantes de seda con piedras preciosas incrustadas alrededor de los puños, y Eduardo había correspondido con un Libro de Horas, cuyas hojas eran una gloriosa tapicería de colores. Felipe llamaba a Eduardo «su querido primo». Eduardo contestaba enviando cariñosos saludos a «su querido hermano en Cristo». Sin embargo, en los callejones y en las tabernas que olían a cerrado, cada rey sostenía una guerra silenciosa.

En el mesón La Flor de Lis, que se hallaba en la esquina de la calle de Capuchinas, Ranulfo-atte-Newgate, criado de Corbett y un supuesto enviado extraoficial de Eduardo en la corte francesa, estaba sentado en un rincón de la taberna

con Bardolph Rushgate. Este era un joven de linaje desconocido y pasado misterioso, a pesar de sus rasgos de muchacho y sus rizos dorados en las sienes. Era un eterno estudiante inglés, financiado por el erario inglés para visitar esta o aquella universidad. Tenía instrucciones de no licenciarse en nada y de no estudiar los misterios del cuadrivio, sino de recoger información en nombre de sus amos. Ahora se hallaba apoyado contra la pared, con los ojos cerrados, simulando que se encontraba mal a causa de la bebida. Ranulfo también se comportaba como si estuviera bebido, su cabello pelirrojo enmarañado, los ojos medio cerrados, la boca entreabierta. Incluso se había frotado la cara blanca con un poco de tiza para parecer más pálido. Por su aspecto externo parecían dos ingleses a quienes los fuertes vinos de París no sentaban bien.

—¿Crees que la fulana se las arreglará? —murmuró Bardolph.

—Espero que sí.

—¿Cuántos hay ahora?

Ranulfo miró por entre el aire viciado de la ruidosa taberna y estudió al grupo de vendedores de reliquias. Parecían estar más interesados en mirar fijamente hacia atrás que en vender cualquiera de las baratijas que tenían en los platillos amontonados al lado, en el suelo.

—¿Cuántos? —repitió Bardolph.

—Seis —contestó Ranulfo.

Se le revolvió el estómago mientras echaba la mano por debajo de la mesa buscando seguridad en la daga galesa, fina y punzante, que llevaba en el cinturón y en el puñal metido en la parte superior de sus altas botas de montar. Una vez más, Ranulfo se palpó la bolsa de cuero que contenía una pequeña ballesta y una vaina de saetas.

Arriba, en uno de los reducidos gabinetes que el dueño describía con exageración como «una habitación», Clotilde, una fulana metida en carnes, con la piel tan morena y tan suave como la de la uva, se estaba ganando la plata. De un salto atravesó la maltrecha cama con dosel, rodeó con sus brazos y sus piernas a Enrique de Savigny, un escribano de mensajes en clave de la cancillería de Felipe. Ranulfo se lo había estado trabajando durante días. El escribano francés, lascivo como un perro en celo, no podía creerse que finalmente se viera favorecido por una cortesana de clase tan distinguida, y más cuando al principio le había rechazado. Sin embargo, Enrique no era ningún tonto y sabía cuál era el precio que ella le pedía: una copia del mensaje en clave que Felipe envió a sus generales a las fronteras de Francia.

Primero el escribano se negó. Incluso protestó asegurando que iría a Nogaret y se lo explicaría todo. Bardolph Rushgate le había replicado, ¿acaso tal confesión no consistiría en una admisión parcial de culpabilidad? De Savigny se relamió los labios rojos, echó de nuevo una mirada al lascivo pecho de Clotilde y, a regañadientes, aceptó a cambio de una bolsa de monedas y los favores gratuitos de Clotilde. ¿Qué sentido tenía rechazarlo? Enrique había visto los mensajes en clave y no le habían

dicho gran cosa, así que ¿cómo iba a entenderlos un maldito inglés? Ahora se hallaba absorto en una espiral de placer, sus manos recorrían arriba y abajo la suave espalda de Clotilde. Se deleitaba con la manera en que ella echaba la cabeza hacia atrás y su cabello negro como el azabache se mecía como un halo de pasión a su alrededor, susurrando y rogando que él le diera más.

Clotilde miró, por encima del hombro de Savigny, el rollito de pergamino que había echado sobre la mesa. No le importaba un comino. Ranulfo-atte-Newgate había resultado una expectativa atractiva, y aún más con la bolsa de monedas que le había ofrecido. Plata suficiente para que Clotilde se marchara de París, volviera a Provenza y comprara una granjita o incluso una taberna. ¡Los hombres eran tan tontos! Lo venderían todo por una sola noche con ella. Clotilde continuó fingiendo jadeos y susurros de éxtasis. Vio que se abría la puerta y de repente se quedó helada. Ranulfo-atte-Newgate se deslizó dentro de la habitación como una sombra. La atravesó de puntillas, cogió el pergamino, le guiñó un ojo a Clotilde y se marchó, cerrando con cuidado la puerta tras él.

—¿Nos permite eso, *monsieur*?

Ranulfo se dio la vuelta. Dos de los vendedores de reliquias estaban en el extremo superior de la escalera. Uno se repantigaba contra la pared mascando un trozo de paja, el otro se apoyaba contra la barandilla de la escalera. Ranulfo soltó un taco, alguien los había traicionado. Oyó a Clotilde que reía tontamente en la habitación de al lado. Ranulfo sonrió y asintió con la cabeza.

—¿Tu hermana? —se burló—. ¡Te envía muchos saludos!

El que mascaba paja se movió y, mientras lo hacía, Ranulfo aplastó su puño contra el otro vendedor de reliquias. El que mascaba no tuvo siquiera tiempo de levantar el puñal mientras Ranulfo, ligero como un gato, le dio un golpe con el suyo, haciéndole un buen tajo en un lado del cuello. Bajó con estruendo las escaleras e irrumpió en la taberna.

—¡Corre, Bardolph, corre! —gritó.

El eterno estudiante no se lo pensó dos veces. Ranulfo y él huyeron de la taberna antes de que los otros vendedores de reliquias recuperaran el juicio. Su jefe empujó a dos de sus compañeros hacia las escaleras.

—¡Mirad lo que ha pasado! —dijo con voz áspera.

Los dos hombres separaron los platillos de una patada, sacaron las ballestas que habían ocultado en unos ganchos que había bajo sus capas, atravesaron corriendo la taberna y subieron las escaleras. Uno de sus compañeros estaba inconsciente, el otro moribundo, con sangre borbollándole de la herida del cuello. No le hicieron caso. Uno dio una patada con la bota contra la puerta de la habitación, que se abrió hacia atrás sobre los goznes de cuero. Clotilde y De Savigny levantaron la vista sorprendidos, pero ni el escribano ni la cortesana tuvieron siquiera tiempo de protestar. Los hombres de Nogaret apuntaron con las ballestas y lanzaron una flecha a la garganta de cada amante.

Abajo, en las callejas que se iban oscureciendo, los demás hombres de Nogaret perseguían a Ranulfo y a Bardolph. Los dos agentes ingleses corrían como el viento, resbalaban y gateaban sobre los sucios adoquines.

—¿Quién se lo dijo? —silbó Bardolph.

—¡Clotilde! —jadeó Ranulfo—. ¿Quién si no? Ella no dijo con quién se iba a encontrar, si no Savigny no hubiera entrado con vida en la taberna. Ella les debe haber dicho simplemente que esta noche actuaríamos; ha vendido sus favores a los dos bandos.

Bardolph se detuvo en una esquina, se apoyó contra la pared y jadeó.

—¡La puta mentirosa! —susurró—. ¡La mataré!

—No hace falta —respondió Ranulfo, empujándolo hacia adelante—. Ella y Savigny ya deben de estar muertos; y también lo estaremos nosotros si no corres.

Los dos ingleses huyeron adentrándose más en el laberinto de callejuelas. Ranulfo se había preparado para tal eventualidad. Si conseguían alcanzar la orilla del río estarían a salvo. Tenía el preciado rollo de manuscrito. Otros al servicio de maese Cara Larga, así llamaba Ranulfo a Corbett en secreto, le proporcionarían pasaje a salvo hasta Boulogne y un barco hasta Inglaterra.

Primero oían los gritos de sus perseguidores, pero poco a poco se fueron desvaneciendo. Las calles estaban negras, las callejuelas adoquinadas adyacentes a ellas envueltas en oscuridad. Los buenos ciudadanos de París dormían. No se veía a nadie salvo los débiles y horribles mendigos que gimoteaban inútilmente pidiendo limosna. Ranulfo y Bardolph pensaron que estaban a salvo, dejaron una calle con casas de tejados altos y oscuros y, cuando ya habían atravesando la mitad de una plaza pública, oyeron un grito.

—¡Allí están! ¡Deteneos en nombre del rey!

Ranulfo y Bardolph huyeron. Una saeta de ballesta sobrevoló sus cabezas con velocidad. Casi habían alcanzado la entrada de un callejón, cuando de repente Bardolph gimió, echó las manos hacia adelante y se desplomó sobre los adoquines. Ranulfo se detuvo y volvió corriendo.

—¡No me dejes! —le rogaba Bardolph.

Ranulfo pasó su mano por la espalda del hombre y notó la lengüeta cruel incrustada en la parte baja de la columna.

—La herida es grave.

Ranulfo miró desesperadamente al otro lado de la plaza a las sombras oscuras que se apresuraban hacia él.

—¡Entonces no me dejes con vida! —lloraba Bardolph—. ¡Por favor, Ranulfo, hazlo! ¡Hazlo ahora!

Se sacudió la cara empapada en sudor y miró de cerca.

—¡Por favor! —insistió Bardolph—. ¡Me mantendrán con vida durante semanas!

Ranulfo oyó el azote del cuero sobre los adoquines.

—¡Mira! —siseó—. ¡Mira allí arriba! ¡Estamos a salvo!

Bardolph giró la cabeza con dificultad y Ranulfo le cortó rápidamente la garganta, susurró una oración y se adentró presuroso en la oscuridad.

El bosque siempre había estado allí, los árboles constituían un toldo para proteger la tierra del cielo. Bajo ese velo de verdor que se extendía hasta donde alcanzaba la vista, el bosque había presenciado asesinatos desde el mismo momento en que había visto hombres. Primero a las personillas sombrías que quemaban a sus víctimas en jaulas colgantes para satisfacer a sus dioses de la guerra enfurecidos o para aplacar a la gran Madre Tierra cuyo nombre no debía mencionarse nunca. A estos los sucedieron otros hombres belicosos que colgaban a sus víctimas de los robles o los olmos en sacrificio a Tor y a Woden, el de un solo ojo. También estos habían pasado, sustituidos por hombres que, a pesar de adorar al Cristo blanco, construían templos para sus capitanes del poder.

Los árboles lo habían visto todo: el roble nudoso, el olmo cuyas ramas se inclinaban con la edad. El bosque era un lugar peligroso, un ser viviente y, a través de sus sombras salpicadas de verde, se escabullían los hombres enmascarados que conocían los senderos secretos y sabían cómo eludir las marismas traicioneras. Solo un tonto se apartaría del camino marcado que serpenteaba por el bosque de Sherwood, al norte hacia Barnsleydale y al sur hacia Newark y hacia la gran carretera que descendía hasta Londres.

Los recaudadores de impuestos pensaban en las leyendas del bosque mientras transportaban al erario público, en Westminster, el dinero del rey dentro de arcones zunchados, encadenados y cerrados con candados y en carros cubiertos. Los dos recaudadores de impuestos seguían una ruta secreta, iban por sendas y caminos poco utilizados, de manera que ni siquiera el gobernador local, *sir* Eustace Vechey, tuviera conocimiento de su paradero. El convoy iba protegido por una pequeña columna de arqueros, cubiertos de polvo, y unos pocos escoltas a caballo que escrutaban ansiosos los árboles de ambos lados en busca de las señales de una emboscada. Era un día caluroso. El sol se alzaba en el cielo como un disco de oro fundido y los soldados sudaban y maldecían bajo las cotas de malla y los yelmos de hierro bien ajustados. ¡Si al menos pudieran llegar a Newark y estar a salvo y frescos en su castillo!

El jefe de los dos recaudadores, Matthew Willoughby, se adelantó espoleando a su caballo, con su ayudante John Spencer galopando pegado a su espalda. Los dos hombres cabalgaron hacia la cabeza de la columna, escudriñando en el horizonte el final de ese bosque traicionero. Tan solo pudieron percibir un mar de verdor y el sendero blanco y polvoriento.

—Al menos no hay nadie —dijo Willoughby.

Spencer echó una mirada hacia atrás al convoy.

—¿Creéis que estamos a salvo?

—Hemos de estarlo. El rey necesita este dinero. Ha de estar en el erario público

dentro de una semana y en Dover a finales de mes.

Se quedaron acariciando a los caballos sudorosos, sin esperar a que los carros los alcanzaran. Spencer se levantó apoyándose en los estribos.

—Haremos un alto...

El resto de la frase no llegó a pronunciarse. Una flecha larga con la punta de pluma salió a toda velocidad de entre los árboles, lo alcanzó de lleno en la blanda garganta y le hizo saltar de la silla de montar vomitando sangre.

Willoughby miró a su alrededor con terror. Tres hombres de la escolta ya estaban en el suelo y dos de los conductores de los carros eran un amasijo de sangre aunque todavía estuvieran sentados en los asientos, con las cabezas echadas hacia atrás y unas flechas clavadas en el pecho y en el estómago. Hubo una segunda descarga de flechas. Algunos jinetes se asustaron, mientras que los arqueros caían como bolos antes de poder siquiera tensar los arcos.

—¡Alto! —salió de entre la oscuridad de los árboles—. Maese recaudador de contribuciones —prosiguió—, decid a vuestros hombres que tiren las armas. Tomad vos la iniciativa.

Uno de los jinetes, más valiente o más estúpido que los demás, desenvainó la espada y espoleó el caballo hacia adelante. Dos flechas le dieron de lleno en el pecho y lo lanzaron al polvo. Un arquero sacó una flecha de su carcaj. Se puso a cubierto detrás de uno de los carros. No llegó a alcanzarlo. Una flecha, con la punta de acero y que medía una yarda, le alcanzó de pleno en la mejilla, le entró por un lado de la cara y le salió por el otro. El hombre se sacudió y se giró, dio gritos de asfixia y levantó bocanadas blancas de polvo en el sendero del bosque.

—¡Basta! —gritó Willoughby desesperado—. Tiren las armas.

Soltó la empuñadura de su espada, toda sudada, y entonces un grupo de hombres, armados y encapuchados, vestidos de color verde intenso, con los rostros cubiertos con máscaras de cuero negro, descendieron de los árboles. Se movían silenciosamente, como fantasmas o como esos fuegos fatuos que flotan por los pantanos, tan silenciosos y terribles que Willoughby creyó que eran unos demonios pertenecientes a la jauría salvaje de Herne *el Cazador*. Pero no eran fantasmas. Eran hombres de guerra que llevaban espadas, dagas, escudos, y cada uno de ellos tenía un arco largo y un carcaj de flechas, o bien colgado de los hombros o sujeto con correas a los lados. Aparecieron otros en el extremo del bosque. Willoughby examinó la línea de árboles. Cuarenta o cincuenta agresores, contó con ansiedad para sí. Sabe Dios cuántos más acecharían en la oscuridad. Se mordió el labio nervioso. ¿Cuántos tenía él? Miró hacia atrás, al sendero; al menos siete estaban muertos, solo sobrevivían trece. El hombre con la flecha atravesada en la cara todavía gritaba. Uno de los proscritos se acercó, lo agarró por el pelo y le cortó rápidamente la garganta.

—¡Oh, por la Virgen santísima! —murmuró Willoughby—. ¡Más muertes no!

Un bandido se adelantó. Uno de los hombres de Willoughby se sacó de repente una daga de la manga. Willoughby vio figuras oscuras en el anochecer del bosque y,

antes de que pudiera gritar, las cuerdas de los arcos rasgieron y el desgraciado soldado se desplomó en el suelo, asfixiado con el golpe mortal. El jefe de los proscritos se acercó.

—Descended, maese recaudador. —La voz era amortiguada—. No seáis tan tonto como para intentar nada. Las vidas de los hombres que os quedan están en vuestras manos.

Willoughby se enjugó el sudor de la cara.

—¡Haced lo que dice! —gritó—. ¡No más estupideces!

Willoughby miró fijamente al jefe de los bandidos, pero no pudo percibir nada. Era alto y tenía un marcado acento del norte, pero la capucha y la máscara le ocultaban completamente el rostro.

—¡Nos vais a seguir! —gritó el bandido—. Al que desobedezca lo ejecutaremos.

Todo el convoy tuvo que dar la vuelta y se vio obligado a desandar el camino durante un momento, antes de que se desengancharan los caballos y se les separara de los carros; luego, la larga fila de bandidos, con sus prisioneros y el oro, desapareció por entre la verde oscuridad.

Willoughby no había estado nunca en un bosque tan denso. Los árboles estaban tan juntos que impedían que pasara el sol y lo único que podía hacer el funcionario era caminar sin esperanza, siguiendo a sus captores por un sendero que tan solo ellos conocían y que corría entre los árboles. Solo una vez se detuvieron para saciar la sed en un arroyuelo, luego la marcha continuó. Uno de los carreteros, que había avanzado con valentía a pesar de llevar una punta de flecha en el muslo, finalmente se desplomó. El jefe de los bandidos le susurró algo. El carretero sonrió. El proscrito se colocó tras él. Willoughby vio el brillo de un cuchillo. Oyó un silbido y el carretero se retorció mientras la sangre le salía a chorro.

Transcurrió ese día, cayó la noche, pero la marcha continuó. De vez en cuando atravesaban algún claro. Al levantar la vista, Willoughby vislumbraba el cielo lleno de estrellas y con luna. La maleza recobró la vida con el sonido de los animalitos. De vez en cuando un búho se abalanzaba silencioso sobre su presa, que rompía el silencio con un grito terrible.

Finalmente, cuando Willoughby creía que ya no podía avanzar más, la línea de árboles se quebró y entraron en un claro iluminado por la luz de la luna. Habían encendido antorchas de brea y las habían atado a unos postes clavados en la tierra. Willoughby miró a su alrededor. En un extremo del claro se elevaba una enorme escarpadura rocosa, las cuevas que se hallaban en la base servían probablemente de alojamiento. Cerca, unos estaban encendiendo un fuego enorme, otros bandidos le echaban troncos encima al tiempo que recibían a sus compañeros con vítores y a los prisioneros con gritos de mofa.

—¡Invitados para nuestro banquete! —gritó uno.

Se acercó con el rostro sucio y miró a Willoughby.

—¡Buen venado! —murmuró—. El mismísimo venado del rey. Mirad.

Señaló hacia donde estaban destripando y limpiando un enorme ciervo unos hombres junto a un riachuelo cercano, preparándolo para asar. El jefe de los forajidos se acercó.

—¡El banquete es en vuestro honor, maese recaudador de contribuciones!

—No comeré con vos —contestó.

Inmediatamente, unas flechas se prepararon en los arcos.

—No tenéis alternativa —desafió el jefe de los bandidos.

—¿Cómo os llamáis? —preguntó Willoughby.

—Oh, vamos señor, ya sabéis cómo me llamo y mi título, soy Robín Hood, Robín del Bosque Verde, el Gran Proscrito, el Maestro arquero.

—¡Sois un bribón asesino! —replicó Willoughby—. Y un mentiroso. El rey os perdonó. Cuando os cojan, ¡os colgarán!

El jefe de los bandidos se acercó y agarró a Willoughby por la muñeca. El recaudador de impuestos se echó atrás al ver tras la máscara unos ojos llenos de ira.

—Este es mi sitio —continuó el proscrito—. Esta es mi catedral. Yo soy el rey del bosque verde y vos, maese recaudador, sois mi criado. Hay que enseñaros el respeto que se me debe. ¡Cogedle la mano!

Inmediatamente tres bandidos se abalanzaron y, antes de que el recaudador pudiera resistirse, le empujaron la mano abierta contra el tronco de un árbol y le extendieron los dedos. El jefe de los bandidos, murmurando una melodía, sacó su daga y rebanó el extremo de los dedos del recaudador.

Willoughby, chillando de dolor, se derrumbó en la hierba. La sangre le brotaba de los muñones, y le llenaba las ropas con charquitos de sangre brillante.

El jefe de los proscritos se marchó caminando y volvió con un pequeño bol lleno de brea negra. Volvieron a agarrarle la mano a Willoughby mientras el hombre que se hacía llamar Robín Hood recubría los muñones con la brea caliente.

Willoughby no podía aguantar más. Cerró los ojos y gritó hasta caer totalmente desmayado. Cuando se recuperó, el sufrimiento había dado paso a un dolor salvaje. El recaudador echó una mirada alrededor del claro aguantándose la mano dañada junto al pecho. Los baúles que habían quitado de los carros estaban vacíos y los lanzaban al fuego, que rugía. Los caballos habían desaparecido. Willoughby vislumbró las armas de su escolta apiladas junto a un árbol mientras sus anteriores dueños estaban sentados formando una larga línea cerca del fuego, pálidos y asustados bajo el resplandor de la luz de la antorcha. Todo intento de lucha había desaparecido; estaban aterrorizados por la rudeza y la sangre fría de la que habían sido testigos.

El jefe de los forajidos se acercó y se sentó en cuclillas ante Willoughby. Le lanzó un trozo de venado asado a la mano sana y colocó una copa de vino tinto fuerte junto a él. Willoughby apartó la mirada. La carne que se asaba sobre el fuego desprendía olores muy apetitosos y el recaudador, a pesar de su dolor, recordó que no había comido nada desde la noche anterior.

—Lo siento —murmuró Robín Hood, con la máscara aún en la cara—, no tenía elección. Mirad a vuestro alrededor, recaudador. Estos hombres son salvajes, *wolvesheads*. Si los hubiera dejado actuar a su aire os habrían matado. Os odian, a pesar de que vuestro amo sea el rey, y ven el dinero de esos baúles como algo suyo por derecho. Ahora venid, sentaos con nosotros junto al fuego, y sed cortés.

Tiró del recaudador, que no ofreció resistencia, y lo empujó al otro lado del claro, ofreciéndole un lugar ante el fuego.

Willoughby observaba cómo los bandidos empezaban a trincar unos enormes trozos de carne brillante; desafiaban las llamas del fuego, cada bandido se cortaba un pedazo y se lo metía en la boca, mascando vigorosamente hasta que el jugo le resbalaba por la barbilla. Willoughby, a pesar de su malestar, mordisqueó su trozo de carne y dio algún que otro sorbo a su copa de vino. ¿Habían tenido intención de matarlo?, se preguntaba. ¿Sobreviviría alguno de ellos? Junto a él, el jefe de los bandidos permanecía en silencio.

La mayor parte de la conversación giraba alrededor de un gigante enorme a quien los demás hombres llamaban Little John. Al parecer, era el lugarteniente del jefe y estuvo ausente durante el ataque al convoy. Él también se cubría el rostro con una máscara, lo mismo que la mujer que estaba a su derecha. Iba vestida con una bata corta de color verde intenso; el dobladillo le quedaba bien por encima de las botas de montar, mientras que el corpiño le apretaba el pecho. No mostraba vergüenza ante la presencia de tantos hombres, observó el recaudador. Alrededor de ellos los bandidos hablaban y charlaban; algunos cantaban canciones. Al recaudador se le fueron cerrando los ojos, la mano le dolía. Tragó un poco de vino para olvidar el dolor. Finalmente, los ojos se le cayeron de sueño y, a pesar de los chillidos burlones de los bandidos, cruzó los brazos y se estiró sobre la hierba, sin preocuparse ya más de lo que pudiera suceder.

Se despertó a la mañana siguiente, frío y húmedo, con la mano mutilada que le daba punzadas de dolor. El fuego no era más que una masa de brasas. Willoughby echó una mirada a su alrededor, pero el claro estaba vacío. Se puso en pie y caminó al otro lado, donde estaban las cuevas. Vislumbró unas camas toscas e improvisadas hechas con helechos y ramas. Volvió a mirar a su alrededor gimiendo, pues el dolor de la mano se reavivaba.

—*Jesu miserere!* —lloriqueó—. Nada.

Oh, había restos de comida en el suelo, y por encima de él, en los árboles, los pájaros parloteaban irritados al verse privados de su botín. Willoughby se sintió mareado por el dolor y el vino áspero. Durante un rato se arrodilló, sollozando y vomitando al sentir un regusto amargo en el fondo del paladar. Oyó el chasquido de una ramita y levantó la mirada.

—¿Quién hay ahí? —preguntó.

Nadie respondió. Willoughby vislumbró un destello de color entre los árboles, pero sus ojos estaban nublados por las lágrimas después de la gran vomitona. Se puso

en cuclillas en el suelo, la cabeza le martilleaba y el cuerpo le dolía, tenía la ropa sucia. No había señal de los bandidos. No había indicios, excepto los restos de comida y las brasas, del banquete salvaje de la noche anterior.

Willoughby se sentó balanceándose durante un rato. De nuevo, por el rabillo del ojo, vislumbró un destello de color, pero sentía la mente derrotada y el cuerpo agotado. No osaba concentrarse. Una esfera de dolor le rodeaba la mano. Se notó fiebre y casi deseó haber muerto rápidamente el día anterior. Una urraca enorme, valiente y atrevida, se abalanzó desde los árboles y empezó a picotear, con el pico amarillo y cruel, un trozo de carne cuya grasa ya estaba dura. Willoughby se puso en pie y caminó hacia la línea de árboles. Levantó la vista, una vez más vislumbró el destello de color y se quedó mirando fijamente.

—¡Oh, no! —sollozó—. ¡Oh, Dios, ten piedad!

Se dejó caer de rodillas y miró a su alrededor. Otros restos de color atrajeron su mirada.

—¡Oh, cabrones! —murmuró, y entonces se encogió en el suelo como un niño, gimiendo y llorando.

De las ramas de los árboles que sobresalían alrededor del claro, colgaban del cuello, sin vida, todos los miembros de su séquito, sin ropas ni botas.

Capítulo I

—¡Asesinato!, *sir Peter*, por eso el rey me ha enviado al norte.

Sir Hugo Corbett, tenedor del sello secreto real, se quedó mirando al otro lado de la mesa a *Peter Branwood*, vicedgobernador de Nottingham, ahora gobernador en funciones tras el misterioso asesinato de *sir Eustace Vechey*. Corbett apoyó los codos sobre la mesa y fue enumerando las diversas cuestiones con los dedos.

—El proscrito Robín Hood ha rechazado el perdón. Ha vuelto a formar su aquelarre de forajidos y *wolvesheads* y se ha refugiado en el bosque de Sherwood. Desde allí ha asaltado a comerciantes, peregrinos y por último a los recaudadores de contribuciones reales. Ha saqueado y pillado. ¡Ahora ha matado al gobernador de estos parajes! ¡Por eso, *sir Peter*, estoy aquí!

El rostro bien afeitado de Branwood no se inmutó. Apoyó la cabeza en la mano y se rascó el cabello negro y cortado al rape.

—Y vos, *sir Hugo* —dijo lentamente—, debéis daros cuenta de que para mí será una gran satisfacción personal capturar a ese malhechor. Él ha asesinado a mi amigo Eustace, ha herido y matado criados y funcionarios de este castillo. Él obstaculiza nuestra administración. Él, incluso, ha atacado y saqueado mi casa solariega a las afueras de Newark, en Trent, ha quemado mis graneros y ha degollado mi ganado. —Branwood se lamió los labios—. Ha hecho que mi nombre quedara en ridículo y sigue hostigando y ultrajando mis funciones al igual que las de la corona. —Se levantó y fue a mirar a través de una de las ventanas de estrecha abertura—. Mirad simplemente allí fuera, *sir Hugo*.

Corbett se levantó para acercarse a él.

—Veis el castillo y las murallas de la ciudad, ¿y qué más?

—Bosque —contestó Corbett.

—Sí —suspiró Branwood—. ¡Bosque! ¿Sois un hombre de caza, Corbett? —No esperó una respuesta—. Entrad allí como yo he hecho con mis hombres a caballo y a un tiro de flecha del camino os encontraréis entre una oscuridad tan densa que ni siquiera el sol más brillante puede disipar. Perseguid a un ciervo y os encontraréis con que uno requiere de todas sus habilidades. Perseguid a un proscrito y acabaréis persiguiendo a la misma muerte. —Branwood se separó de la ventana—. En Sherwood, maese escribano, es muy fácil que el cazador se vea cazado. —Se frotó las manos en la túnica verde oscuro y se colocó bien el cinturón de la espada alrededor de su delgada cintura—. Respecto a los soldados que van con vos —continuó—, no se puede confiar en ellos. Algunos podrían estar pagados por Robín Hood.

Branwood captó la expresión de incredulidad en el rostro de Corbett.

—Oh, sí, incluso aquí tienen partidarios. ¿Cómo si no consiguió Robín Hood tener acceso a Eustace Vechey? Esta ciudad y este castillo olvidados de Dios están contruidos sobre un risco con tantos túneles y pasadizos secretos como los que se encontrarían en una madriguera. Algunos túneles llegan hasta el mismísimo bosque.

—Branwood hizo una pausa—. Ahora supongamos que vos confiáis en los soldados —continuó—. Una vez en ese bosque, su estado de ánimo se transforma. Son supersticiosos y el lugar les infunde miedo. Ellos aún creen que las criaturitas lúgubres que viven allí pueden hacer encantamientos y llevárselos al País de los Duendes. Hace tres días... —Se giró y señaló a su corpulento ujier, sentado junto a la mesa—. Contadle, Naylor.

El ujier se movió; su jubón de cuero negro claveteado con tachuelas de acero crujió cuando movió los brazos. Su rostro áspero y la calva de su cabeza le recordaban a Corbett un trozo de piedra cuyo único signo de vida era una mirada penetrante e inquieta.

—Tal como dice *sir* Peter, nos adentramos en el bosque. —El soldado miró con fiereza y fríamente a Corbett—. En un cuarto de hora, el tiempo en que un hombre tardaría en zamparse una comida, desaparecieron dos de mis soldados. Desde entonces no se ha vuelto a ver ni a los caballos ni a los jinetes. Al día siguiente, el mismísimo Robín Hood entró en Nottingham y, con absoluto descaro, clavó en una de las poternas del castillo una balada en verso que trataba sobre lo adecuada que resultaba la elección de *sir* Eustace Vechey, ¡igual de inútil como gobernador que como hombre!

Los ojos de Naylor se dirigieron de Corbett hacia los dos criados del escribano, Ranulfo-atte-Newgate y Maltote, el mensajero, quienes estaban sentados en silencio en el extremo de la mesa.

—¿Y cómo —dijo con burla— cree su majestad el rey que un escribano y dos criados van a resolver todo esto?

—No lo sé —respondió Corbett lentamente—. Sabe Dios. El rey tiene en la cabeza la amenaza de los franceses contra Flandes, pero no puede permitir que sus recaudadores y sus soldados vayan quedando colgados como ratas de corral, ni que su gobernador sea asesinado misteriosamente. —Corbett se dirigió a Branwood—. ¿Cuándo empezaron estos ataques?

—Hace unos seis meses.

—¿Y el robo a los recaudadores de contribuciones y su asesinato?

—Hace tres semanas. Un campesino encontró a Willoughby vagando atontado por el bosque y lo trajo hasta aquí.

Corbett sacudió la cabeza y apartó la mirada. Había visto a Willoughby en Londres. Nunca olvidaría aquel encuentro. El otrora orgulloso funcionario del tesoro público había quedado reducido a una auténtica ruina. Sucio, desaliñado y mal vestido, Willoughby no hacía más que mirarse fijamente la mano mutilada y explicaba una y otra vez cómo habían muerto sus compañeros. La ira del rey se había desbordado al verlo y Corbett se vio obligado a presenciar uno de los ataques de cólera de Eduardo. Daba patadas a los muebles, aporreaba las paredes hasta que le sangraban los puños, esparcía los papeles que tenía sobre su mesa y descolgaba las colgaduras de sus ganchos. Incluso los sabuesos reales fueron lo bastante inteligentes

para acurrucarse y esconderse. Corbett consiguió pasar desapercibido hasta que la cólera real disminuyó.

—¿Soy yo el rey? —rugió Eduardo—. ¿Convertido en la burla de mi propio reino? Vos marcharéis hacia el norte, Corbett, ¿me entendéis? ¡Iréis a ese maldito Nottingham y veréis colgar a Robín Hood!

Así que Corbett fue a Nottingham. Llevaba el mensaje de que el rey desaprobaba con irritación al gobernador Eustace Vechey, pero, al llegar al castillo, había descubierto que Vechey fue envenenado en su propia habitación.

—Explicadme otra vez —dijo Corbett, volviendo a la realidad— cómo murió *sir* Eustace.

—*Sir* Eustace —empezó Branwood lentamente— se hallaba en lo más profundo de una depresión. El miércoles por la noche cenó aquí en el salón. Apenas habló. Comió poco, aunque bebió bien. Luego se puso en pie, dijo que se retiraba pronto y, seguido por su criado Lecroix, se subió una copa de vino a la habitación. Vechey dormía en una gran cama con cuatro columnas, Lecroix en un jergón en un rincón de la misma estancia.

—¿Había algo de comida en la habitación?

Branwood hizo una mueca.

—Un poco. Un plato con dulces y, por supuesto, la copa de vino. Sin embargo, cuando se descubrió el cadáver de Vechey, el doctor Maigret probó tanto los dulces como lo que quedaba de vino. Lo encontró todo bien.

—¿Lo visitó alguien de noche?

—No. Vechey cerró con llave la puerta de su habitación, dejó la llave en la cerradura. Dos soldados montaron guardia fuera, los criados personales de Vechey. Nadie se acercó a aquella habitación.

—Vos habéis hablado de pasadizos secretos.

—Oh, debe de haberlos bajo el castillo, pero la habitación de *sir* Eustace está en el piso superior. Ni siquiera una rata podría meterse allí dentro.

—¿Y las ventanas?

—Como aquí, tan solo estrechas aberturas.

—Así que —reflexionó Corbett— un hombre es envenenado dentro de una habitación cerrada con llave. No entró nadie, nadie podía escurrirse a través de la ventana y no hay pasadizos secretos. ¿Y vos afirmáis que tan solo comió y bebió lo que vos decís?

Branwood resopló.

—Mejor aún. Hizo que yo, Lecroix y el doctor Maigret probáramos todo antes que él. Ya veis, *sir* Eustace tenía pesadillas con Robín Hood. Creía que el proscrito lo quería ver muerto, o por una flecha o por una daga, o envenenado.

Corbett sacudió la cabeza y se dirigió hacia la mesa.

—Así que este hombre se levanta de la mesa sano, se lleva una copa de vino arriba, quizá come algunos dulces y ¿nada de esto estaba envenenado?

—Así es —dijo Branwood suavemente—. Id vos mismo a la habitación, maese escribano. Naturalmente, el cadáver de *sir* Eustace ha sido levantado, pero bajo mis órdenes y las del doctor Maigret, nada más. El vino y los dulces, todo está todavía allí.

—Quisiera interrogar al criado Lecroix.

—Lo haremos llamar, pero seguro que él no es el responsable —explicó Branwood—. Lecroix es ingenuo y amaba profundamente a su amo.

Ranulfo-atte-Newgate levantó la voz y habló con claridad, cansado de la manera como lo miraba Naylor.

—Pero vos habéis dicho, *sir* Peter, que Lecroix dormía en la misma habitación. Seguramente las angustias mortales de Vechey lo habrían despertado.

Branwood se encogió de hombros.

—Vechey había bebido mucho, al igual que Lecroix. Su compañero dormía como un tronco. Y según el doctor Maigret, algunos brebajes matan en silencio y con rapidez.

Corbett se restregó la cara y se acercó hasta la ventana, atraído por un griterío proveniente de abajo, del patio del castillo. Se quedó mirando fijamente abajo, al grupito de criados que se había reunido alrededor de una improvisada plataforma de ejecuciones sobre la que había un verdugo con una máscara roja. Corbett se quedó horrorizado cuando vio que empujaban a un hombre escaleras arriba, con las manos atadas a la espalda. Le encajaron la cabeza en el tajo, el hacha se levantó, brillando bajo el sol, y cayó produciendo un fuerte ruido. Corbett se echó hacia atrás y apartó la mirada, mientras la sangre caliente brotaba formando un arco.

—¿Maese, qué es eso?

Ranulfo y Maltote dejaron la mesa y echaron una ojeada por encima del hombro de Corbett.

—Fíjate —le murmuró Ranulfo a Maltote—, los ojos todavía parpadean y los labios tiemblan.

Maltote, de rostro redondo, no podía soportar ver sangre, suya o de otros, así que se apartó rápidamente deseando no desmayarse. Corbett miró al gobernador.

—¿Un asunto sangriento, *sir* Peter?

—No, una lección —contestó Branwood, mientras jugaba con un anillo que tenía en la mano morena y delgada.

Corbett se apartó cuando el hacha volvió a caer. Captó un brillo de regocijo en los ojos de Branwood.

—¿Qué sucede? —preguntó Corbett desde la ventana.

—Vos estáis de visita en Nottingham, *sir* Hugo. Hay un brote de peste en la ciudad.

Corbett se estremeció y se giró. Gracias a Dios, pensó, no se había traído a Maeve ni al bebé Eleanor.

—En una casa de la calle del Castillo —explicó Branwood— entró la peste, y un

grupo de guardias nocturnos, de acuerdo con la legislación de la ciudad, cerraron el lugar y marcaron la puerta y las ventanas con cruces.

Corbett murmuró una oración; cuando la peste visitaba una casa, todos sus ocupantes la padecían.

—Con todo —continuó Branwood—, un hombre, su mujer, una niña, un niño y dos criados murieron. Los cadáveres tuvieron que ser llevados a los pozos de cal fuera de las puertas de la ciudad. Lo normal en estos casos es que no se acerque nadie, pero esta vez un pariente curioso, más valiente que los demás, fue a presentar sus respetos. Se escondió entre las sombras y cuando uno de los cadáveres era arrastrado al exterior, vio que la cabeza le rodaba a un lado. Le habían cortado el cuello. —Branwood señaló hacia la ventana con la cabeza—. Los vigilantes nocturnos resultaron ser asesinos. Habían matado a toda la familia y habían saqueado la casa. Ahora pagan por ello, ante el rey y ante Dios.

Corbett volvió caminando hacia la mesa, intentando quitarse de la cabeza los repetitivos porrazos sordos seguidos de murmullos del grupito de espectadores.

—Necesito examinar el cadáver de *sir* Eustace —le requirió.

—Ha sido trasladado —contestó Branwood encogiéndose de hombros—, a causa del calor, al pabellón de los condenados a muerte, en un jardín cerca de la poterna.

—Cuanto antes mejor —contestó Corbett ásperamente—. *Sir* Peter, ¿nos mostráis el camino?

El vicegobernador los acompañó fuera, Naylor, Ranulfo y Maltote los siguieron. Corbett observó detenidamente a su alrededor. Desgraciadamente, para ser un castillo real Nottingham estaba bastante abandonado. La pintura de las paredes estaba mohosa y desconchada; las losas del pavimento eran irregulares, húmedas y estaban resquebrajadas.

Branwood los guio atravesando una sucia cocina. Las paredes estaban salpicadas con restos de comida de hacía tiempo, mientras que unas moscas abotagadas zumbaban perezosamente sobre charcos de sangre al tiempo que un cocinero sudoroso y sus pinches con cara mugrienta trinchaban un trozo de buey. Corbett vislumbró un tonel de agua sucia cubierto de espuma. Tragó saliva y juró en voz baja que tendría cuidado con lo que comiera allí. Atravesaron un patio vacío, pasaron por varios pasadizos hasta llegar a un jardincito. Tal vez bajo el mando de anteriores gobernadores fuera un cenador, pero ahora la estatua desportillada del centro se hallaba casi oculta por una maraña de zarzas y malas hierbas.

—Debería estar mejor cuidado —murmuró Ranulfo.

—¡Somos funcionarios reales, no jardineros! —soltó Branwood—. Y gracias a Robín Hood, el pobre Vechey apenas podía cuidar de sí mismo.

Se abrieron camino a través de las hierbas altas y de los tojos hasta una pequeña construcción de piedra con azotea, cuya puerta resquebrajada colgaba torcida de unas bisagras de cuero. Branwood la empujó y con la mano le hizo señal a Corbett de entrar. La peste era tan penetrante que se tapó la nariz.

—Hoy es viernes —murmuró para sí—. Vechey murió la noche del miércoles.

Él miró fijamente a su alrededor, cogió una gruesa vela de sebo que estaba justo pasada la puerta, encendió una yesca y avanzó en la oscuridad. Ranulfo y Maltote, muy sabiamente, se quedaron fuera. El cuerpo del gobernador muerto estaba estirado en el suelo, con una sucia sábana de lino echada por encima.

—Lo siento —gritó Branwood desde la puerta entreabierta—, pero sabíamos que vendríaís, maese Corbett, y el doctor Maigret nos dijo que no vistiéramos el cadáver hasta que vos lo examinarais.

Corbett retiró la pestilente sábana e intentó no pensar. Si lo hiciera le darían náuseas o vomitaría. Vechey era de mediana edad, calva incipiente, un hombre ligeramente gordinflón aunque el estómago estaba mucho más hinchado por los gases retenidos. Tenía los ojos todavía medio abiertos. Corbett intentó no mirarlos, examinó los labios, que se habían vuelto de un color púrpura, y sobre todo las llagas abiertas a ambos lados de la boca. En su juventud el escribano cumplió el servicio militar en Gales, y sabía lo suficiente de medicina para determinar que tales pústulas eran el resultado de una dieta pobre, demasiada carne y poca fruta. Examinó con detenimiento los dedos y las uñas del muerto, pero no advirtió nada raro salvo que la piel de la mano de Vechey parecía lana mojada. Corbett soltó un suspiro, volvió a tirar de la sábana, apagó la vela y caminó hasta el jardín.

—¿Tenía alguna familia, *sir* Eustace?

—Tiene un hijo en el ejército real, en Escocia, y una hija casada con un caballero de Cornualles; él era viudo. Sus restos serán enterrados probablemente en una de las iglesias de la ciudad hasta que el hijo de *sir* Eustace manifieste cuáles son sus intenciones.

—Se lo pueden llevar —murmuró Corbett—. ¡Bien sabe Dios que ese cuerpo ya ha sufrido bastante!

Naylor se reunió con ellos, caminando con determinación por entre la alta hierba. Parecía más amigable y le sonrió a Corbett.

—Ellos ya están listos. Los he convocado en el salón —anunció.

Ranulfo, tomando el sol sentado sobre un muro de piedra, echó una mirada de reojo al ujier, que ya desde el principio no le había gustado.

—¿Quién está listo? —preguntó.

Antes de que le dieran una respuesta, otros tres llegaron por el jardín: un monje bajo con calva incipiente y moreno como una baya, rostro brillante y ojos casi hundidos; a su lado iba un joven escribano de cabello espeso bien corto, vestido con un jubón de fustán sin mangas y hasta la rodilla, el jubón estaba forrado de seda y tenía cortes en las mangas, sobre su cabeza morena reposaba un solideo con borlita; un escribano, pensó Corbett, pero un petimetre. Sin embargo, le gustó el tipo, con su cara de muchacho y sus ojos risueños. Junto a él permanecía una figura severa, con el cabello gris como el acero, cara larga y blanca y barbilla profundamente hundida. Iba vestido con una túnica azul, ribeteada en el cuello y en los puños con lana teñida de

negro, que casi le escondía las larguiruchas piernas. Branwood les hizo señal con la mano de que se acercaran.

—*Sir* Hugo Corbett, os presento a tres miembros de mi casa. Fray Tomás, mi escribano Roteboeuf y el doctor Maigret.

Se estrecharon las manos, Corbett presentó a Ranulfo y Maltote. Miró con fiereza cuando Ranulfo le guiñó el ojo fugazmente a su compañero. Corbett sabía que su criado se estaba riendo del nombre del joven escribano que, traducido del francés normando, significaba rosbif. El perspicaz joven captó el intercambio de sonrisas burlonas.

—Mi nombre —se rio sonoramente— indica mis orígenes, pero no la calidad de las comidas que se dan aquí en el castillo.

El murmullo de risas, compartido por todos salvo por Maigret y Naylor, con rostro sombrío, se vio interrumpido por Branwood, que levantó las manos y manifestó en voz alta:

—Señores, tenemos bastantes problemas, pero os aseguro, que ¡o el cocinero cambia sus maneras o se va!

—¿Quién sabe? —dijo con sarcasmo Roteboeuf—. *Sir* Eustace, que en paz descanse, podía haber sido envenenado por su propio cocinero.

—No hubiera muerto con tanta rapidez —soltó Maigret, parpadeando con enojo mientras se rascaba la punta de la nariz—. *Sir* Eustace fue asesinado. Y vos, *sir* Peter, os librasteis por los pelos.

Corbett percibió el enfado en el rostro saturnino de Branwood.

—¿Qué quiere decir el doctor, *sir* Peter?

—La noche en que murió *sir* Eustace estuvimos cenando en la mesa del salón. Yo me retiré después de *sir* Eustace. Después volví a por una copa de vino a medio acabar. Me la bebí, pero el sabor era ácido, así que la tiré. Después, empecé a tener náuseas y vómitos. Me pasé la noche en las letrinas. Mis intestinos estaban hechos agua. —*Sir* Peter se aclaró la garganta—. A la mañana siguiente me encontraba débil. Pensé que era algo que había comido, hasta que se encontró el cadáver de *sir* Eustace y consulté con el doctor Maigret.

—A él lo habían envenenado —afirmó el doctor triunfalmente como si temiera que alguien lo contradijera.

—¿Con qué? —preguntó Corbett.

—No lo sé, pero si *sir* Peter se hubiera acabado aquella copa de vino seguro que habría muerto. Le dije que ayunara durante veinticuatro horas y que bebiera el máximo de agua posible del pozo del castillo.

Corbett miró fijamente al grupo.

—¿No habéis dicho que alguien nos esperaba?

—Ah, sí, los dos guardias y Lecroix están en el saloncito.

—¿Los dos que vigilaban la habitación de *sir* Eustace?

—Por supuesto.

—Así pues, es mejor que no les hagamos esperar. Yo desearía que todos — continuó Corbett— estuvieran presentes en el interrogatorio.

Volvieron hacia el castillo y entraron en el saloncito. Corbett advirtió que aquello también compartía el aire general de decadencia que se cernía sobre todo el castillo. Era una estancia sucia y embaldosada, las exiguas ventanas estaban protegidas por contraventanas de madera y algunas de ellas acristaladas. A lo largo de las vigas del techo, Corbett vislumbró enormes telarañas, y de las paredes encaladas y sucias colgaban escudos polvorientos con las armas descoloridas de anteriores gobernadores. La chimenea destartada todavía estaba llena de las cenizas del último invierno. En el suelo no había alfombras ni tapetes, sino que estaba cubierto de una gruesa capa de cal. Había dos banquetas cubiertas con cojines, pero estos estaban hechos jirones y descoloridos. En cuanto a muebles, había pocos salvo dos mesas de caballete cubiertas de grasa, sobre la tarima, y varios bancos y taburetes improvisados. Sobre un banco, apoyado contra la pared, estaban sentadas tres sosas figuras. Se pusieron de pie cuando Corbett entró. Los dos guardias de cabello grasiento parecían estar de mal humor. Lecroix, con cara de calavera bajo una greña de cabello negro, era bastante obeso, llevaba el bigote descuidado y una barba que le tapaba un labio leporino.

—Pongámonos cómodos —sugirió Branwood.

Movieron los bancos y los taburetes formando una herradura, todos iban tomando asiento tímidamente, mientras *sir* Peter presentó una vez más a Corbett.

—*Sir* Peter —empezó vivamente, intentando relajar la tensión—, explicadnos una vez más lo que sucedió la noche en que *sir* Eustace murió.

—Nos reunimos todos aquí. La comida era rancia, como siempre. El cocinero dijo que era cerdo asado, pero sabía a húmedo y estaba salado.

Esto hizo que sus compañeros se rieran disimuladamente.

—Algunos bebieron cerveza, otros vino. —*Sir* Peter se tocó la barbilla, haciendo memoria—. Había un plato con verduras y algo de mazapán.

—¿Y no pasó nada durante la comida? —preguntó Corbett.

—Los que tenían hambre comieron y luego, como siempre, estuvimos charlando.

—¿*Sir* Eustace también?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo?

Corbett estudió las caras del resto de miembros de la casa de Branwood; por sus expresiones dedujo que el gobernador estaba diciendo la verdad.

—Oh, pues como una hora y media, luego nos fuimos a dormir.

—¿Y luego qué sucedió?

—Esa mañana me levanté pronto. Tal como he explicado me encontré mal durante toda la noche —continuó Branwood—. Asistí a misa y bajé para desayunar. Esperaba encontrar aquí a *sir* Eustace. Al ver que no estaba, subí a su habitación y les pregunté a los dos guardias si se había levantado.

Ellos asintieron con la cabeza como si se anticiparan a la pregunta de Corbett.

—No *uímos* nada —contestó uno de ellos con un marcado acento pueblerino—.

No *uíamos* nada así que *sir Peter gulpeó* la puerta.

—¿Y entonces?

Lecroix se despertó de sus sueños.

—Me desperté —murmuró—. Ya veis, señor, que tengo el sueño profundo.

—¡Cómo buen bebedor! —soltó Maigret.

—¡Había bebido mucho —gritó Lecroix—, pero estaba cansado!

Corbett lo observó atentamente. Se fijó en los ojos parpadeantes del hombre, la saliva que le resbalaba por la barba desarreglada. «El hombre no está muy bien de la cabeza —pensó—, la mente de un niño en el cuerpo de un hombre».

—Maese Lecroix —dijo él con suavidad—, nadie os está acusando. Simplemente explicadme lo que sucedió.

—Yo estaba dormido en el jergón, al otro lado del aposento. Siempre duermo allí. Los sonoros golpes en la puerta de *sir Peter* me despertaron y me dieron aún más dolor de cabeza. Fui hasta la cama de *sir Eustace* para retirar las pesadas colgaduras. Él estaba allí, estirado. —A Lecroix le empezó a temblar el labio inferior y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Seguid —dijo Corbett en voz baja.

—Supe que pasaba algo. El cuerpo de mi amo estaba retorcido, tenía la cara ladeada y la boca abierta. Tenía la mirada fija. Me recordaba a un perro que había visto aplastado por una carreta. —Lecroix se tapó la cara con las manos—. *Sir Peter* seguía aporreando y me dolía la cabeza así que fui a abrir la puerta.

—¿Y entrasteis vos, *sir Peter*? —preguntó Corbett.

—Entramos todos —explicó el gobernador—. Envié a uno de los guardias aquí abajo al salón. Naylor, Roteboeuf y por supuesto el doctor Maigret se reunieron conmigo.

—Cuando entré —explicó Maigret—, Lecroix estaba arrodillado junto a la cama llorando. —Dio unas palmaditas en la espalda al criado—. Quería mucho a su amo. Una de las cortinas de la cama había sido retirada y era tal como lo ha descrito Lecroix; *sir Eustace* yacía estirado como si hubiera sufrido algún horrible ataque. Por el aspecto de su piel, sus ojos y la boca, deduje inmediatamente que había sido envenenado.

Corbett se puso en pie y sacudió la cabeza en señal de incredulidad.

—Señores, dejad que os repita lo evidente. ¿*Sir Eustace* solo bebió y comió lo que todos en la cena?

—Sí —contestó *sir Peter*—. Y recordad, maese escribano, que insistió en que Lecroix, Maigret y yo lo probáramos todo.

—¿Comió o bebió alguna cosa más?

—No —contestó Maigret—. Cuando dejó el salón subí con él a su habitación. Lecroix le llevó la copa de vino. *Sir Eustace* iba sumido en sus propios pensamientos.

Estaba casi fuera de sí por el miedo que le causaba vuestra visita, *sir* Hugo. Él creía que el rey lo haría personalmente responsable del robo y la muerte de los recaudadores de impuestos. En cualquier caso, le di las buenas noches, cogí la copa que sostenía Lecroix y se la puse en las manos. Incluso entonces Vechey me pidió que lo probara, y así lo hice.

Corbett se volvió y observó al criado.

—¡Lecroix! —susurró.

El criado levantó la vista, su rostro aún era más feo a causa del pánico.

—En el interior de la habitación —continuó Corbett— vuestro amo bebió el vino. ¿Nada más?

—Solo los dulces —murmuró Lecroix—. Siempre tenía una bandejita allí, pero yo también comí algunos.

—¿Bebió algo de agua?

—No. —Dijo Maigret en voz alta y a la defensiva—. Solo hay una palangana de agua para lavarse. Tanto yo como Roteboeuf, aquí presente, la probamos y examinamos la toalla con la que se secaba. No había nada anormal. Lo podéis ver vos mismo, *sir* Hugo, aún están allí, al igual que están los dulces y lo que sobró del vino. Insistí en que la habitación fuera sellada de manera que no se pudiera toquetear nada.

—Maigret dice la verdad —añadió Roteboeuf—. Yo comí alguno de los dulces. Incluso examiné el agua de la palangana.

Corbett se quedó mirando fijamente a la pared manchada de humedad y cerró un momento los ojos. Allí había algo raro, pensó. ¿Cómo podía ser que un hombre fuera envenenado en una habitación cerrada con llave y que todavía nadie encontrara el origen del veneno que lo mató? Suspiró profundamente.

—Mirad. —Levantó sus manos—. *Sir* Eustace murió envenenado. Cómo le administraron el veneno y quién se lo administró es un misterio. Sin embargo, seguramente debió sufrir espasmos, gritar de dolor y despertar a Lecroix.

—No necesariamente —contestó Maigret rápidamente—. Dios sabe qué mató a *sir* Eustace Vechey pero *sir* Hugo, hay venenos (arsénico blanco, beleño, dedalera) que matan con la misma rapidez que una flecha en el corazón. Recordad que *sir* Eustace no era un hombre sano. Estaba demasiado gordo y su corazón se debilitaba. Pudo tardar tan solo unos segundos en morir.

Ranulfo, apoyado contra la pared, desplegó los brazos y dio un paso adelante.

—¿Es posible —preguntó— que Lecroix o cualquier otro hubieran cambiado el vino o el agua?

—No —sostuvo Maigret—. Ya lo consideré. En la habitación de *sir* Eustace las ventanas son aberturas estrechas. Las inspeccioné con detenimiento. No se había lanzado nada a través de ellas, e incluso si así hubiera sido, ¿cómo lo hubieran podido reemplazar? No había otra agua o jarra de vino en la habitación.

—Así pues —concluyó Corbett—, tenemos que *sir* Eustace cena y bebe, pero solo lo que comen y beben ustedes, e incluso lo prueban otros primero. Sube a su

habitación con media copa de vino que al parecer no estaba envenenado. Lo mismo por lo que respecta al plato de dulces que tenía allí y el agua con la que se lavaba las manos. —Eché una mirada a Lecroix—. ¿Vuestro amo se lavó antes de retirarse?

El hombre asintió con la cabeza.

—¿Así que *sir* Eustace se retiró a su cama, cerrado en una habitación con la llave por dentro? —Se quedó mirando a Branwood, que lo observaba con atención.

—Sí —contestó Branwood—. Lecroix abrió la puerta. Yo oí cómo giraba la llave.

—Y vosotros —Corbett señaló a los soldados—, ¿no abandonasteis vuestro puesto y nadie visitó a *sir* Eustace aquella noche?

Ambos hombres movieron la cabeza en señal de negación.

—Aquella misma noche —continuó Corbett—, vos, *sir* Peter, volvisteis al salón a por una copa de vino que os habíais dejado. Ahora bien, si hemos de creer a nuestro buen doctor, eso también estaba envenenado. Un simple sorbo os descompuso el estómago. —Corbett miró al monje que estaba sentado en un taburete, con las manos sobre las rodillas, medio dormitando—. Padre, disculpad, ¿dónde estabais cuando se descubrió el cadáver de *sir* Eustace?

—Yo había vuelto a limpiar la capilla después de decir misa. *Sir* Peter envió un criado a por mí. Subí e hice lo único que podía hacer. Ungí el cuerpo y lo bendije.

—¿Vos habéis visto muchos cadáveres, padre?

Los alegres ojos del sacerdote tropezaron con la mirada de Corbett.

—Ay, *sir* Hugo, más que vos. Fui capellán del rey en los ejércitos que marchaban a Escocia.

—¿Y cuando visteis el cadáver y lo ungistéis, diríais que *sir* Eustace llevaba muerto horas o había muerto poco antes de que *sir* Peter llamara a la puerta?

El fraile entrecerró los ojos.

—El cadáver se iba poniendo rígido —respondió vacilante—. Todavía era flexible aunque había un entumecimiento de los miembros. *Sir* Eustace se retiró una hora antes de medianoche. Yo ungué sus pobres restos entre las ocho y las nueve de la mañana. —Levantó la vista hacia Corbett—. Siendo sincero, *sir* Hugo, creo que *sir* Eustace bien podía estar muerto a medianoche. —El sacerdote se rio con acritud—. La hora bruja, la hora del día en que más almas se van hacia Dios.

Corbett se rascó la frente, tan perplejo como hastiado y cansado después del viaje. Se frotó los ojos. «Nada —pensó para sí—, no hay nada aquí, ni siquiera un cabo suelto».

—Así —respiró—, ¿no sabemos cómo murió *sir* Eustace ni quién lo mató?

—Ah, sí que lo sabemos —dijo en voz alta *sir* Peter—. ¡El proscrito Robín Hood!

—¿Cómo? —replicó Corbett—. ¿Entrando en un castillo en la quietud de la noche y administrando un veneno mortal a un hombre que ya está en guardia contra él? ¿Por qué decís eso?

Sir Peter rebuscó en su cartera y le lanzó un trozo de pergamino grasiento.

—Porque eso es precisamente lo que Robín Hood afirmó que haría.

Capítulo II

Corbett se quedó mirando con incredulidad la escritura garabateada en el pergamino:

—*Sir* Eustace Vehey, supuesto gobernador de Nottingham, ejecutado por orden de Robín Hood. Peter Branwood, supuesto vicegobernador, ejecutado por orden de Robín Hood.

Corbett articuló las palabras lentamente y se quedó mirando a Branwood.

—Así que se supone que debíais morir. ¿Pero por qué no me enseñasteis esto inmediatamente?

—¡Ya os dije que Robín Hood era el responsable! Vehey está muerto, y también yo debería estarlo. No cabe la menor duda de que este proscrito tiene seguidores en el castillo. Pensé —tosió tímidamente—, pensé que debía vigilaros. Ver a qué conclusiones llegabais. —Se encogió de hombros—. Ahora ya lo sabéis.

Corbett volvió a mirar fijamente el pergamino.

—¡Santo cielo! —renegó—. ¡Este bandido se mide de verdad con los que tienen título! Acaba la carta: «Entregado en nuestro castillo del bosque verde». —Corbett le lanzó de vuelta el pergamino a Branwood—. ¡Quiero ver a ese cabrón colgando de las murallas del castillo! ¿Dónde dejaron esto?

—No lo dejaron en ningún sitio. Lo enviaron con una flecha a la muralla exterior.

Corbett miró una telaraña enorme en la esquina de una de las vigas del techo.

—La carta prueba una cosa —afirmó—. Dice «por orden de», así que el envenenador ha de estar en el castillo. No admito que ningún criminal tenga el poder divino de atravesar las murallas. —Corbett hizo una pausa—. Dijisteis que aquí había pasadizos secretos, ¿no es así?

—Abajo en las bodegas, sí, un verdadero laberinto. El castillo y la ciudad están contruidos sobre un enorme risco. Las cuevas y los túneles eran utilizados por gente mucho antes de que llegaran los romanos.

—¿Pero por qué? —Ranulfo dio un paso adelante, sin hacer caso de la mirada sorprendida de los miembros de la casa de *sir* Peter—. ¿Por qué un bandido mataría a uno de los gobernadores del rey e intentaría asesinar a otro? Debería saber que eso haría caer toda la furia real sobre su cabeza.

Corbett asintió. Ranulfo tenía razón: los proscritos y su banda podían vagar por el bosque, saqueando a su antojo. Otros bandidos hacían lo mismo en otros bosques a todo lo largo y ancho del reino. Así que, ¿por qué llamar la atención?

—*Sir* Peter, la pregunta de mi criado es significativa.

El vicegobernador se encogió de hombros y extendió las manos.

—Primero, *sir* Eustace promulgó un bando diciendo que Robín de Locksley o Robín Hood debía morir inmediatamente. También le llamó cobarde, traidor. El bandido contestó exigiendo que *sir* Eustace pidiera público perdón por esos comentarios o cargara con las consecuencias. *Sir* Eustace rechazó y... —Su voz se

desvaneció.

—¿Pero por qué el veneno? —insistió Corbett—. ¿Por qué no en público, ya que *sir* Eustace iba por la ciudad?

—Maese escribano, ¿vos habéis sido soldado?

—Así es.

—¿Habéis visto hombres que perdieran el valor? Bueno, así le pasó a *sir* Eustace. No se arriesgaba a salir del castillo. Estaba obsesionado con la idea de que había un traidor aquí en el castillo, quizás entre los mismos miembros de su casa. Vechey cambió. Estaba nervioso, agitado, se descuidaba y bebía demasiado.

Corbett echó una mirada a su alrededor. «Demasiados oídos aquí», pensó. Se inclinó hacia adelante y susurró algo al oído de *sir* Peter. El gobernador miró a los guardias y a Lecroix.

—Pueden marcharse.

Los soldados se apresuraron a salir del salón, pero Lecroix fue lento.

Rascándose el bigote descuidado, se fue arrastrando los pies hasta la puerta y entonces se dio la vuelta bruscamente.

—Mi amo era limpio —manifestó como si rebatiera la afirmación de Ranulfo y Branwood.

—¿Qué queréis decir? —preguntó Corbett.

—Nada —contestó Lecroix—. Era limpio, en particular en su propia habitación. —Y salió arrastrando los pies.

Corbett esperó a que se cerrara la puerta y entonces se volvió hacia Roteboeuf.

—¿Vos sois escribano del castillo y secretario de Vechey?

El hombre asintió alegremente.

—¿Os dijo algo a vos? ¿Alguna cosa?

—No. *Sir* Eustace se lo guardaba todo, miraba con furia y lanzaba miradas enigmáticas a todo el mundo.

—Yo intenté hablar con él —añadió el padre Tomás—. Pero me dijo que me ocupara de mis propios asuntos, que él se ocuparía de los suyos.

—Y vos, *sir* Peter, ¿por qué intentaría Robín Hood mataros? —Corbett captó un rayo de odio en los ojos del hombre—. ¿*Sir* Peter?

El gobernador extendió los dedos y los examinó detenidamente.

—Hace ocho años yo viajaba hacia el norte por Barnsleydale. Tenía intención, y aún la tengo, de casarme con *lady* Margaret Percy. Le había comprado una pieza de seda, cara y muy preciada. Robín Hood y sus bandidos me detuvieron, cogieron mis regalos, me dejaron desnudo, me ataron a mi caballo y me pusieron públicamente en ridículo.

«Le odia bien», pensó Corbett observando que a Branwood le temblaba un músculo de la mejilla. El vicegobernador tragó saliva.

—Cuando *sir* Eustace proclamó el bando, desafié abiertamente a Robín Hood, llamándole cobarde, hijo ilegítimo de un pequeño terrateniente. Lo desafié a un duelo

en la plaza mayor de Nottingham. —Hizo una mueca—. Ya conocéis la respuesta del bandido.

—¿Estáis seguro —preguntó Corbett, cambiando bruscamente de conversación— de que el bandido no entra nunca en Nottingham?

—¿Por qué lo preguntáis?

—Porque creo que podría ser capturado furtivamente antes que por la fuerza. Su alteza el rey insiste mucho en que sea capturado. Una vez esta amenaza haya desaparecido, Eduardo pretende entrar en campaña contra el rebelde escocés William Wallace.

Corbett miró a Ranulfo, las extrañas palabras del pergamino que su criado había traído de París le venían a la mente. Parpadeó.

—Sí, tal como iba diciendo, el rey necesita los caminos hacia el norte libres para trasladar provisiones y hombres. Robín Hood ha de morir.

—¿Cómo? —preguntó Branwood con burla—. ¿Vos y dos criados?

—No —respondió Corbett, herido en lo más hondo—. ¿Habéis oído hablar de *sir* Guy de Gisborne?

—Sí, está en las tierras cerca de Stifford, en la frontera de Lancashire. Anteriormente fue gobernador aquí, cuando los primeros estragos de Robín Hood.

—Bien —respondió Corbett—. Guy ha ofrecido sus servicios al rey y han sido aceptados. Ningún hombre conoce el bosque mejor que Gisborne. Ahora está en Southwell con una docena de guardabosques instruidos y sesenta arqueros. —Corbett se sintió complacido al ver la cara que ponía Branwood.

—Decidme —continuó rápidamente—, ¿qué sabéis del bandido?

Branwood parecía desconcertado por la referencia a Gisborne y Corbett maldijo su propia ineptitud; podría parecer que el rey no tuviera confianza en Branwood, y se suponía que la presencia de Gisborne era un secreto.

—Robín de Locksley —empezó lentamente Branwood, mientras hacía memoria— era, por nacimiento, un pequeño terrateniente. Heredó el pequeño feudo de Locksley con algunas tierras y derechos de pasto. De joven luchó en los ejércitos del rey en Gales, donde aprendió bien el manejo del arco largo.

Corbett asintió con la cabeza. Él había visto la fuerza y el poder de esa arma, cada vez más utilizada por los arqueros ingleses en lugar de la ballesta. Larga como un hombre y hecha de un tejo pulido, un arquero experto podía usarla para lanzar cuatro flechas por minuto, cada una de una yarda de largo, capaces de atravesar cotas de malla.

—Robín de Locksley nació para la guerra —explicó Branwood—. Tuvo parte en los problemas del reinado del anterior rey, pero luego volvió a Locksley, donde se vio envuelto en una lucha con oficiales del bosque real que, según dicen algunos, mataron a su padre. Robín mató a tres de ellos y huyó a Sherwood buscando refugio.

Corbett escuchaba atentamente; lo que Branwood relataba coincidía con la información que él había recogido antes de marcharse de Westminster.

—Robín era un arquero hábil —continuó Branwood—, un buen soldado que conocía los caminos del bosque como la palma de su mano. En el bosque se reunió con él *lady* Mary de Lydsford junto con un franciscano apodado fray Tuck.

Corbett miró a fray Tomás, que le devolvió la sonrisa burlona.

—No todos los sacerdotes son hombres de Dios —dijo en tono sarcástico—. El viejo Tuck era un bribón que tenía su celda en Copmanhurst, cerca de Fountaindale. Cuando el rey proclamó los indultos a Robín Hood, a Tuck lo enviaron a ayunar a base de pan y agua a una de nuestras casas en Cornualles, donde posteriormente murió.

—¿Qué más? —preguntó Corbett.

—Otros se unieron a Robín —dijo en voz alta Roteboeuf—. Un hombre gigantesco, más grande que Naylor, llamado Little John, un exsoldado y un hombre salvaje. El otro teniente era Will Scathelock o Scarlett.

—Ya veis —intervino Branwood—, que Robín de Locksley era bastante extraordinario. Impuso disciplina en su propia banda y tenía cuidado de no herir a los campesinos o a aquellos que lo pudieran traicionar. Robaba a miembros de la iglesia o señores, y a los que no podía silenciar con terror, los sobornaba. —Branwood se encogió de hombros—. Ya conocéis el resto de la historia. Hace seis años su majestad el rey vino hacia el norte. Proclamó indultos para Robín Hood y sus hombres, incluso —añadió amargamente— dándole al proscrito un lugar en su cámara. Robín se llevó a sus hombres a servir en la guerra escocesa.

Corbett levantó una mano.

—Yo lo vi —murmuró—. Un hombre alto y de rasgos morenos, con cabellos negros como un cuervo. Siempre iba de verde intenso bajo el tabardo real. Era capitán en la compañía de arqueros reales. Rostro severo. —Dijo Corbett pensativo—. Me recordaba a un halcón peregrino de caza. Ya está bien —concluyó—. *Sir* Peter, ¿qué proponéis ahora?

—Mañana por la mañana —contestó el vicegobernador— tengo intención de adentrar a una compañía en el bosque de Sherwood. Os sugiero, *sir* Hugo, que vengáis con nosotros.

—¿Es seguro? —preguntó Corbett.

—No, maese escribano, no lo es. ¿Pero qué puedo hacer? ¿Quedarme encerrado en el castillo como una viuda que guarda luto? Soy el funcionario del rey en estos lugares. No puedo permitir que Robín Hood haga caso omiso de la autoridad real aquí.

—¿No deberíamos esperar a Gisborne?

—¡Gisborne que haga lo que quiera! —soltó Branwood—. Ahora, ¿deseáis ver la habitación de Vechey?

Corbett asintió y Branwood, despidiendo al resto excepto a Naylor, los condujo arriba por una escalera de caracol hasta el segundo piso. La habitación del gobernador muerto todavía estaba sellada y cerrada con llave. Branwood retiró la

cera, abrió la puerta e hizo señal a Corbett de entrar.

La habitación era tan pobre como el resto del castillo. Una gran cama con cuatro columnas oculta tras gruesas cortinas de sarga dominaba la habitación. Había un gran arcón atrancado con una barra de hierro a los pies de la cama. Había una mesa, algunos taburetes, otros dos cofres y, en una esquina, un recio lavamanos de roble con una gran palangana de peltre. En el otro extremo de la habitación había un jergón con un colchón de paja y algunas mantas de lana.

—¿Lecroix dormía aquí? —preguntó Corbett.

Branwood asintió. Corbett separó de una patada la alfombra de juncos sucios y se colocó en el centro de la habitación. Era una celda austera, casi monacal. Las paredes estaban encaladas y las únicas ventanas eran aberturas estrechas. Branwood encendió una lámpara de aceite barata y se la entregó a Corbett, que se acercó hasta la cama y tiró de las cortinas. La cama estaba sucia y vieja, el cojín, las sábanas y las mantas, descoloridos y tiznados de porquería. Branwood tenía razón. El descuido de *sir* Eustace era más que evidente. Corbett examinó con detenimiento las sábanas, cojines y mantas, pero no olían a nada salvo a sudor y olor corporal. Entonces examinó la copa, que aún contenía un poco de vino, pero también este parecía inofensivo, lo mismo que unos pocos dulces que había en una bandeja de estaño en el centro de la mesa. Las moscas habían estado bien ocupadas. Corbett se armó de valor, cerró los ojos y se metió uno en la boca, lo mascó con cuidado hasta que su dulzor empalagoso le pareció excesivo. Se dirigió a uno de los ventanucos y escupió, enjugándose la boca con el dorso de la mano.

—¡Ranulfo! ¡Maltote! —les ordenó—. ¡Examinad los juncos!

Mientras, Corbett miró el agua, mala y sucia.

—Maese —le gritó Ranulfo—, no hay nada entre la alfombra de juncos.

Corbett miró fijamente y con tristeza a Branwood.

—Tenéis razón, *sir* Peter. Aquí no hay nada, así que ¿cómo fue envenenado Vehey?

—Yo no soy médico. Maigret dijo que el brebaje debía ser fuerte. Beleño, arsénico o dedalera.

Corbett recogió la toalla del lavamanos, tenía varias marcas de dedos y Corbett percibió el olor a azúcar y dulces. Recordó las llagas alrededor de la boca de Vehey.

—¿Qué sucede, Ranulfo, si uno tiene costras y se seca la boca con una toalla?

—La toalla a menudo las roza y vuelven a sangrar.

—Bueno, esta toalla está claro que fue utilizada por Vehey. Hay manchas de sangre. —Corbett sacudió las manos desesperado—. Aquí no hay nada —murmuró—. Sabe Dios cómo fue asesinado Vehey.

—Venid —llamó *sir* Peter, casi jovialmente—. *Sir* Hugo, debéis estar cansado. Dejadme al menos que os dé una vuelta por el resto del castillo, tal vez entonces podáis descansar.

Corbett estaba a punto de negarse, pero se dio cuenta de que tal información le

sería necesaria, y todos siguieron a Branwood mientras los iba guiando por los tres pisos de la torre de homenaje y luego por los muros almenados. *Sir Peter* se quedó junto a las almenas con Corbett, que escuchaba a medias mientras le describía el resto del castillo. El escribano agradeció la brisa fresca y disfrutó del inicio de una puesta de sol espléndida. Entonces, algo le llamo la atención en las palabras de *sir Peter*. Corbett siguió la dirección del brazo extendido de Branwood y miró fijamente al norte, más allá de las casas y calles apretujadas de Nottingham, donde se extendía el verde mar del bosque hasta donde alcanzaba la vista.

—¿Os dais cuenta del problema, *sir Hugo*? ¿Cómo se puede perseguir a un hombre en tal inmensidad? Los jinetes son inútiles, la infantería está aterrorizada. Podría haber un ejército allí escondido y uno no se daría cuenta hasta que se encontrara en una emboscada.

—¿El proscrito usa caballos?

—Ese es su punto débil. Un mal jinete prefiere ir a pie. Por supuesto, entre los árboles un soldado a caballo es inútil. —*Sir Peter* sonrió maliciosamente.

Luego llevó a Corbett y a su gente por los tres pisos de la gran torre de homenaje, a lo largo de pasadizos polvorientos, bajo arcos donde la piedra estaba adornada con grecas con el dibujo de dientes de perro y afuera, por la polvorienta muralla exterior. En la muralla interior se estaba retirando la improvisada plataforma de ejecución. Junto a ella, los cadáveres decapitados de los criminales eran metidos a empujones en arcas y las tapas se claveteaban antes de darles sepultura en uno de los cementerios de la ciudad. Una mujer de cabello cano cantaba un lamento fúnebre junto a un arcón, mientras los rudos soldados cogían las cabezas decapitadas y las clavaban en palos, como si fueran calabazas, para exhibirlas a lo largo de las murallas del castillo.

Unos niños medio desnudos jugaban en el polvo, insensibles a los horrores que les rodeaban. Los herreros estaban atareados, los fuegos de las herrerías ardían con fuerza y el ruido de los martillos sobre el yunque era ensordecedor. Las gallinas buscaban granos en el suelo y competían con los sucios y flacos cerdos. Un grupo de mujeres del castillo lavaba ropas en tinas de agua grasienta mientras una muchacha, armada con una vara, intentaba poner orden entre una manada de gansos asustados por el gruñido de un mastín. En la muralla exterior unos soldados se entrenaban con poco entusiasmo hasta que apareció Naylor, y entonces empezaron a golpear enérgicamente contra los estafermos y las figuras rellenas atadas a unos palos.

El castillo era una fortaleza militar rodeada de murallas, la gran torre de homenaje era su centro, mientras que la guarnición y sus familias dormían en habitaciones y dependencias construidas contra las murallas.

El castillo estaba bien provisto: Corbett vio las asquerosas jaulas, el pequeño conejal, la madriguera cubierta con redes, ya que el conejero iba a la caza de carne fresca, un gran palomar levantado en las inmediaciones de un pequeño huerto. Aunque la guarnición parecía atareada y útil, Corbett percibió que el castillo estaba sitiado, como si no se atreviera a aventurarse más allá de las puertas.

—¿Cuántos soldados tenéis aquí?

Branwood se detuvo y se quedó mirando arriba al cielo rojo y dorado.

—Una revista completa. Un caballero, cinco ujieres comandados por Naylor, veinte alabarderos montados, treinta soldados de infantería y aproximadamente el mismo número de arqueros.

Corbett levantó la vista hacia la muralla del castillo, donde el estandarte de *sir Peter*, con tres castillos dorados, ondeaba desafiante mecido por la brisa de la tarde.

—¿Creéis que es prudente adentrarse en el bosque mañana?

—Como os he dicho —espetó Branwood—, no tengo elección. Tengo que mostrarme desafiante frente al bandido. Pero venid, os enseñaré las bodegas.

Los guio de vuelta por la torre de homenaje, a través de una puerta tachonada de hierro y hacia el interior de oscuras y cavernosas bodegas, mucho más altas que un hombre, que se extendían bajo el suelo de la torre de homenaje. Las bodegas tenían huequecitos o escondrijos; dos gatos sarnosos cazaban en la oscuridad mientras *sir Peter* conducía a Corbett y su gente junto a litros de vino, barriles con aros de hierro repletos de cerveza, sacos de grano y otras provisiones.

—¿Dijisteis que había entradas secretas? —preguntó Corbett.

Sir Peter, que había cogido un candelabro de la pared, les hizo señas para que fueran hacia una cavidad, movió un saco de grano y les enseñó una trampilla.

—Tal como os he explicado, el castillo está construido sobre un risco rocoso plagado de pasadizos y túneles. Esta es una entrada, pero podría haber otras que nosotros no conocemos.

—¿Eso no hace que el castillo sea vulnerable?

—No. Si empezara un sitio, estas trampillas podrían sellarse.

Los condujo escaleras abajo y ordenó a Naylor que les mostrara su habitación, dijo que él tenía otras obligaciones urgentes que atender.

Corbett no hizo caso del desaire descortés. Naylor los llevó a su habitación, en el segundo piso de la torre de homenaje, en el mismo pasadizo que la de *sir Eustace*. La habitación era larga, baja y con vigas negras, pero bastante limpia. El suelo de piedra dura estaba barrido y se habían dispuesto alfombras de juncos, algunas aún verdes y flexibles. Las sábanas y mantas del jergón estaban limpias. Había arcones y cofres, algunos con las cerraduras intactas, una mesa, una silla, un banco y algunos taburetes. Las paredes estaban recién encaladas, aunque con bastante prisa: los obreros habían recubierto las moscas que habían muerto allí y apenas se disimulaba el garabato de un león dibujado por algún artista de antaño. Había colgadores para la ropa y un gran crucifijo negro con la imagen retorcida y torturada de Cristo muerto.

Cuando Naylor se hubo marchado, un criado subió una bandeja de madera con una jarra de cerveza fría y algunas copas. Los tres bebieron sedientos y entonces empezaron a deshacer las alforjas. Corbett vio que Maltote recogía el cinturón de la espada y lo lanzaba sobre la cama.

—¡No Maltote! —le ordenó.

El mensajero la dejó caer como si estuviera ardiendo y Ranulfo le sonrió burlonamente.

—Ya te lo he dicho anteriormente —le susurró—. El viejo maese Cara Larga odia tocar las armas.

—Te he oído, Ranulfo —gritó Corbett por encima del hombro—. Maltote, eres uno de los mejores jinetes que conozco, pero ya sabes cuáles son mis órdenes. Nunca toques, en mi presencia, una espada o un puñal. Eres más peligroso que un sargento borracho blandiendo su espada en una taberna abarrotada. —Corbett se lo quedó mirando con suspicacia—. ¿No llevas puñal?

El mensajero de cara redonda le devolvió una mirada de búho, y lo miró con sus ojos de niño temerosos.

—No, maese.

—¡Bien! —murmuró Corbett—. Entonces acaba de deshacer todo. Baja a la despensa del castillo. Pide o roba algo para comer y beber y luego cabalga hasta Southwell. Ya te mostré el camino cuando entramos en Nottingham. Ve hasta el cruce y coge el camino de Newark hacia el sur. Encontrarás a *sir* Guy de Gisborne alojado en La Serpiente. Dile que hemos llegado a Nottingham y que mañana nos adentraremos en el bosque. Sin embargo, él no debe moverse hasta que haya hablado conmigo. Que venga contigo, no al castillo, sino que se hospede en la taberna al pie del risco. ¿Cómo se llama?

—El Viaje a Jerusalén —añadió Ranulfo. No está hablando, tenía ojos de lince para cualquier taberna por la que pasaran, para apagar su sed, enredar a los incautos en una partida de dados o vender sus medicinas «milagrosas» a los que fueran lo bastante estúpidos para comprarlas.

—Llévalos allí —ordenó Corbett.

Maltote asintió con la cabeza, se lavó las manos y la cara en el lavamanos y se escabulló.

—Sois muy duro con él, maese. —Sonrió con burla Ranulfo—. Ambiciona mucho convertirse en espadachín.

—No mientras yo viva —murmuró Corbett—. Ranulfo, él es mortífero. ¿Lo viste en la cena de *lady* Maeve antes de que nos fuéramos de la calle Bread? Estaba destripando un trozo de carne y casi se rebana los dedos. —Corbett se volvió hacia sus bolsas—. ¿Y quién es ese maese Cara Larga?

—Nadie —contestó Ranulfo sintiéndose culpable—. Solo alguien al que ambos conocemos.

Corbett sonrió burlonamente para sí, estiró las últimas ropas en uno de los arcones y colgó sus dos túnicas en un colgador. Intentó no pensar en su mujer, Maeve, que había doblado todo con tanto orden, parloteando como un loro mientras intentaba disimular la inquietud que le producía la marcha de su marido. Una imagen de ella le vino a la mente a Corbett: piel blanca como el marfil, aquellos ojos azul oscuro, aquel bello rostro rodeado por cabellos largos y rubios.

—Debería estar con ella —murmuró—. Ir con ella, con el bebé Eleanor y con el tío Morgan a nuestra casa en Leighton.

Corbett abrió sus alforjas y sacó su escritorio portátil, en el que había, bien ordenado, pergamino, tintero, navaja y pluma. Levantó la vista. Ranulfo observaba malhumoradamente a través de uno de los ventanucos.

—¡Venga! —le instó Corbett, sentado en la silla—. Vamos a desenredar los misterios que hay aquí, ¿no?

Ranulfo no hizo ningún movimiento, así que Corbett se encogió de hombros, cogió la pluma y la introdujo en la tinta verde-azulada.

—Primero —anunció— el asunto del rey en Londres.

Desenrolló el trozo de pergamino grasiento que su criado había traído de París. Corbett lo alisó suavemente. Bardolph había pagado con su vida por él y Corbett, sintiéndose culpable, recordaba la visita que le había hecho a la mujer del muerto en la calle Grubbe, cerca de Cripplegate. El rey le había prometido una pensión, pero la mujer simplemente había gritado, maldiciéndolo, hasta que Corbett se había ido de la casa.

—¿Por qué murió Bardolph? —manifestó en voz alta—. ¿Qué significa este mensaje en clave? *Les trois rois vont au tour des deux fous avec deux chevaliers*. Los tres reyes —traducía Corbett— van a la torre de los dos locos con dos caballeros.

Corbett cerró los ojos e intentó imaginarse el tosco mapa del norte de Francia que sus secretarios habían dibujado en Westminster. Felipe tenía ahora sus ejércitos concentrados allí, decenas de miles de soldados de infantería, escuadrones y escuadrones de caballeros con pesadas cotas de malla, carretas llenas de provisiones. Una vez tuviera la cosecha, su ejército cruzaría hacia Flandes. ¿Pero dónde? ¿El mensaje en clave contenía el secreto?

—¿Dónde caerá el golpe? —murmuró Corbett para sí—. ¿Arrollaría el ejército francés como una ola o formaría una punta de flecha y se dirigiría por un solo camino contra una ciudad concreta? Los aliados flamencos de Eduardo le habían hecho llegar súplicas pidiendo esta información. Si al menos conocieran la ruta por donde pensaba marchar Felipe, anularían su plan de batalla; pero su ejército era pequeño, demasiado disperso para considerar diversas posibilidades.

Corbett recordaba al rey en Westminster, y rojo de ira.

—Somos como un gato que vigila mil agujeros. ¿Dónde asestará el golpe ese cabrón?

Corbett había contestado instando a su mirada de agentes en París a sacarle el secreto a alguien. Ahora tenían la información, pero no significaba nada.

—¿Qué significa? —había gritado el rey—. Por los clavos de Cristo, ¿qué quiere decir?

Corbett le había explicado con calma que el código era nuevo, inventado por uno de los principales escribanos de Felipe. Tan solo lo conocería el rey, su grupo más íntimo de consejeros y los generales que tenía en la frontera francesa.

—¿Por qué no podéis descifrarlo, Corbett? —le había suplicado el rey.

—Porque no se parece a nada de lo que he visto anteriormente.

El rey se había enfurecido.

—Majestad —insistió Corbett con calma, citando una famosa máxima de la lógica—, cualquier problema contiene siempre las semillas de su solución.

—¡Oh, a Dios gracias! —Eduardo gruñó y siguió mirando fijamente a Corbett con sus ojos rojos y medio enloquecidos—. ¿Y qué sucede si descifráis el código, escribano? Felipe sabe que lo tenemos. ¡El muy cabrón podría cambiarlo!

Corbett discrepó.

—Su majestad sabe que Felipe no puede hacer eso. Los preparativos militares ya están hechos, cualquier cambio de planes causaría un caos terrible. Tiene el tiempo a su favor y podría iniciar la invasión en cualquier momento, durante el mes de julio.

—En cuyo caso —gruñó el rey—, ¡tan solo tenéis días!

Corbett cerró los ojos. Justo antes de marcharse de Westminster supo que sus sospechas eran ciertas: los franceses habían tomado otras precauciones respecto al código, por desgracia para él. Corbett suspiró, abrió los ojos y bajó la mirada fijamente al mensaje cifrado. Cuanto más cortos eran esos mensajes, más difíciles de descifrar.

—«Los tres reyes van a la torre de los dos locos con los dos caballeros». ¿Qué quiere decir, Ranulfo?

Su criado seguía mirando tristemente por la ventana.

—¿Echas de menos Londres? —le preguntó Corbett—. ¿O todavía te escuece lo de *lady Mary Neville*?

Ranulfo oyó a su amo, pero siguió mirando tristemente la puesta de sol, intentando controlar la rabia que le bullía en el interior. Había amado a *lady Mary Neville* con toda su alma: su cabello castaño y brillante, aquellos labios que había aplastado contra los suyos cuando ella lo había invitado a su lecho, el cuerpo fresco y blanco que había abrazado. Luego lo desechó como hubiera hecho con una labor de aguja. Agitó las pestañas y le dijo que debía volver al norte en compañía de Ralph Dacre, a quien había descrito como un pariente lejano. Ranulfo lo veía de otro modo: Dacre era un petimetre de corte con cabello rizado y emperifollado, calzas ajustadas, zapatos con hebilla y un jubón azul acolchado. Así que *lady Mary* salió rápidamente de su vida, y lo había dejado desconsolado. Ranulfo miró con enojo a Corbett por encima del hombro.

Las cuestiones del corazón eran asunto suyo.

—¡No solo es lo de *lady Mary*! —soltó.

—¿Quieres decir la escribanía?

—Sí, maese. Gracias a vos, soy experto en francés, español y en el uso del protocolo, pero el rey todavía se niega a elevarme al rango de escribano.

—Está jugando contigo —contestó Corbett—. Quiere probarte.

Ranulfo se rio con desprecio.

—Gracias, maese, pero me temo que la escribanía se me escurrirá de entre los dedos del mismo modo que hizo *lady* Mary Neville.

Corbett se le acercó, cogió a su criado por los hombros y le dio la vuelta.

—¿Es este el famoso Ranulfo-atte-Newgate, el mujeriego, el joven magnífico? Te necesito, Ranulfo, pero tú te quedas ahí apoyado contra la pared como cualquier doncella abandonada por su amor.

Los verdes, de gato, de Ranulfo brillaron de ira.

—¡Es cierto! —gruñó Corbett.

Fue hasta el crucifijo y puso la mano sobre la imagen de Cristo mientras levantaba la otra para prestar juramento. «Yo, *sir* Hugo Corbett, tenedor del sello real, juro solemnemente que si me ayudas en estos asuntos, si descifras ese maldito mensaje, tú, Ranulfo-atte-Newgate, servirás en la capilla de San Esteban, en Westminster, donde te aceptarán como secretario y recibirás tus honorarios y tu toga».

Ranulfo sabía reconocer una buena salida cuando oía una. Sonrió sarcástico.

—Así, maese, ¿por qué perdéis el tiempo? No era necesario hacer un juramento.

—¡Oh, sí lo era! —replicó Corbett. Se volvió a sentar a la mesa—. Pero dejemos el mensaje en clave por el momento y concentrémonos en asuntos más a mano. —Cogió un trozo nuevo de pergamino y empezó a escribir.

—Asunto: Robín de Locksley, Robín del bosque verde, Robín Hood era, es, proscrito. Es un arquero experimentado, un buen jefe militar, lo han indultado una vez y ha vuelto al bosque para continuar sus estragos. Según Willoughby, estaban presentes, una mujer y un hombre gigante. Así que esa *lady* Mary de Lydsford y su antiguo compañero, Little John, deben de haberse vuelto a reunir con él.

Ranulfo se sentó frente a él.

—Este Robín —interpuso— ha vuelto con una venganza. No solo saquea, sino que mata y mutila. El ataque a los recaudadores de impuestos fue especialmente sanguinario. Ha tomado parte en el asesinato de Eustace Vechey y ha intentado matar a Branwood.

—¿Pero, por qué? —reflexionó Corbett—. ¿Por qué las muertes? ¿Por qué ese rencor personal?

—Quizá Robín esperaba mayores cosas después de su perdón.

—Asunto: la gente del castillo —continuó Corbett—. ¿Qué piensas de ellos, Ranulfo?

—Branwood siente odio por Robín. Naylor es un cabrón malhumorado. Fray Tomás —Ranulfo se encogió de hombros—. Ya conocéis a estos sacerdotes. Sin embargo, es Roteboeuf el que me desconcierta. ¿Os habéis fijado, maese, que dos dedos de su mano derecha están muy encallecidos y lleva una muñequera de cuero en la izquierda?

—Dicho de otro modo, ¿un arquero profesional? ¿Y Lecroix? —preguntó Corbett.

—Un tonto, fiel a su amo.

—¿Y la muerte de Vechey?

—Sabe Dios, maese, cómo lo envenenaron. Pero estoy de acuerdo en que hay un traidor en el castillo. Branwood podría saberlo, tal vez Naylor, el padre Tomás, o incluso nuestro buen amigo Roteboeuf.

Corbett se estiró para coger otra pluma y, al hacerlo, oyó gritos que provenían del camino de ronda. Al mismo tiempo, sintió un silbido en el aire y una punta de flecha de acero golpeó la pared de enfrente. Corbett se quedó atónito, los gritos aumentaron en el exterior y otras flechas zumbaron dentro de la habitación. Ranulfo agarró a su amo y lo tiró al suelo. Fuera, en el pasillo, se oyeron pasos corriendo. Ranulfo levantó la vista hacia la ventana. Oyó que algo se clavaba sordamente contra la pared exterior y vio salpicaduras de sangre en el antepecho de la ventana. Se oía el sonido de hombres corriendo por las galerías y Naylor gritaba al exterior, junto a la puerta:

—¡*Sir* Hugo Corbett, por el amor de Dios, están atacando el castillo!

Capítulo III

Corbett y Ranulfo abrieron la puerta y salieron corriendo por el pasillo. Se pusieron los cinturones de la espada y siguieron a Naylor mientras bajaba las escaleras estrepitosamente. En la muralla interior reinaba la confusión. Unos soldados corrían escaleras arriba hacia el camino de ronda, había mujeres chillando que agarraban a los niños que protestaban, unos perros ladraban en el patio lejano cerca de los establos, mientras que otro se revolvía en el suelo, con una flecha en la espalda. Branwood salió a toda prisa, vestido con media armadura y la espada desenvainada.

—¡El cabrón! —gritó, con el rostro blanco—. ¡Ese bandido cabrón tiene el atrevimiento de atacarnos aquí! ¡*Sir Hugo*, por el amor de Dios, quedaos dentro!

Antes de que Corbett y Ranulfo pudieran protestar, casi los empujó de nuevo al interior de la torre de homenaje. Permanecieron en la calurosa oscuridad observando las sombras que se alargaban mientras Branwood, Naylor y otros oficiales de la guarnición intentaban imponer orden. Las murallas estaban despejadas de gente, al perro aullador lo habían rematado. Dos soldados entraron cargando a un tercero que llevaba una flecha clavada en el hombro. Transcurrió una hora antes de que Branwood volviera a aparecer, con el rostro mugriento y empapado en sudor. En la mano llevaba una sábana sucia.

—El ataque ha terminado —murmuró mientras sonreía tristemente—. Un soldado herido, un perro muerto. El golpe más duro ha sido el asestado a nuestro orgullo. Y esto.

Los llevó dentro del salón, colocó la sábana en el suelo y la extendió con cuidado. A Corbett le vinieron náuseas y Ranulfo maldijo en voz baja. Allí había una cabeza cortada. Un lado de la cara estaba muy magullado, los ojos en blanco en las cuencas, el cabello empapado en sangre. Resultaba incluso difícil calcular la edad de la víctima o el aspecto que debía tener en vida. Alrededor del cuello cortado le colgaban jirones de piel y músculo.

—¡Por Dios misericordioso! —exhaló Corbett—. *Sir Peter*, ya he visto suficiente. ¿Quién es?

—Hobwell. Era mi escudero.

Branwood empujó hacia un lado el bulto con el pie. Se dirigió hacia una mesita y vertió vino en tres copas mientras llamaba a gritos a Naylor para que viniera y se llevara la cabeza.

—¿A dónde? —preguntó el ujier.

—¡Por Dios, hombre! —rugió Branwood—. ¿Qué más da? ¡Enterradla!

Cuando Naylor se marchó, Branwood sirvió el vino. Se sentaron en un banco junto a la mesa que había en la tarima.

—¿Quién era Hobwell? —preguntó Corbett—. Vuestro escudero, ya sé, pero ¿por qué esto?

—Hace una semana —empezó Branwood—, Hobwell se hizo pasar por un proscrito y huyó hacia el bosque en busca de refugio. Tenía que unirse al grupo de bandidos. —El vicegobernador se encogió de hombros—. El resto os lo podéis imaginar. Hobwell fue traicionado y Robín Hood nos ha enviado su respuesta.

Un ujier entró apresuradamente en el salón.

—*Sir Peter* —gritó sin respiración—, noticias de la ciudad. Cinco o seis bandidos, encapuchados y con máscara, atacaron desde un carro. Bajo unas balas de paja tenían una pequeña catapulta.

—¡Una catapulta! —murmuró *sir Peter*.

El soldado se encogió de hombros.

—La carreta aún está allí, pero los bandidos han escapado.

El soldado se marchó. *Sir Peter* permaneció sentado con la cara entre las manos.

—Así pues —exclamó Corbett—, Hobwell fue traicionado, los bandidos lo decapitaron y lanzaron su cabeza de vuelta al castillo, junto con una descarga de flechas, dos de las cuales casi nos alcanzan a nosotros.

Sir Peter levantó la cara.

—¡Bienvenido a Nottingham, y saludos de Robín Hood a los comisarios del rey! —Echó una mirada alrededor de la habitación—. Mirad —murmuró desesperadamente—. Mirad qué oscuro que se está haciendo.

Corbett siguió su mirada y observó que unos mortecinos rayos de sol penetraban por las estrechas ventanas en lo alto de la pared.

—Odio este lugar —continuó Branwood—. Está maldito y encantado. Nunca le ha traído suerte a nadie. Hace cien años, el abuelo del actual rey colgó a veintiocho muchachos galeses, eran rehenes de una rebelión en Gales. Los dejaron balanceándose en el aire desde las murallas y la gente dice que sus espíritus todavía caminan por aquí y traen mala suerte. Guy de Gisborne lo corroborará. *Sir Eustace* sufrió por ello y ahora me toca a mí.

Las sombrías palabras de Branwood se vieron interrumpidas por Naylor, que entró súbitamente en el salón.

—¡Por el amor de Dios, venid!

—¿Qué sucede, hombre?

—En las bodegas, ¡Lecroix se ha colgado!

Siguieron a Naylor escaleras abajo hasta la bodega que estaba a oscuras.

—Bajé para espitar un barril de cerveza —explicó Naylor, señalando una vela colocada en un hueco.

El vacilar de la llama hacía que el cuerpo de Lecroix pareciera incluso más espantoso, pues colgaba de las vigas bailando una macabra danza.

Corbett y Ranulfo se quedaron mirando fijamente, horrorizados por el aspecto grotesco del pobre criado; tenía los ojos salidos, la lengua atrapada entre los dientes, el cuello y la cabeza torcidos y sus calzones estaban manchados de orina.

—¡Id a buscar al doctor Maigret y a fray Tomás! —le ordenó Branwood.

—¡Oh, por Dios! —gruñó Ranulfo—. Maese, aguantad ese cuerpo.

Corbett cerró los ojos y agarró el cadáver por la cintura mientras Ranulfo serraba la cuerda con su espada. Estiraron el cadáver suavemente sobre el suelo de tierra húmeda justo cuando el padre Tomás y Maigret llegaban. El médico echó una ojeada al cuerpo y se dio la vuelta, con la mano en la boca.

—¡Está más que muerto! —exclamó.

—¿Desde hace cuánto? —preguntó Corbett.

Maigret se arrodilló, pasó la palma de la mano por la mejilla y el cuello del muerto.

—Oh, hará una hora.

—¿Así que debió de morir durante el ataque? —preguntó Corbett.

—Eso es lo que pienso —soltó Maigret arrugando la nariz con desdén.

Corbett se puso en cuclillas a un lado del cadáver, fray Tomás en el otro. El clérigo susurró palabras de contrición al oído del muerto y dibujó una bendición en el aire mientras Corbett examinaba con detenimiento el cadáver. Se convenció de que las manos y los tobillos estuvieran libres de cualquier marca de cuerda, y entonces desabrochó el cinturón al muerto. Le bajó la cabeza y olfateó la boca de Lecroix, intentando no prestar atención a los regueros de saliva que se habían resecado en la barba del muerto. Corbett se tapó la nariz y levantó la vista hacia Branwood.

—Estaba borracho cuando se suicidó. ¡Su aliento apesta a vino picado!

Naylor, que había estado ocupado encendiendo los candelabros de la pared, se adentró caminando en la bodega.

—Hay un tonel de vino espitado.

Corbett se quedó mirando en la oscuridad. Vio una caja de madera ladeada y junto a ella una copa de peltre.

—Era un borrachín —comentó Maigret.

Corbett asintió con la cabeza y levantó la vista hacia el trozo de cuerda que todavía estaba alrededor de las vigas, y una vez más, a la caja y a la copa caída.

—¿Lo había visto alguien esta noche? —preguntó.

—Yo —contestó fray Tomás; su gruesa cara gruesa no mostraba buen humor—. Justo antes del ataque me lo encontré en las escaleras. Estaba bastante bebido.

Corbett examinó el cadáver una vez más, prestando especial atención a los dedos y advirtiendo lo encallecidos que estaban los de la mano izquierda.

—¿Era zurdo? —preguntó.

—Sí, sí —murmuró Branwood—. *Sir* Eustace siempre estaba maldiciendo a Lecroix porque servía al revés.

Corbett se puso en pie, enjugándose las manos en su túnica.

—Dios sabrá por qué —declaró—, pero tal vez el ataque fue la gota que desbordó el vaso. Creo que Lecroix bajó aquí a esconderse. Espitó el barril de vino y, borracho, decidió quitarse la vida. Se subió a esa caja, pasó la cuerda por la viga y el lazo alrededor del cuello, separó la caja de una patada y su vida se apagó como la llama de

una vela.

Corbett bajó la vista. Había algo que no le cuadraba, pero no sabía qué era. Cerró los ojos. Ya había visto bastante en un solo día. Estaba exhausto después del viaje por la antigua carretera romana, calurosa y polvorienta, las revelaciones de Branwood, la muerte de Vechey, el espantoso ataque al castillo y, ahora, esto.

—*Sir Peter* —manifestó Corbett—, tenéis razón, este castillo está maldito.

—Bueno, mañana —replicó Branwood— devolveremos la maldición al bosque. Voy a coger a ese bandido con vida y colgarlo como una rata en la plaza del mercado. ¡Naylor, retirad ese cuerpo!

—¿Dónde?

—En el pabellón de condenados, junto a su amo. Fray Tomás, callad. Nadie echará en falta al pobre Lecroix, ¿y a quién le importa si fue un suicidio? Él y su amo pueden ser enterrados juntos.

El gobernador los condujo fuera de la bodega y de vuelta al salón, donde los pinches estaban poniendo la mesa grande para la cena. Justo en el interior de la puerta del salón, unos criados estaban esperándolos con palanganas llenas de agua y toallas. Todos se lavaron bien y se acomodaron en la mesa. Fray Tomás la bendijo y *sir Peter* ordenó que se sirviera la cena.

Tanto Corbett como Ranulfo se sentían asqueados por lo que habían visto en la bodega y en las visitas a las cocinas que habían realizado a lo largo del día, pero la comida resultó ser bastante sabrosa: un cochinillo, de carne suave y dulce servido con salsa de limón y, además, *sir Peter* fue generoso al servir las copas con vino frío de Alsacia. Sonrió con burla a sus invitados.

—No puedo garantizar que la comida y la bebida no estén envenenados, pero he apostado un guardia armado en la cocina. He jurado que si muere alguien, el cocinero y sus pinches serán colgados.

—Doctor Maigret —insistió Corbett—, disculpad si os vuelvo a preguntar esto otra vez, pero ¿sabéis qué veneno mató a Vechey?

El médico abrió los ojos de golpe.

—No, pero creo que una mezcla molida de plantas secas venenosas, beleño o belladona.

Corbett sorbió de su copa.

—¿No podéis imaginar cómo fue administrado?

—Ya os lo he dicho antes —replicó el médico—, hemos escudriñado todo lo que Vechey comió o bebió en la mesa o en su habitación. ¿Por qué lo preguntáis?

—Estaba pensando en Lecroix. ¿Podía ser él el culpable? ¿Pudiera ser que entre su amo y él hubieran tenido una disputa personal y luego, vencido por el remordimiento, Lecroix se quitara la vida?

—Ya lo había pensado —espetó Maigret.

—¿Pero por qué? —intervino fray Tomás—. Lecroix era un hombre simple. Apenas sabía llenar una copa, no digamos comprar algún veneno mortal y luego,

administrarlo de manera que nadie lo descubriera.

Corbett tomó un sorbo de vino. Lecroix, pensó, pudiera ser el asesino, pero él había visto algo en la bodega que estaba fuera de lugar, y mientras la conversación volvía al reciente ataque de los bandidos al castillo, Corbett daba vueltas a lo que se le podía haber escapado.

Se sirvieron más platos: pescado en una salsa fuerte, buey asado, estofado con cebolla y barritas de pan de trigo. Corbett comió en silencio, medio escuchando el plan de *sir* Peter para la mañana siguiente. Los ojos se le cerraban. Por su mente revoloteaban imágenes de Maeve, luego del tío Morgan berreando cualquier canción galesa, de Eduardo gritándole desde el trono, en Westminster, a causa de aquel maldito mensaje en clave, tres reyes visitando la torre de los dos locos con los dos caballos... Ranulfo, sonriendo, lo despertó de un codazo.

—¡Maese!

Corbett sonrió y cogió su copa de vino. Sentía el estómago pesado, era una de esas raras ocasiones en que había comido mucho y había bebido demasiado rápidamente. Corbett se aflojó el cinturón para sentirse más cómodo y se puso en pie de un salto.

—¡Claro! —susurró a sus sorprendidos compañeros—. ¡Claro!

—¿Qué pasa, hombre? —gritó Branwood.

Corbett lo miró.

—*Sir* Peter, disculpad, pero me acabo de dar cuenta de que Lecroix fue asesinado.

—¿Qué queréis decir? —espetó.

—Nada —replicó Corbett agriamente—. Salvo la manera en que se pone un hombre el cinturón. ¿Dónde está el cadáver de Lecroix ahora?

—Donde lo dejaron, bajo una sábana en la bodega. Ya sabéis, *sir* Hugo, que los soldados son supersticiosos y se niegan a retirar el cadáver de un suicida salvo si es a la luz del día.

—Entonces es mejor que bajemos —insistió Corbett.

A la orden de Branwood, unos soldados aparecieron con antorchas y los condujeron a la bodega. Corbett se puso en cuclillas en un charco de luz y estiró de la sábana que cubría el cadáver.

—¿Lecroix era zurdo? —preguntó.

—¿Esto es necesario? —preguntó Roteboeuf con languidez—. ¡Por Dios, hombre! ¡Tener que mirar a Lecroix cuando estaba vivo era suficiente para que a uno le diera asco la comida!

Corbett no hizo caso de las risitas.

—¿No han tocado el cadáver?

—Por supuesto que no.

—Bien —dijo Corbett—, mirad el cinturón.

—¡Oh, santo Dios! —soltó Branwood.

Corbett dio unos golpecitos en el cinturón de Lecroix.

—¿Os habéis fijado en que la lengüeta en el lado suelto del cinturón cae hacia la izquierda?

—¿Y pues?

—Lecroix era zurdo. Me di cuenta antes cuando examiné el cadáver. Este cinturón debería estar del otro lado, pasado a través del broche, con la lengüeta del cinturón colgando hacia la derecha.

—Estaba tan borracho —murmuró Naylor—, es un milagro que se lo pudiera poner.

Corbett se encogió de hombros.

—Ya pensé en eso, hasta que recordé otra cosa. ¿Veis cómo está abrochado el cinturón? —Se desató el cinturón con cuidado y lo levantó—. Ahora, todos los agujeros de este cinturón están intactos salvo uno, por la sencilla razón de que no se han usado nunca. Un cinturón es un artículo muy personal. Nos lo abrochamos igual todos los días a menos, por supuesto, que engordemos. —Corbett movió los dedos hasta un agujero más arriba del cinturón, bien alejado del que había usado Lecroix—. ¿Ven cómo este agujero ha sido rasgado, ligeramente forzado? Se nota que es muy reciente por cómo está el cuero debajo. —Dejó el cinturón y se puso en pie—. ¿Así que pregunto primero, por qué Lecroix se puso mal el cinturón? Segundo, hemos visto el agujero que utilizaba siempre, así que ¿por qué este, que está mucho más arriba que el otro, se nota que se ha usado recientemente?

Todos abrieron los ojos de par en par, *sir* Peter con la boca abierta, Naylor parpadeando como si no pudiera seguir el razonamiento de Corbett. Fray Tomás miraba expectante, mientras Corbett percibía un destello de comprensión en los ojos de Roteboeuf.

—Mi opinión —concluyó Corbett— es que este cinturón se lo quitaron a Lecroix y lo usaron para sujetar algo con fuerza, y así se produjeron las marcas alrededor del segundo agujero. Iré más lejos. Este cinturón se lo ataron alrededor a Lecroix después de que muriera. ¿O debería decir después de que fuera asesinado? —Corbett se arrodilló otra vez a un lado del cadáver y le levantó al muerto las mangas de su raída túnica—. Digamos, es una hipótesis, que Lecroix fue asesinado. Alguien lo bajó aquí o lo encontró atontado por la bebida. Recuerden que Lecroix no era una de las criatura más inteligentes de Dios, Dios lo bendiga, e incluso sin vino a menudo caía en un sueño profundo. Con tanto vino dentro, dudo mucho que recordara siquiera su propio nombre. Así pues —concluyó Corbett—, el asesino, una vez que Lecroix estaba bien bebido, le quitó el cinturón al pobre chico y se lo ató alrededor, de manera que le sujetara los brazos. —Corbett cogió el cinturón y entonces lo pasó alrededor del cadáver con cuidado, metiendo el cinturón por la hebilla y abrochándolo de manera que los brazos le quedaran a Lecroix bien pegados al cuerpo.

Ranulfo escuchó el murmullo de asentimiento y sonrió para sí.

Finalmente, el viejo maese Cara Larga les había enseñado que no era tonto, pues el cinturón encajaba exactamente en el agujero que se había utilizado recientemente.

—¿Me siguen? —dijo Corbett mirando a su alrededor.

Todos lo que estaban dentro del charco de luz que producía la antorcha asintieron con los rostros tensos y atentos.

—Vean —repitió—, el cinturón está ahora atado alrededor de los brazos. Lecroix, atontado por la bebida, no puede mover las manos. Nuestro asesino entonces coge al borracho Lecroix, lo obliga a subirse a esa silla, desliza su cuello por el lazo, y de un golpe le quita la caja, dejando que patalee y que se vaya ahogando lentamente hasta morir. Cuando estuve la primera vez aquí, pensé en esta posibilidad y por ello examiné detenidamente las muñecas. —Corbett desató el cinturón y le subió más arriba las mangas de la túnica para señalar los inflamados verdugones que había en cada brazo, justo bajo el codo.

—¡Fue asesinado! —declaró Branwood.

—Oh sí, —continuó Corbett—. Una muerte horrorosa, caballeros. Lecroix pudo haber tardado minutos en morir. Una vez muerto, el asesino se escurrió de entre las sombras, le quitó el cinturón, y enseguida se lo pasó al cadáver por la cintura. Como el asesino era diestro, el cinturón estaba abrochado de forma diferente a como se lo hubiera atado Lecroix. ¿Y quién se iba a dar cuenta? ¿Quién iba a descubrir el agujero en el cinturón o los verdugones en el brazo y, si lo hiciera, reunir todos estos datos? —Corbett se puso de pie y sacudió la cabeza—. Tan solo me di cuenta de esto cuando me desabroché mi propio cinturón en el salón.

—¿Pero por qué? —preguntó Roteboeuf inclinándose.

Corbett se dio cuenta de que el escribano estaba pálido y la cara le brillaba de sudor.

—¿Por qué iba alguien a matar al pobre Lecroix?

—Por dos razones —intervino Ranulfo, guiñándole el ojo a su amo—. ¿No os parece obvio, caballeros? Primero, si Lecroix se suicidó resulta natural sacar la conclusión de que lo hizo porque tenía remordimientos por haber matado a su amo. Tal muerte también escondería la verdad.

—¿Cuál es? —soltó Branwood.

—Sé lo que va a decir Ranulfo —intervino Corbett—. Lecroix le daba vueltas a la muerte de su amo. Tal vez vio o recordó algo anormal en aquella habitación y el asesino se dio cuenta de ello. Pero ¿qué era eso, eh? —Corbett echó una mirada alrededor—. ¿Le dijo algo a alguien?

—Él habló conmigo —dijo Roteboeuf desde las sombras—. Insistía en que su amo era un hombre limpio.

—¿Qué quería decir?

—No lo sé. Tan solo seguía mascullando cuan limpio era su amo.

—¡Pero no lo era! —dijo Ranulfo casi gritando—. Quiero decir, a este castillo le hace falta limpieza, pintura... —Su voz se apagó ante los murmullos de enojo que provocaban sus palabras.

—Lo que Ranulfo quiere decir —añadió Corbett diplomáticamente— es que los

estragos del proscrito desequilibraron la mente de *sir* Eustace. Lo más importante — continuó vivamente— es que Lecroix fue asesinado porque vio algo que podía desenmascarar al asesino de su amo. Y, con esto, caballeros, os deseo buenas noches.

Corbett abandonó la bodega, seguido de Ranulfo. Hasta que la puerta no se hubo cerrado tras ellos, no se permitió Corbett sonreír. Se desabrochó el cinturón y lo tiró encima de la cama.

—Bueno, bueno —sonrió sarcásticamente—. ¡Así que hemos metido el lobo en el redil! El asesinato de Vechey tuvimos que aceptarlo, pero hemos ganado una batalla. Ahora el asesino sabe que no somos tan estúpidos como pensaba. —Se sentó en la cama y miró fijamente a Ranulfo—. Te voy a decir algo, Ranulfo-atte-Newgate, criado fiel y futuro escribano: si descubrimos al asesino de Lecroix o de Vechey, atraparemos a Robín Hood.

Corbett fue hasta el arcón que había a los pies de la cama. Sacó un cofrecito zunchado que no medía más de un pie de largo y que estaba cerrado con tres cerrojos, y lo abrió con una de las llaves que le colgaban del cinturón.

—¿Maese?

—Sí, Ranulfo.

—Admito lo que decís, pero miradlo de otra manera: nosotros estamos aquí solos en un castillo rodeado de asesinos. ¿Qué sentido tiene lo que vamos descubriendo si nos conduce a nuestra propia muerte?

Corbett escarbó en el cofrecito, sacó un rollo de pergamino y se lo lanzó a Ranulfo.

—Cierto, cierto —murmuró—. ¿Pero, acaso no es siempre así, Ranulfo? Ahora deja que te preocupe un poco más. Robín Hood puede no ser la única persona que busque nuestra muerte.

—¿Queréis decir que también el asesino del castillo?

—No, puede haber otro.

Ranulfo se quedó blanco y se dejó caer en la cama.

—¡Oh, Virgen María, ayúdanos! —Bajó la mirada hacia el pergamino que Corbett le había lanzado—. ¿Tiene algo que ver con este asunto?

—No, peor. —Corbett respiró hondo—. Antes de que nos marcháramos de Westminster, después de nuestra audiencia con el rey, ¿recuerdas que nos siguió abajo hasta el patio y me llevó aparte?

—Sí —contestó Ranulfo—. Vos y el rey entrasteis en la pequeña rosaeda. Permanecisteis allí algún tiempo. Me pregunté qué sucedía. Su majestad no solo no me hizo caso, sino que le dio plantón a su íntimo amigo el conde de Surrey.

—Era referente al mensaje en clave —dijo bruscamente Corbett, avergonzado—. Y debía habértelo dicho antes.

—¿Qué? ¿El rey sabe la verdad respecto a la torre de los locos y los tres reyes que se llevan los dos caballeros? —se sorprendió Ranulfo.

—No, el mensaje en clave es un misterio tanto para él como para mí. —Corbett se

lamió los labios—. El rey francés y sus dos consejeros sanguinarios, nuestro viejo amigo Amaury de Craon, maldito sea, y Nogaret, saben que nosotros tenemos el mensaje. Saben que nosotros sabemos que el tiempo juega a su favor. Pronto los ejércitos de Felipe entrarán en Flandes. Nosotros sabemos —continuó Corbett con mordacidad— que los franceses harán cualquier cosa para impedir que descifremos el mensaje en clave. Bien, tú eres un hombre al que le gusta el juego, Ranulfo. Dicho sin rodeos, los franceses han decidido proteger su apuesta. Tienen un asesino, un criminal experto, a quien solo conocemos por el nombre que se da a uno de los diablos de Satanás: Achitophel. —Corbett miró fija y directamente a su criado—. Bien, Amaury de Craon y otros de su calaña creen que el mensaje en clave me será confiado. Uno de nuestros espías en el palacio del Louvre envió a nuestro noble Eduardo la noticia, bastante espeluznante, de que habían enviado a Achitophel a Inglaterra para matarme. Y, si fuera necesario, a aquellos que trabajan conmigo.

Ranulfo abrió la boca un palmo. Se quedó estupefacto mirando a su amo. No le asustaba el peligro. Ranulfo había nacido luchando y creció en los apestosos callejones de Southwark. Pero si algo le sucedía a *sir* Hugo Corbett ¿quién se ocuparía de Ranulfo? ¿A quién le preocuparía si no llegaba nunca a ser escribano ni era ascendido en los servicios reales?

—¿Quién podría ser? —tartamudeó.

—Cualquiera. Un cómico de la legua, un sacerdote, un mendigo en una esquina. Peor aún, Achitophel siempre permanece en la sombra. Sabemos que es el responsable de las muertes de al menos una docena de nuestros agentes en Francia y en los Países Bajos. A veces, aunque bien pudiera ser una mujer, ataca él personalmente; otras veces contrata a alguien para que lleve a cabo el trabajo. Achitophel puede estar en este castillo ahora, o puede haber gastado mucho dinero para comprar los servicios de alguien de aquí. Tan solo tiene un objetivo: matarme.

Ranulfo se recostó en la cama y gimió.

—¡Achitophel —murmuró—, un asesino en el castillo, bandidos en el bosque, el rey que grita por un mensaje en clave que nadie entiende! —Ranulfo elevó la voz—. «Los tres reyes van a la torre de los dos locos con los dos caballeros». —Cerró los ojos—. ¡Demonios, maese!

—Pero dejemos eso —contestó Corbett con energía, poniéndose en pie.

Sacó sus instrumentos de escritura, alisó el trozo de pergamino que había sobre la mesa y se acercó la vela.

—Perfecciona la lectura, Ranulfo. Vuelve a decirme lo que escribió el escribano de Westminster respecto a Robín Hood.

Ranulfo se sentó y desenrolló el pergamino que Corbett le había dado, lo estudió detenidamente moviendo los labios en silencio. Ranulfo estaba orgulloso de su habilidad para leer y no desperdiciaba nunca la oportunidad de demostrársela a su amo.

—*Sir* Peter Branwood ya nos ha explicado casi todo al respecto —empezó

Ranulfo—. El bandido nació siendo Robín de Locksley. A los dieciséis o diecisiete años luchó con Simón de Montfort contra el rey.

—¡Para!

Corbett levantó la cara del pergamino y miró fijamente la línea de cielo nocturno que se veía a través de la ventana. Se sintió incómodo. En Westminster el rey le había ocultado esto. ¿Había algo que no le había dicho Eduardo? Simón de Montfort, conde de Leicester, encabezó hacia cuarenta años una importante rebelión contra el rey. De Montfort, que había poseído tierras en los alrededores de Nottingham, solo pudo ser derrotado después de una sangrienta batalla en Evesham. ¿Robín Hood estaba alimentando antiguos agravios?

—¿Qué edad tiene ahora Robín? —preguntó Corbett bruscamente.

Ranulfo apretó los ojos concentrándose.

—Evesham tuvo lugar en 1265, así que el bandido debe de andar por los cincuenta, entre cincuenta y cinco y sesenta y cinco años.

—¡Mmm! —reflexionó Corbett—. Viejo, pero también el rey y sus generales son mucho mayores, y son capaces de conducir campañas agotadoras en las cañadas salvajes de Escocia.

Ranulfo sacudió la cabeza.

—Lo que no entiendo, maese, es que, de acuerdo con lo que ha escrito este escribano, Robín Hood era un bandido que rapiñaba a los ricos. Era bien conocido por su generosidad, en particular hacia los pobres que lo apoyaban y lo protegían. Cierto, mantuvo batallas campales en el bosque, pero nunca se involucró en matanzas desenfundadas o asesinatos secretos como la muerte de los recaudadores de impuestos y del pobre Vehey. Así que, ¿por qué ahora sí?

—¿Quizás ha cambiado?

Ranulfo, hastiado, lanzó el pergamino sobre la cama.

—Maese, estoy cansado. Ha sido un día muy largo.

Se empezó a desvestir y Corbett, sintiendo que se le cerraban los ojos, hizo lo mismo. Apagó las velas y se estiró un rato mirando fijamente en la oscuridad. Las imágenes se comprimían en su mente. El mensaje en clave, la cara de Maeve cuando le despedía, el viejo rey gritando enfurecido, Lecroix balanceándose pendido por el cuello de aquella viga y el cadáver de Vehey yaciendo frío y olvidado en el pabellón de condenados. Fuera, un perro aulló a la luna de verano y unos murciélagos revolotearon por las murallas del castillo. Desde un bosque cercano un búho ululaba tristemente. Corbett se estremeció, se dio la vuelta y se quedó dormido preguntándose qué le traería el nuevo día.

Justo fuera del castillo, Achitophel, el asesino, estaba sentado bebiendo en El Viaje a Jerusalén. El criminal, empapado con la sangre de los adversarios de Felipe, sorbió con cuidado su vino y echó una mirada a la taberna abarrotada de soldados y de criados del castillo. Achitophel permanecía en la sombra. Miró por la ventana abierta hacia la oscura mole del castillo y planeó con detenimiento la muerte de

Corbett.

Capítulo IV

A la mañana siguiente, Corbett y Ranulfo desayunaron con cerveza y pan recién hecho en la panadería del castillo, y luego bajaron al patio. El cielo estaba cubierto con gruesas nubes negras que amenazaban lluvia. Branwood se reunió con ellos, vestido con una chaqueta de cota de malla y con la cofia ceñida a la cabeza. Mecía un casco con visera en sus brazos.

—Espero que no llueva —se quejó—. Si lo hace tendremos que regresar.

—¿Es prudente? —preguntó Corbett.

—De nuevo, sí. No tenemos elección.

Un soldado llegó corriendo escaleras abajo de la torre de homenaje con un pequeño estandarte que lucía el escudo de armas de Branwood.

—Aunque los habitantes solo vean que entramos en el bosque y regresamos, será una victoria.

Branwood se volvió y gritó órdenes. El patio se convirtió en un hormiguero de actividad, los caballerizos sacaban los caballos, los hombres montaban y los ujieres se aseguraban de que todo el equipo estuviera listo. Las mujeres aguantaban a los niños con los que habían ido a despedirse.

Corbett calculó que su fuerza era de unos treinta hombres a caballo e igual número de arqueros. Finalmente, *sir* Peter dio la orden de moverse.

Naylor sopló con estridencia un cuerno, las puertas se abrieron y todos abandonaron el castillo, tomaron la ruta tortuosa que discurría debajo de la casa del guarda, a través de la cervecería hasta la calle del Castillo, y luego hacia arriba, por el callejón del monasterio que llevaba a la plaza del mercado. *Sir* Peter cabalgaba al frente, Corbett y Ranulfo detrás, mientras Naylor iba de arriba abajo de la columna para mantener el orden.

Al pasar ante los ciudadanos, algunos miraban ariscos, pero la mayoría gritaban buenos deseos y Corbett entendió que Branwood era, a pesar de su cargo, bastante popular en la ciudad.

Se adentraron en la plaza del mercado, pasaron por las casas y puestos del gremio de polleros que se preparaban para un día ajetreado: unas plumas flotaban en la suave brisa y las mujeres y los niños desplumaban las aves muertas, luego se las entregaban a los aprendices para cortarlas y destriparlas antes de lavarlas en enormes tinas de agua hirviendo y colgarlas en los puestos para su venta; unos mendigos se peleaban con unos perros por los menudillos que habían lanzado a los sucios charcos.

Dos niños gritaban divertidos mientras intentaban subirse a un cerdo. Un perro mordió a uno de los niños y lo persiguieron inmediatamente, ululando y aullando, hacia la columna de arqueros de Branwood, donde recibió otro castigo antes de huir por un callejón. Un grupo de hombres salvajes, vestidos con harapos y con las caras pintadas de marrón y verde, ejecutaban una extraña danza alrededor del cráneo de una cabra clavado en una vara. No hicieron caso de las órdenes de Branwood de dejar

paso libre, y tan solo se retiraron cuando Naylor avanzó hacia ellos con la espada desenvainada. La columna atravesó la plaza del mercado hacia las calles que conducían a la Puerta de San Pedro, allí la multitud se hizo más densa y el aire apestaba con el olor a axilas de los ciudadanos que iban de puesto en puesto, haciendo trueques con los caldereros, los aprendices y los oficiales.

Durante un rato, la columna tuvo que hacerse a un lado porque un rebaño de vacas, mugiendo aterrorizadas, era conducido al matadero. Detrás venía un clérigo al que habían pillado con una prostituta y lo paseaban por entre las calles para humillarlo públicamente. Tanto al hombre como a su amante los habían desnudado, menos las vergüenzas, los habían atado una espalda contra la otra y ahora los exhibían por la ciudad dos alguaciles que sonreían con sorna. Los soldados se apuntaron a las risas y luego se giraron para observar a un loco que saltaba por el tenderete de un mercero. El tipo llevaba un par de improvisadas botas sucias, una túnica harapienta y una larga vara de fresno. Sus ojos, salvajes como los de un animal, examinaron a los soldados mientras declaraba en voz alta que él era el ángel Gabriel, enviado por Dios para advertirles del inminente juicio. Los soldados no lo creían y el importante mensaje del «ángel» quedó ahogado entre pitidos y mofas. Naylor, con un casco de hierro en la cabeza y la amplia protección de la nariz que casi le ocultaba la cara, gritó pidiendo silencio, y adelantándose con la espada desenvainada, empezó a abrirse paso a la fuerza por entre la multitud.

Finalmente, llegaron a las puertas de la ciudad y la columna desembocó en el sendero blanco y polvoriento que serpenteaba entre los amplios campos que se extendían al otro lado de las murallas de la ciudad. Delante de ellos se ofrecía la franja del bosque de Sherwood, su verdor oscuro casi alcanzaba las nubes negras y amenazadoras. Corbett echó una mirada a Ranulfo y se dio cuenta de cuán ojeroso parecía su criado, tenía el rostro pálido por el desasosiego.

—¿Has dormido bien, Ranulfo?

El criado se volvió y escupió.

—Un problemilla. Odio los bosques —murmuró—. La oscuridad, los ruidos. Dadme los callejones de Southwark cualquier día.

Corbett intentó tranquilizarle, pero cuando ya se adentraban en el bosque empezó a compartir los sentimientos de Ranulfo. *Sir Peter* se detuvo en un pequeño claro y envió exploradores a ambos lados del camino intentando descubrir cualquier posible emboscada. Entonces ordenaron a toda la columna que avanzara y la oscuridad verdosa se los tragó. Los envolvió el misterioso silencio. El cielo desapareció. Corbett oía cada sonido proveniente de los caballos o de los hombres que iban por el camino y sentía la oscuridad de los árboles que los rodeaban. El sudor le empezó a brotar en la nuca y él empezó a escudriñar a cada lado del bosque, su imaginación se excitaba con la falta de canto de pájaros, con el sonido de los helechos que crujían y con los extraños ruidos de la maleza.

Corbett hizo que su caballo se adelantara.

—¿Cuánto vamos a cabalgar, *sir Peter*?

—Tal vez una hora, dos. Entonces daremos la vuelta y volveremos. No perseguimos a nadie. —El gobernador hablaba como si también él observara a ambos lados de la oscuridad—. Hemos de mostrar que no somos simplemente visitantes del castillo. —Se encogió de hombros—, ¿quién sabe? Tal vez tengamos suerte y hagamos salir algo de la maleza.

La marcha continuó, los observadores volvían de vez en cuando para agarrarse al caballo de Branwood y darle mensajes. Alguna que otra vez atravesaron un claro donde la oscuridad se volvía menos agobiante y Corbett recordó las historias que la gente susurraba: acerca de los misteriosos hombres del bosque, la gente menuda, las misteriosas historias sobre duendes. Era consciente de que se encontraba en un mundo totalmente ajeno al suyo. El orden o las leyes reales no tenían nada que ver con el bosque. Corbett se sobresaltó, su estómago se encogió de miedo cuando un gran ciervo, con los cuernos elevados, irrumpió de entre los árboles ante él. El animal le echó una mirada arrogante al jinete antes de escurrirse silenciosamente en la profundidad del bosque.

Sir Peter levantó la mano, la columna se detuvo y él se volvió.

—¿Veis a lo que me refiero?

Estaba a punto de continuar cuando, de la oscura profundidad del bosque, surgió el sonido melodioso y triste de un cuerno de caza. Los soldados murmuraron, los caballos se sobresaltaron asustados, y desenvainaron las espadas, el silbido del acero resonó con estruendo. Los arqueros se descolgaron los arcos. El sonido del cuerno se desvaneció y luego se volvió a oír, esta vez más cercano y con más fuerza, al otro lado del bosque. Unas flechas zumbaron a su alrededor. *Sir Peter* sacó su espada. Corbett hizo lo mismo. Ranulfo estaba loco de pánico. Naylor gritaba órdenes y los arqueros contestaron a los disparos mientras los hombres a caballo intentaban protegerse tras sus escudos largos y ovalados.

Ranulfo desmontó y se asomó por entre los caballos.

—¡Nada! —chilló—. ¡No veo a ninguno de esos cabrones!

Su grito resonó con un zumbido, como las alas de un pájaro que se abate. Un soldado fue tan estúpido que bajó el escudo y recibió una flecha, larga y con plumas, de lleno en el pecho; y el aire, todavía fresco, se llenó de una muerte alada zumbante. Un jinete cayó, agitando los párpados, pues una flecha le había atravesado la garganta justo por encima de la gola. Corbett hizo girar su caballo.

—¡*Sir Peter*! —chilló—. ¡Rápido!

Se quitó el casco y ordenó a Naylor que tocara tres veces el cuerno, la señal de retirada. A la columna no le hizo falta un segundo aviso. Ranulfo volvió a montar y siguió a Corbett por el camino de vuelta, las flechas giraban a su alrededor, una incluso rebotó en la silla de montar de Ranulfo. El aviso de Corbett resultó profético, pues los bandidos se iban acercando, intentaban cortar totalmente la retirada de la columna. Los arqueros del gobernador también corrían o se agarraban a los estribos

de los jinetes. La confusión era indescriptible. Un caballo, enloquecido por el miedo, se levantó sobre las patas traseras, bien alto, y lanzó a su jinete entre unos arbustos. El tipo gateó y se detuvo, paralizado por el pánico, hasta que una flecha le alcanzó de lleno en la boca.

Finalmente la columna, en absoluto desorden, consiguió alejarse de la emboscada. *Sir Peter* ordenó que se detuvieran todos salvo Naylor, que fue galopando por el camino de vuelta para dar prisa a los pocos rezagados.

—¡No podemos detenernos, *sir Peter*! —dijo Corbett con voz entrecortada.

—Nos retiraremos en orden —contestó el vicegobernador, curándose un pequeño corte en el dorso de la mano.

Naylor regresó. Los jinetes lanzaron una cobertura alrededor de los arqueros y *sir Peter* condujo a su tropa ensangrentada y desorganizada fuera del bosque. No se detuvieron hasta que estuvieron lejos de los árboles y pudieron descansar en un prado lleno de margaritas. Se hizo un rápido recuento mientras los soldados se restañaban las heridas y revisaban su equipo. *Sir Peter* se sentó malhumorado en el suelo, aguantando las riendas de su caballo. Finalmente, echó una mirada agria a Corbett y a Ranulfo, todavía sentados en sus monturas.

—Maese escribano, ¿no me vais a decir que no os lo había advertido?

—¿Cuántos hombres hemos perdido? —soltó Corbett.

—En realidad —replicó Naylor—, podía haber sido peor. Faltan tres arqueros y tres jinetes.

Sir Peter renegó.

—Decid a los hombres que rodearemos la ciudad y volveremos a entrar en el castillo por una poterna.

Corbett y Ranulfo caminaban con el resto mientras los soldados de *sir Peter* andaban con dificultad por las sendas, los caballos iban jadeantes y cubiertos de sudor. Los hombres no tenían mejor aspecto. Uno estaba gravemente herido, el resto había sufrido cortes y ligeros rasguños. El soldado herido, con una flecha clavada justo debajo de la rodilla, se veía obligado a sentarse en la silla e iba balanceándose con el rostro blanco. Se habría caído si un compañero no le hubiera quitado la punta de la flecha con su cuchillo, le hubiera limpiado la herida con algo de vino ordinario y le hubiera atado fuertemente la herida sangrante con jirones de tela.

Corbett se alegraba de estar ileso. Ranulfo parecía aliviado de haber salido del bosque.

—Estáis espantoso —le susurró a Corbett mirando fijamente el cabello desgreñado de su amo y el rostro con los rasguños que le habían hecho las ramas que sobresalían.

—¡Podíamos haber muerto! —exclamó Corbett—. Ha sido una estupidez. Es más, no ha sido un encuentro casual. Esos bandidos nos estaban esperando. —Levantó la voz—. ¡*Sir Peter*!

El gobernador se reunió con él.

—Esa emboscada —dijo Corbett—. ¿Quién se lo puede haber dicho?

Branwood sacudió la cabeza.

—No lo sé, *sir* Hugo. Pero si lo averiguo, ¡os lo haré saber antes de colgar al cabrón!

A pesar del recorrido que había fijado Branwood, su retorno al castillo fue observado y su vergüenza quedó manifiesta. La noticia de su derrota se les adelantó y los ciudadanos se amontonaban a ambos lados del camino empedrado que subía hasta la poterna. Corbett se lo tomó con filosofía, pero lo sentía por el vicegobernador, que no podía evitar oír las risitas y carcajadas contenidas. La humillación de *sir* Peter era total. Cabalgaba más como un hombre que es conducido a la muerte que como un representante del rey.

Una vez de vuelta al castillo, el doctor Maignet y fray Tomás bajaron. El primero se ocupó de los heridos mientras que el sacerdote se ocupó personalmente de *sir* Peter, se lo llevó aparte y le fue murmurando suavemente como si consolara a un colegial al que han pegado. Corbett lanzó sus riendas a un mozo de cuadra y se quedó un rato con Ranulfo observando cómo los soldados desensillaban los caballos y amontonaban las armas.

Cuando se supo de su vuelta y de la bajas, empezó el lamento y la tristeza. Corbett se alejó disgustado.

—Vamos, Ranulfo. Esto es un castillo real en el condado de Nottingham, no cualquier puesto avanzado en la marca escocesa.

Volvieron a su habitación, allí se lavaron y se limpiaron las heridas.

—La discreción es el camino más sabio para la acción —murmuró Corbett, estirándose en la cama—. No creo que *sir* Peter tenga ganas de vernos hoy.

—Maese, ¿quién puede ser el traidor?

—Cualquiera —respondió Corbett—. Cualquiera del castillo que supiera que nos íbamos. *Sir* Peter tenía que exhibir su autoridad, ¿pero valía realmente la pena?

—¿Pero cómo se va a capturar al bandido? —preguntó Ranulfo.

Se acercó hasta la ventana pero permaneció cautelosamente a un lado, pues no olvidaba el ataque del día anterior.

—Nuestro querido Robín —comentó Corbett con sarcasmo— no será capturado removiendo el bosque. No tengo ninguna intención de volver allí para avanzar a ciegas y esperar a que una flecha me alcance en la garganta. Hay que sacar de allí al proscrito, ¿pero qué cebo podemos usar?

—Hay otro camino —replicó Ranulfo—. Si se encontrara a su espía aquí...

Corbett se sentó.

—Es extraño que tú digas eso. Te fijaste en que Naylor entró con nosotros en el bosque, Maignet y fray Tomás estaban esperando nuestro regreso, pero ¿has visto a maese Roteboeuf?

—¿Creéis que él puede ser el traidor?

—Sí, pudiera serlo. Se mostró poco afectado por la muerte de *sir* Eustace y, tal

como has observado, sabe de armas. ¿Así que por qué no vino con nosotros o al menos esperó a que regresáramos? —Corbett se mordió el dedo gordo, luego sonrió con burla a su criado con la cabeza desgredada y el rostro blanco—. No te preocupes, Ranulfo, no es nada probable que volvamos al bosque, pero tienes razón. Si cogemos al traidor despojamos a Robín Hood de su partidario más poderoso y más importante, probablemente colgaremos al asesino tanto de *sir* Eustace como del pobre Lecroix. —Corbett dejó las piernas colgando fuera de la cama—. Pongámonos a trabajar, Ranulfo.

—¿Y a hacer qué?

—Bueno, no podemos interrogar a Lecroix. Se ha reunido con su creador. Así que hagamos ver que somos dos bufones y repasemos los pasos que dio Vechey la noche en que murió. Al mismo tiempo, mandaremos buscar a Roteboeuf.

Corbett se llenó la copa de vino y bajó al salón. Salvo un criado al que Corbett envió para llamar a Roteboeuf, el lugar estaba vacío, pues la guarnición se había amontonado en grupos al exterior de la muralla para informarse del desastre en el bosque, cuidar de los heridos o, como *sir* Peter, poner mala cara en privado y lamerse las heridas.

Corbett subió hacia la mesa de la tarima.

—Ahora, según lo que nosotros sabemos, Vechey se fue del salón seguido de Lecroix y Maigret. —Caminó hacia la puerta—. Nuestro difunto gobernador llevaba una copa de vino que habían catado en la mesa, como todo lo que se llevaba a la boca. Subió a su habitación. Ninguno de los otros de la casa parecen afectados excepto *sir* Peter, que volvió a buscar su copa de vino. Tenía un gusto raro, así que la tiró. —Corbett subió las escaleras, Ranulfo andaba detrás de él. Se detuvieron en el exterior de la habitación de Vechey—. ¿Qué pasó luego?

—Según nuestro buen doctor, Vechey le volvió a hacer probar el vino. El gobernador entró entonces en la habitación —continuó Ranulfo—, y Lecroix con él. Cerraron la puerta desde dentro y dos soldados se quedaron de guardia.

—Lo que significa —replicó Corbett— que Maigret, fray Tomás, Peter Branwood, Roteboeuf, o incluso cualquiera del castillo podía haberse escurrido de nuevo al salón y envenenar el vino de Branwood.

—Correcto. —Corbett abrió la puerta de un empujón y entró en la habitación de los muertos. Todavía estaba a oscuras y olía mal: las ajadas alfombras de junco estaban amontonadas, los ropajes de la cama estaban medio echados, las mantas y sábanas permanecían totalmente desarregladas. La copa que contenía los restos de vino picado seguía intacta, al igual que el agua cubierta de espuma en la palangana del lavamanos y el plato de dulces con moscas revoloteando por encima. Ranulfo fue a sentarse sobre el jergón de Lecroix, mientras Corbett simulaba repetir exactamente lo que Vechey debió hacer, aunque tuvo cuidado de no sorber el vino, ni tocar el agua, ni probar ninguno de los dulces podridos. Entonces simuló lavarse y secarse la cara y las manos, con cuidado de no tocar la toalla manchada de sangre, y fue a

estirarse en las sábanas malolientes.

—¿Me he olvidado de algo? —preguntó.

Ranulfo sacudió la cabeza.

—Entonces, en el nombre de Dios...

Las palabras de Corbett se vieron interrumpidas cuando la puerta se abrió y Roteboeuf, con el rostro ansioso, entró en la habitación.

—¿La muerte de *sir* Eustace sigue siendo un misterio, *sir* Hugo?

—Todo es un misterio —soltó Corbett, levantándose—. ¿Por qué volvió Robín al bosque? ¿Por qué mata? ¿Cómo fueron asesinados *sir* Eustace y Lecroix? Y, sobre todo, ¿quién era el traidor que quería que nos mataran en el bosque? —Corbett lo miró fijamente—. Por eso os he mandado llamar.

Roteboeuf se apartó.

—¿Por qué no vinisteis con nosotros? —desafió Ranulfo. Señaló la muñquera que asomaba por debajo de una de las mangas de Roteboeuf—. Sois un arquero consumado.

—Soy un escribano.

—¡Yo también! —soltó Corbett.

Roteboeuf se rascó la cabeza y se sentó en el taburete, llevaba unas calzas tan ajustadas que Ranulfo pensó que iban a rajarse.

—¿Por qué no vinisteis? —repitió Corbett.

—¿Oh, para qué? —suspiró Roteboeuf—. En resumidas cuentas, *sir* Hugo, soy un cobarde. No, no es correcto. Odio el bosque y no tengo ganas de morir allí.

—¿Habéis nacido en Nottingham? —preguntó Corbett, sin hacer caso de las excusas de Roteboeuf.

—Sí, nací en el interior de las murallas.

—¿Así que conocéis las historias y leyendas de Robín Hood?

—Todos las conocen. —Roteboeuf se puso de pie y echó una mirada alrededor con ansiedad.

Corbett se dio cuenta de que, bajo su apariencia alegre, era suspicaz y estaba preocupado.

—¿Qué pasa? —interrogó Ranulfo—. A nadie le gusta morir, especialmente por una flecha en la garganta en algún bosque olvidado de la mano de Dios. De cualquier modo, ¿de qué tenéis miedo ahora?

Roteboeuf esbozó una sonrisa forzada.

—¡De nada! Simplemente lo siento por *sir* Peter. Todos aceptamos que hay un traidor en el castillo y ningún hombre está libre de sospecha. —Se dirigió caminando hacia Corbett—. Pero si en realidad queréis saber algo de Robín Hood —susurró—, ¿por qué me preguntáis a mí? Bajad hasta la casa de los frailes que se halla al pie del peñasco del castillo. Preguntadle al prior si podéis hablar con Will Scarlett, que sirve allí como hermano lego.

—¿Scarlett? ¿El teniente de Robín en los viejos tiempos?

—El mismo. Ya veis, Robín era muy joven la primera vez que huyó al bosque, Scarlett era mucho mayor. Cuando los bandidos aceptaron el perdón real, Scarlett volvió a casa, pero su mujer murió de peste. Él lo consideró un castigo divino, así que ahora hace penitencia tras los muros del monasterio.

—¿Por qué no nos dijo nada al respecto *sir* Peter Branwood?

Roteboeuf los miró con inquietud.

—¿Qué importancia tiene eso, *sir* Hugo? Scarlett ya ha aceptado la paz del rey. Si Vechey o Branwood supieran que no es así, lo sacarían del monasterio y lo colgarían de las murallas del castillo solo por placer. Os lo digo para que, como comisario del rey, lo tranquilicéis. —Roteboeuf los miró fijamente, se encogió de hombros y se escabulló fuera de la habitación.

Corbett se quedó mirando la puerta entreabierta.

—Allá va un hombre muy preocupado —comentó—. Bien, Ranulfo, salgamos de este castillo maldito, que la ocasión la pintan calva. Hagamos una visita a ese Scarlett.

—¿Y respecto a Achitophel? —advirtió Ranulfo—. Si va a por vos, seguramente a estas horas estará en la ciudad esperando su oportunidad.

Corbett sonrió.

—De Craon lleva años detrás de mi cabeza. Por ahora, a Dios gracias, no la ha conseguido.

Abandonaron el castillo por una poterna y siguieron el tortuoso camino que desciende por el peñón, pasando por las oscuras entradas de las cuevas excavadas en la roca. Corbett se detuvo en el exterior de El Viaje a Jerusalén.

—Todavía no hay señal de Maltote —comentó, observando el patio lleno de caballos mientras viajeros, caldereros, buhoneros y comerciantes se agolpaban en el interior para gastarse las ganancias de una jornada comercial.

Descendieron caminando por un callejón lateral, las aguilonas de las casas sobresalían por encima de ellos. Unos niños se metían en la alcantarilla hasta la rodilla y lanzaban trozos de despojos a los perros o desviaban a los cerdos con varitas afiladas. Giraron una esquina, bajaron por una callejuela y se detuvieron ante la puerta principal del monasterio.

Un padre lego refunfuñante contestó al cencerreo de la campana y los guio por pasillos empedrados hasta la habitación del padre prior. Este no era precisamente acogedor: era un hombre alto, severo. El padre Joaquín contempló a Corbett y a Ranulfo con mucha desconfianza. Tan solo cuando Corbett presentó las cartas y las órdenes del rey el prior se relajó y le ofreció a Corbett tomar algo, pero este lo rechazó con cortesía.

—Así pues —el prior estiró los dedos larguiruchos y se apoyó en el escritorio—, ¿deseáis ver al hermano William?

Corbett estiró las piernas.

—Padre prior, ¿qué sucede? Yo soy el comisario del rey. El hermano William no

ha de temer nada de mí.

El prior removió unos pergaminos que tenía sobre su escritorio.

—El hermano William ha aceptado la paz del rey —insistió Corbett—. No ha de temer nada.

—No es eso lo que él piensa. —El prior echó la cabeza hacia atrás—. Durante los últimos meses, desde que el bandido regresó a Sherwood, el hermano William se ha negado a recibir visitas o a aceptar cualquier obsequio. Ya veis, *sir* Hugo, que el hermano William es uno de los miembros más famosos de nuestra comunidad. Sus hazañas con Robín Hood son legendarias.

—¿Pero ahora no ve a nadie?

—Exactamente.

—¿Por qué?

—No lo sé. —El prior se mordió el labio—. Vivimos tiempos turbulentos y peligrosos. Tal vez el hermano William os contestaría él mismo.

Los adentró en el monasterio, a través del patio del claustro, pasaron por la entrada de la pequeña iglesia y entraron en los jardines. Un jardinero corpulento, agazapado entre los mazos de hierbas, los miró ceñudo y luego se volvió de espaldas a ellos mientras el prior guiaba a sus visitantes hacia una celda de piedra situada en el extremo de un huertecillo. Llamó a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó una voz profunda.

El prior le explicó. Corbett oyó unos pies que se arrastraban, una llave que giraba en la cerradura y la puerta se abrió y apareció un hombre alto vestido con una túnica oscura. Tenía el cuello largo y delgado y una cara pequeña y curtida, pero sus ojos eran sorprendentemente brillantes y vigilantes. El prior Joaquín murmuró las presentaciones. Dijo que esperaría fuera mientras el hermano William conducía a Corbett y a Ranulfo a una habitación pequeña, encalada, desnuda y austera. Presidía la habitación un gran crucifijo y tan solo tenía cuatro muebles. Corbett se fijó en que el monje cerraba la puerta con llave tras ellos, luego les señaló con un gesto el banco, mientras que él se sentaba en un jergón delgado como una oblea.

—No tengo nada que ofreceros. —Los dedos quemados por el sol del hermano William hicieron señal de disculparse.

—No hemos venido a comer y beber.

El monje sonrió, se tocó el cabello cano y le guiñó el ojo a Ranulfo.

—¿Sabes que esto fue antaño tan rojo como el tuyo?, de ahí mi nombre. —Dejó de sonreír y sus ojos se volvieron vigilantes—. ¿Habéis venido a hacerme preguntas?

—Sí, hermano, y la primera es ¿por qué estáis aquí?

—Para expiar mis pecados, para rezarle a Dios y a la Madre de Cristo, para buscar el perdón por las locuras de mi juventud.

—¿Qué locuras, hermano?

El monje sonrió a medias y su mirada se apagó.

—Oh, vivir tan salvaje como los ciervos del rey —murmuró melancólico—. Un

muchacho en el bosque, cogiendo lo que quería y sin preocuparse del mañana. Ahora Dios me ha derribado. Mi mujer ha muerto y yo veo la mano del Señor contra mí. Cuando muera —continuó como si hablara para sí—, no me enterrarán aquí, sino junto a ella, bajo el viejo tejo en el cementerio del pueblo.

—¿Pero por qué os escondéis, ahora?

—Hablando claro, *sir* Hugo, tengo miedo, Yo viví con Robín, corrí con él, luché contra los soldados del rey con él, fui con fulanas y bebí. Pero ahora... —su voz se desvaneció.

Corbett se sentó y observó cómo Will Scarlett se tocaba la barbilla bien afeitada y se quedaba mirando al suelo.

—Al principio —empezó lentamente—, todos luchábamos para Simón de Montfort, conde de Leicester, que quería que los señores de la tierra se dieran cuenta de lo que hacían. Después de su derrota en Evesham, yo y el resto, Robín, Little John, fray Tuck recién ordenado, Allan-a-Dale y los otros, permanecimos libres en el bosque. Yo era el mayor, acababa de cumplir las treinta primaveras; sin embargo, la sangre me bullía en las venas. Luchamos contra los recaudadores de impuestos y los abades gordos, pues el alma de Robín estaba llena de las ideas de Montfort: como Adán y Eva habían nacido desnudos ante Dios, iguales en todo. —El monje encogió sus delgados hombros—. Así que robábamos a los ricos y se lo dábamos a los pobres. —Levantó la vista y sonrió—. Bueno, no todo. Nos quedábamos algo para nosotros, pero el resto lo repartíamos. Eso no solo hacía que nos sintiéramos buenos, sino también a salvo. Sobornábamos a los guardabosques y a los oficiales del bosque real y así les manteníamos la boca cerrada. —Se mordió el labio—. Robín conoció a *lady* Mary, Marión como la llamaban popularmente, y los años fueron transcurriendo. Entonces el viejo rey murió y Eduardo vino al norte como un Alejandro de cabello dorado, repartiendo oro y perdones como si fueran manzanas del árbol. Robín aceptó. Se unió a la cámara real y luchó en sus guerras. —Los ojos del monje se volvieron feroces—. Yo acepté el perdón, pero no que me compraran. Me quedé en Nottingham mientras que el resto se desperdigó y, cuando mi mujer murió, vine aquí.

—¿Y por qué tenéis miedo?

El hermano William se puso de pie y fue a mirar por la ventana.

—¿Habéis estado encantado alguna vez, Corbett? ¿Sabéis lo que se siente cuando los fantasmas se reúnen a espaldas de uno? ¿Fantasmas vengativos escupidos del infierno? Bien, eso es lo que sucede ahora. —Se dio la vuelta—. Oh, sí, Robín ha vuelto al bosque. Parece ser que Little John se ha reunido con él. Tal vez incluso *lady* Mary ha abandonado el convento de Kirklees.

—¿Por qué se fue allí? —interrumpió Ranulfo antes de que Corbett pudiera impedirselo.

—Sabe Dios —contestó el viejo monje—. Tuvieron una pelea seria, ella y Robín. Ella consideró que aceptar el perdón real era como una traición a muchos de nosotros. Tal vez tenía razón. Ahora, yo me escondo entre los muros de este monasterio porque

tengo miedo de un Robín que mata por capricho a antiguos miembros de su banda.

—¿Es eso cierto? —preguntó Corbett.

—Oh, sí. Aquí de vez en cuando se filtran noticias. Much, el muchacho de Miller, fue encontrado ahogado en un río. Hick Haywain, estrangulado en un campo. ¿Y quién sabe? —añadió suavemente—. Quizá la próxima vez le toque al viejo Will Scarlett.

—En tal caso —replicó Corbett—, decidnos cómo podemos matarlo.

El viejo monje se giró, tenía los ojos rebosantes de lágrimas.

—No puedo —susurró—, porque yo no conozco a este Robín.

Capítulo V

Poco tiempo después, Corbett y Ranulfo abandonaron el monasterio y bajaron hasta la plaza del mercado de Nottingham. Corbett caminaba ligeramente adelantado, confundido por lo que acababa de saber. ¿Por qué había vuelto Robín y por qué el cambio de comportamiento? Pasó por la calleja Pethick, que era el lugar que frecuentaban las prostitutas, pero a causa de la peste en la ciudad las calles estaban cortadas con vigas pesadas y cadenas de hierro atravesadas.

Una procesión funeraria de tres víctimas de la plaga se dirigía calle abajo hacia la iglesia de Santa María. Los ataúdes de madera de olmo se balanceaban sobre los hombros de los portadores sudorosos. El sacerdote de la capellanía caminaba frente a ellos, con una candela encendida en la mano, y apenas se le oía murmurar las oraciones fúnebres a causa de las bufonadas de un loco. Iba todo vestido de negro de la cabeza a los pies con un burdo esqueleto pintado en su ropa, y bailaba enfrente de la procesión, haciendo sonar una campana con rabia.

Corbett se adentró en la plaza del mercado, donde la gente insensible a los muertos, compraba y vendía a su alrededor. El sonido era ensordecedor. Montones de basura, apilada entre los tenderetes u obturando las amplias alcantarillas que pasaban por la plaza empedrada, apestosa bajo el cálido sol del verano. La pestilencia era tan penetrante que cualquiera que pasara tenía que taparse la boca y la nariz. Los aprendices gritaban: «¡Paño de Lincoln!». Otros vociferaban: «¡Buenos huevos frescos!». Un grupito rodeaba a dos pescaderas que rodaban por el suelo y se tiraban de los pelos y de las ropas como cualquier pendenciero de la ciudad. La pelea se detuvo inmediatamente cuando un carro entró en la plaza del mercado conducido por dos alguaciles. En la parte trasera iba atado un panadero, con los calzones bajados hasta los tobillos, y un alguacil sudoroso azotaba su orondo culo. Un letrero, garabateado en rojo y que llevaban a la fuerza los aprendices panaderos, anunciaba que había vendido carne de rata en sus pasteles. Se llevaron a cabo otros castigos. Cerca había dos gruñonas, cuyas caras iban sujetas con bridas de hierro, que eran conducidas hasta el río donde las sentarían en taburetes para zambullirlas en el agua sucia.

Corbett y Ranulfo se quedaron mirando mientras los sonidos de los azotes se desvanecían y la muchedumbre se giraba y se apiñaba alrededor de la picota para ver a dos criminales que gritaban incansablemente mientras les cortaban las orejas. Más allá, a un curtidor que había vertido orina de caballo en la cerveza de su competidor lo habían hecho sentarse en la picota con el culo al aire.

—¿Por qué miramos todo esto? —susurró Ranulfo.

—Cuando se están llevando a cabo castigos —murmuró Corbett—, el hampa siempre sale de las cloacas.

La profecía de Corbett resultó ser cierta: aparecieron vagabundos y el desecho de la vida de Nottingham: los rateros, los malhechores, los halcones nocturnos, los

asesinos y las prostitutas con sus extrañas pelucas y las caras todas pintarrajeadas. Se quedaban alrededor, saboreando los castigos y sin perder de vista a cualquier víctima confiada.

Un grupo de criados de la casa de un príncipe mercader, borrachos y babeantes y con la librea manchada, se abrían camino cantando una canción estridente. Un vendedor de indulgencias gritaba que tenía una de las piedras utilizadas para matar a san Esteban, mientras que un arpista jorobado sacaba trozos de pergamino de su jubón y anunciaba que tenía canciones para vender.

—Los bribones se reúnen —observó Ranulfo.

—Estúdielos con detenimiento —insistió Corbett—; a los que parezcan tener la vista aguda o lleven muñequeras.

—¿Vos creéis que los bandidos de Sherwood se atreverán a venir aquí?

—Puede ser. Recuerda el ataque al castillo.

Ranulfo, que se enorgullecía de reconocer a un bandido en una calle abarrotada de gente, estudió a la muchedumbre con cuidado, pero no encontró nada que se ajustara a la descripción de Corbett. Cuando terminaron los castigos, la multitud se dispersó y volvió a los tenderetes. De repente, detrás de Corbett y Ranulfo, sonó una voz.

—Os desafío, caballeros. Yo, Rahere de Lincoln, maestro de acertijos y guardián de misterios al norte y al sur de Trento, a quien no se le resiste una adivinanza. ¡Os desafío!

Corbett y Ranulfo se dieron la vuelta y se quedaron mirando a un joven que llevaba una túnica larga y rojiza forrada con piel de rata, sobre una camisa roja como la sangre y medias de color verde intenso. Estaba encima de un barril y gritaba su desafío en la plaza del mercado. Su cabello era de un rubio rojizo y su rostro fresco, con ojos descarados, nariz puntiaguda y una voz que sonaba como la de un predicador. Hacía girar una moneda de plata entre sus dedos mientras repetía el desafío y Ranulfo sonreía burlonamente. Ya había visto a tipos como este, caballeros de los caminos que podían responder a cualquier adivinanza y proponer otra que incluso al mayor estudioso lo dejaría rascándose la cabeza durante toda la eternidad.

Ranulfo miró fijamente a la joven que estaba junto al barril, que iba vestida con una bata marrón con lana blanca ribeteando el cuello y los puños. Su cara se escondía en una capucha, pero de repente se la sacó y el corazón de Ranulfo dio un brinco. Todo su lamento por *lady* Mary Neville cesó repentinamente, pues esta mujer era tremendamente bella. Un rostro ovalado con piel de marfil, una nariz perfectamente formada sobre unos labios intensamente rojos, pelo castaño bajo un velo de lino blanco y aquellos ojos, azul glacial con un toque de fuego. Ranulfo miraba fijamente el modo en que la bata ceñida se veía tensada por unos prominentes pechos. Su cintura estrecha como una mano estaba rodeada por un cordón plateado y unas botas de cuero negro asomaban bajo su vestido. Se quitó el pelo de la cara con un movimiento delicado y bello como el de una mariposa.

—¡Vos, caballero!

Ranulfo apartó los ojos y levantó la vista hacia el maestro de adivinanzas.

—Decidme cualquier acertijo y, en el tiempo en que vuestro corazón da veinte latidos, os daré una respuesta o esta moneda será vuestra.

—¿Qué pasa si hay dos respuestas? —contestó Ranulfo bromeando y dándole un codazo a Corbett.

—Si mi respuesta es correcta, la moneda se queda aquí.

—¿Qué tiene dos piernas, luego tres y finalmente ninguna? —gritó Ranulfo, consciente de que la muchedumbre se agolpaba a su alrededor.

—¡Vaya, un hombre! —contestó con rapidez el maestro de adivinanzas—. Pues todos nacemos con dos piernas, luego cuando nos hacemos viejos tenemos tres, con un bastón para caminar, y luego, en la cama, cuando morimos, ninguna.

Ranulfo sonrió irónicamente y asintió con la cabeza.

—¡Decidme otra!

—Es un vaso redondo como una pera, húmedo en el centro, coloreado y blanco. Y a menudo resulta que sal contenga —recitó Ranulfo.

—¡Muy bien! —gritó el maestro—. ¡Es el ojo de un hombre!

Ranulfo asintió y el maestro puso cara seria.

—Os compro una jarra de cerveza, señor. —Echó una mirada suspicaz a Corbett—. Pero no para vuestro serio compañero. ¡Rahere, el maestro de adivinanzas de Lincoln, se niega a beber con un hombre que no sonríe nunca!

Corbett se revolvió algo apurado y tiró a Ranulfo de la manga.

—¡Vamos! —susurró mientras otros empezaron a gritar acertijos—. Volvamos al castillo.

Se abrieron camino por entre la multitud.

—¡Eh, maese pelirrojo!

Ranulfo se giró.

—No lo olvidéis —gritó el maestro de adivinanzas—, mi hermana Amisia y yo os debemos una jarra de vino. ¿Nos veremos en la taberna El Gallo y el Aro?

Ranulfo estaba a punto de decir que no con la cabeza pero la joven le estaba sonriendo. Se giró de mala gana para seguir a su amo entre la multitud de vuelta por el callejón del monasterio. Estaban casi al pie del peñasco, con el gran castillo de Nottingham amenazante encima de ellos, cuando Corbett se detuvo.

—Es mejor que vuelvas.

—¿Qué queréis decir, maese?

—El Gallo y el Aro —sonrió Corbett con burla—. Ranulfo, Ranulfo —susurró—, hay tres cosas a las que nunca puedes resistirte: una copa de vino, una partida de dados y una cara bonita.

Ranulfo no se lo hizo repetir dos veces y corrió de vuelta, mientras Corbett observaba cómo se alejaba.

—Te irá bien —le gritó.

Pero Ranulfo ya no podía oírlo, ya estaba parando transeúntes para preguntarles cómo ir hasta El Gallo y el Aro. Finalmente lo encontró enfrente del cementerio de San Pedro. Entró bruscamente en la mohosa taberna y le gritó al amo para que le atendiera al tiempo que le deslizaba un penique para reservar una mesa cerca de la única ventana del local. Ranulfo pidió una jarra de vino, se sentó y tomó un sorbo de la fresca cerveza mientras intentaba controlar el movimiento de excitación en su estómago. Se sentía cansado, los ojos se le cerraban, todavía estaba agitado por la emboscada.

—¡Odio los malditos árboles! —murmuró para sí.

Se apoyó contra la pared y observó a un desollador que estaba sentado con las piernas cruzadas, justo en la parte interior de la puerta de la taberna, cosiendo pulcramente trozos de molesquín. Ranulfo cerró los ojos. Podía quedarse de pie en un callejón oscuro de Southwark y no moverse un pelo, pero aquel bosque, con su oscuridad verde y sus sonidos obsesionantes, siempre lo acobardaría. Pensó distraídamente en las muertes del castillo y luego en aquel misterioso estribillo contenido en el mensaje cifrado: tres reyes van a la torre del loco con los dos caballos. «Si al menos pudiera descifrar el secreto», murmuró Ranulfo por lo bajo. Pensó en el maestro de adivinanzas, abrió los ojos y sonrió irónicamente por lo que se le acababa de ocurrir.

—¿Así que habéis venido a por vuestra jarra de cerveza?

Ranulfo levantó la vista mientras Rahere se sentaba en un taburete enfrente, junto a él estaba su callada hermana.

—Os movéis como las sombras —observó Ranulfo, tendiéndole la mano.

—A veces tenemos que hacerlo. ¿Tu nombre, extranjero?

—Ranulfo-atte-Newgate, criado del séquito de *sir* Hugo Corbett.

—No he oído hablar nunca de él.

Junto a Rahere, Amisia se puso de repente a reír tontamente, sus ojos bailaban con burla. Ranulfo apenas podía mirarla, era tan bella... Rahere castañeteó los dedos.

—Dos jarras de cerveza, de la mejor, y un vaso de vino blanco que no sea aguachirle y que sea fresco.

El servil amo se enjugó la cara sudorosa con la mano, haciendo reverencias como si Rahere fuera un gran señor.

—¿Te conoce bien? —observó Ranulfo.

—Debería. Tenemos alquiladas sus mejores habitaciones, y se las cobra caras.

—¿Tanto sacas de tus adivinanzas?

Rahere extendió las manos y Ranulfo se dio cuenta, repentinamente, de que un ojo era verde y el otro marrón, con un ligero estrabismo, lo que confería al maestro de adivinanzas una mirada bastante saturnina.

—A todo hombre le gusta el misterio, el enigma, la adivinanza.

El amo volvió corriendo con la cerveza y el vino.

—Dime —Rahere dio una palmada en la rodilla de Ranulfo—, ¿dónde aprendiste

esa adivinanza del ojo?

—Me la dijo mi madre.

Rahere se echó hacia atrás y sorbió de su jarra.

—¿Tú no la habías oído nunca, verdad Amisia?

—No, hermano.

La voz de la joven era suave y melodiosa y, mientras iba sorbiendo refinadamente de la copa, Ranulfo la contemplaba hambriento. Todo en ella era fino y delicado. A él le recordaba una bella estatua de marfil que había entrevisto en la cámara real. Y aquellos ojos... Ranulfo no había visto nunca tanto fuego en un tal azul glacial. Apartó la mirada y se movió.

—¿Tienes alguna adivinanza más? —preguntó Rahere—. Verás, Ranulfo, siempre invitamos a una jarra de cerveza al hombre que propone una adivinanza que no hemos oído nunca, y hace tres años que no lo hacemos. Me llevaré la tuya al norte —continuó—. Esperamos pasar el día de San Miguel en la corte de lord Anthony de Bec, obispo de Durham.

—Hay un acertijo —empezó dubitativo Ranulfo—. Un dicho secreto.

Rahere tapó la jarra con sus manos y se inclinó, sus extraños ojos brillaban excitados.

—Dime.

—Es un dicho que esconde un secreto. —Ranulfo cerró los ojos—. «Los tres reyes van a la torre de los dos locos con los dos caballeros».

Rahere hizo una mueca.

—¡Dios santo! ¿Eso es todo?

Ranulfo se encogió de hombros.

—Es todo lo que sé.

—¿Quién lo ideó?

—No lo sé —mintió Ranulfo—. Pero si pudieras resolver el misterio, o incluso apuntar lo que significa... —Abrió su bolsa y puso dos monedas de plata sobre la mesa—. Serían para ti.

El maestro extendió las manos.

—Aquí tienes mi mano, Ranulfo.

Ranulfo la estrechó afectuosamente, se metió las monedas en el bolsillo y le gritó al tabernero que trajera más bebida. Se sentía orgulloso y satisfecho e intentaba por todos los medios ocultar su excitación. El maestro tal vez fuera útil. Sí así era, Ranulfo se aprovecharía, y si no, Ranulfo se aprovecharía igual: le estaba ofreciendo una excusa para escabullirse del viejo maese Cara Larga y hacerle la corte a la bella Amisia.

A la mañana siguiente, Corbett se levantó temprano. Se quedó mirando con suspicacia al durmiente Ranulfo. Su criado había vuelto la noche anterior,

ligeramente borracho, abriéndose paso por los pasillos del castillo, cantando las canciones más obscenas que Corbett había escuchado nunca, y tan solo con grandes dificultades había desembarazado a Ranulfo de una partida de dados con algunos de los hoscos soldados del castillo, que cada vez sospechaban más de su interminable racha de buena suerte. El criado yacía ahora a medio vestir, roncando el galón de cerveza que se había bebido. Corbett acabó de vestirse, salió de puntillas de la habitación y bajó al salón a desayunar.

Branwood, Naylor, Roteboeuf, fray Tomás y el doctor Maigret ya estaban allí. El vicegobernador estaba malhumorado mascando trozos de pan y sorbiendo de una jarra. El saludo de Corbett fue contestado con refunfuños y miradas sombrías; era evidente que la gente de la casa todavía estaba dolida por la emboscada del día anterior. Corbett se sentó en un banco junto a Maigret y cortó pedazos de pan de una barra recién horneada. Se sintió reconfortado y reflexionó sobre el reciente ataque.

—Es extraño —murmuró en voz alta antes de poder detenerse.

—¿El qué? —soltó Naylor, con sus ojos de cerdo enrojecidos por el cansancio.

—Ayer en el bosque esos bandidos podían habernos matado a todos y sin embargo escapamos. Es casi como si...

—¿Nos enviarán una advertencia? —acabó la frase Roteboeuf.

—Sí. —Corbett mordió un trozo de pan. «Hay algo escurridizo allí —pensó—, como al mirar fijamente dentro de aguas oscuras y vislumbrar algo precioso en el fondo».

—*Sir Peter* —preguntó—, ¿queréis que el rey os confirme como gobernador?

Sir Peter se encogió de hombros.

—Eso es una prerrogativa del rey. Él me nombró vicegobernador. —Sonrió hosco—. ¿Tal vez insista en que ocupe el cargo del pobre Vehey?

Corbett asintió diplomáticamente, y estaba a punto de contestar cuando Maigret tosió y se aclaró la voz.

—He estado pensando en lo que me preguntasteis, *sir Hugo*, respecto a la muerte de *sir Eustace*. —Los rápidos ojos del médico miraron alrededor como si retara a los otros a poner reparos—. El veneno —continuó— pudiera ser belladona o alguna poción destilada a partir de champiñones, de esos venenosos que crecen bajo el roble y el olmo. Son tremendamente mortales, especialmente cuando se cogen bajo la luna de cazador.

—¿Matarían al instante?

—Si el brebaje fuera lo bastante fuerte, sí.

—¡*Sir Peter*, *sir Peter*!

La conversación se detuvo cuando un joven soldado, un simple muchacho con no más de dieciséis primaveras, los cabellos desarreglados y con ojos de terror, irrumpió en el salón.

—¿Qué pasa, chico?

—¡Los he visto! Dos de los hombres que desaparecieron ayer en el bosque. —La

voz del soldado vacilaba—. ¡Los han ejecutado!

Sir Peter saltó de la mesa, los otros le siguieron. Branwood ordenó a Roteboeuf y a Maigret que se quedaran en el castillo.

—¡*Sir Hugo!* ¡Padre Tomás! ¡Naylor!

Se apresuraron hacia la muralla exterior, donde los criados ya estaban ensillando los caballos. El gobernador, gritándole tacos al soldado, le dijo que cogiera una jaca de quien fuera y los guiara hacia lo que había visto.

El sol todavía no había salido, pero el cielo de un azul grisáceo se iluminaba con jirones rojos mientras salían galopando por las puertas del castillo, bajaban el camino serpenteante y se adentraban en la ciudad que todavía dormía. Branwood cabalgaba como un hombre poseído y a Corbett le costaba seguirlo. Se percató, no sin diversión, que el padre Tomás era mejor jinete que Naylor, que iba resbalando de la silla.

«Me pregunto cuándo volverá Maltote», pensó Corbett cuando pasaron velozmente por El Viaje a Jerusalén y entraron en el callejón del monasterio. Dejó de hacer conjeturas cuando intentó alejar a su caballo de una alcantarilla, mientras echaba una mirada a las señales que sobresalían de la taberna y a los letreros dorados de los peleteros, pañeros y orfebres. Afortunadamente, había poca gente por los alrededores y los que estaban se arrimaron bien contra las paredes cuando *sir Peter* y su gente pasaron a toda velocidad. Las puertas de las tiendas se cerraron de golpe y cuando los aprendices que preparaban los puestos para un día de trabajo, oyeron o vieron a los jinetes huyeron buscando refugio. Dos recogedores de mierda, con los carros medio llenos de apestoso excremento, bloquearon el camino hasta que *sir Peter* los hizo a un lado golpeándolos con el dorso de la espada.

Las puertas de la ciudad se abrieron a toda prisa y Branwood los guio a través de los campos empapados de rocío, siguiendo el mismo sendero que habían recorrido día anterior que apuntaba como una flecha hacia la línea de árboles oscura y sombría. A Corbett se le encogió el estómago de miedo. «¿No volveremos allí?», pensó.

—¡*Sir Peter!* —gritó—. ¿Qué es esta tontería?

Branwood no llegó a oírlo, y espoleó con más fuerza al caballo.

Corbett se agarró con fuerza, y entonces *sir Peter* tiró de repente de las riendas, levantó el caballo de forma salvaje y les gritó que se detuvieran.

—¿Bien, dónde, muchacho? —le chilló al soldado, a quien parecía que la reciente cabalgada le hubiera descoyuntado todos los huesos del cuerpo.

El joven parpadeó y miró fijamente el bosque. Hizo dar la vuelta al caballo y galopó por la franja de árboles, seguido de Branwood y el resto.

De repente, el guía se detuvo y señaló con el dedo sucio y regordete.

—Los vi —jadeó—. Los vi cuando entraba después de visitar a mi madre en el pueblo.

Corbett miró fijamente. Primero no vio nada, pero *sir Peter* se inclinó y le agarró la muñeca.

—¡Mirad, *sir Hugo!* —le susurró roncamente—. ¡Mirad hacia aquel árbol, el

olmo grande!

Corbett siguió su mirada. El borrón blanco que había vislumbrado anteriormente se veía ahora con claridad. Dos cadáveres, con la piel blanca y sucia brillando como la parte inferior de una pica, estaban colgados por el cuello de una de las ramas más altas del árbol. Fray Tomás hizo avanzar más a su caballo, Branwood y Corbett lo siguieron, mientras que el joven soldado se apoyaba en el cuello de su caballo para vomitar. Los cuerpos resultaban grotescos. Estaban desnudos, salvo por un taparrabos, sus caras tenían un color moteado; lenguas medio mordidas se salían de las bocas hinchadas y sus ojos desorbitados eran vidriosos.

—Dos de los soldados —murmuró *sir* Peter— que desaparecieron ayer.

Los caballos olieron los cadáveres y empezaron a relinchar y a irritarse. Corbett se giró con asco, mientras *sir* Peter empezó a bramar órdenes a Naylor para que bajara a los hombres y consiguiera un carro del castillo para llevarse los cadáveres.

—Volvamos —anunció el gobernador con malhumor.

—Yo no puedo —dijo fray Tomás—. Tengo que visitar mi iglesia. *Sir* Hugo, ¿os quedáis conmigo?

Corbett enseguida accedió; *sir* Peter, en el mejor de los casos, era un compañero sin gracia, pero ahora parecía un hombre que esperara una condena. Fray Tomás murmuró una oración y esbozó una bendición en dirección a los cadáveres, luego condujo a Corbett hasta su pequeña iglesia parroquial.

Esta se hallaba a dos millas de Nottingham, en el camino que va hacia el oeste, a Newark. Alrededor de la iglesia se agrupaban las casas de piedra y madera y los diminutos jardines de los aldeanos y de los campesinos.

—La mayoría son libres —le hizo saber con orgullo fray Tomás—. O casi. Cultivan sus propias cosechas y tan solo dedican dos días a trabajar las tierras del señor.

Corbett asintió con la cabeza. El franciscano le caía bien. Mientras cabalgaban hacia el pueblo les saludaron un montón de niños casi desnudos y con las costillas bien marcadas que iban saltando alrededor como diablillos del infierno, charlando y llamando, y señalaban a Corbett y le hacían a fray Tomás un torrente de preguntas en voz alta. Sus padres, con las caras manchadas de tierra o abrasadas por el sol, también dieron la bienvenida a su sacerdote cuando regresaban de los campos para oír misa y desayunar. Fray Tomás los saludó cordialmente y cuando llegaron a la iglesia una pequeña procesión se había formado tras él. En el exterior del cementerio, el sacerdote y Corbett desmontaron y dos muchachos cogieron los caballos; luego, fray Tomás llevó a Corbett al interior de la mohosa oscuridad de la iglesia. Era una construcción sencilla sin pilares ni ventanas de cristal. El suelo era de tierra batida, el altar una simple losa. Corbett se acuclilló con el resto ante la burda barandilla de madera del altar, mientras fray Tomás se ponía sus vestiduras en una cámara inmediata y salía para celebrar la misa más rápida que Corbett había oído. Fray Tomás no farfullaba las palabras, pero hablaba con rapidez. Pasó de la epístola y el

evangelio al ofertorio y a la consagración antes de despedir a sus parroquianos con una rápida bendición.

—Una misa rápida, padre —comentó Corbett, observando cómo se desvestía en la pequeña sacristía.

Fray Tomás sonrió con ironía.

—Es la creencia lo que cuenta —le contestó—. No el ritual complicado. —El sacerdote señaló con la cabeza hacia la puerta de la iglesia—. Mis feligreses tienen campos que cuidar, cosechas, ganado al que dar de beber, niños que alimentar. Si no trabajan, pasan hambre. ¿Y entonces qué, maese escribano?

—¿Ayuda de Robín Hood?

La cara gorda del sacerdote se arrugó al sonreír.

—Bien dicho, maese —murmuró.

—¿Aprobáis lo que hace el bandido? —preguntó Corbett.

El padre Tomás dobló con pulcritud las vestiduras, las colocó en un cofre de madera y cerró la tapa con candado.

—Yo no he dicho eso —replicó, enderezándose—. Pero mi gente es pobre. Una niña se casa a los doce; cuando tenga dieciséis ya habrá tenido cuatro bebés, tres de los cuales morirán; ella y su marido envolverán los cuerpecillos en un trozo de tela barata para que yo lo entierre en el cementerio, rezaré una oración, les enjugaré las lágrimas de los ojos y maldeciré en silencio su desventura.

»Estos campesinos son la sal de la tierra. Se levantan antes del amanecer, se van a dormir cuando ya es oscuro, aran los campos en lo más crudo del invierno, dejan a sus bebés bajo un matorral chupando un harapo mojado y esperan que se mantenga caliente en el trozo de cuero en el que están envueltos. Ganan poco, y luego vienen los recaudadores de impuestos. Llenan sus graneros y los proveedores reales se lo arrebatan. Los señores de la tierra se aprovechan de ellos: si hay una guerra, sus casas arden y a ellos los siegan como a la hierba.

El padre Tomás metió sus pulgares regordetes por el cinto blanco y sucio que llevaba atado a la cintura.

—Si el rey necesita soldados —continuó—, sus jóvenes se van contoneándose por algún sendero rural, dejando el aire lleno de sus charlas y de sus canciones. —Los ojos oscuros del sacerdote se levantaron para mirar a Corbett y el escribano vio que se le llenaban de lágrimas—. Entonces —prosiguió— llegan las noticias de alguna gran victoria o de alguna gran derrota, y con ello una lista de los muertos. Vienen las mujeres. Se ponen en cuclillas sobre el suelo sucio (las esposas, las madres, las hermanas) mientras yo —añadió el sacerdote con amargura— me escondo como un perro en mi sacristía y escucho sus sollozos. —Suspiró—. Un año después regresan los heridos, uno sin una pierna, otro manco. ¿Para qué?

—¿Me habéis traído aquí para decirme esto, padre?

—Así es, comisario del rey. Cuando volváis a Westminster, explicadle al rey lo que habéis visto. Robín Hood está en el corazón de toda esta gente.

—Eso ya lo sé —replicó Corbett—. Como vos, padre, provengo de la tierra, y al igual que vos encontré una salida. —Se le acercó—. ¿Pero hay algo más, no es así? Vos servís aquí y no en el castillo. Vuestro corazón está con estos campesinos. Robín Hood, el bandido, el famoso proscrito, os debe haber hecho alguna propuesta.

El padre Tomás le dio la espalda como si estuviera ocupado en algo, guardó las vinajeras en un cofrecito zunchado.

—Os he hecho una pregunta, padre.

El padre Tomás se giró, con mirada desafiante.

—Si Robín Hood entrara en esta iglesia —replicó—, yo no avisaría al gobernador, pero... —su voz se desvaneció.

—¿Pero qué, padre?

—Bueno. —El sacerdote se apoyó en la pared y se rodeó el prominente estómago con sus regordetas manos—. Sí, os he traído aquí para que podáis llevarle al rey el mensaje. Pero algo está pasando. —Se lavó los dedos en una palanganita con agua y se los secó cuidadosamente con una toalla—. Antaño, cuando Robín Hood hacía lo que quería con su banda, los aldeanos nunca eran atacados y el bandido compartía sus bienes.

—¿Y ahora?

—Oh, los aldeanos están a salvo y el bandido distribuye buenas cantidades de plata, pero es para comprar su silencio. —El padre caminó hacia la puerta—. Deberíamos irnos.

Corbett se quedó quieto.

—Padre, os he hecho una pregunta y no me habéis contestado.

El padre Tomás se volvió.

—Ya lo sé, *sir* Hugo. Sí —continuó cansado—, he visto al proscrito. Vino aquí, ya era tarde, se acercó lentamente por la nave como un gallo en un corral. Yo estaba arrodillado al pie de la barandilla del altar. Cuando me giré, allí estaba él, vestido de color verde intenso, con una capucha en la cabeza y una máscara de paño negro ocultándole la cara.

—¿Qué quería?

—Me pidió ayuda. Información de lo que viera en la ciudad y en la aldea. Quién se movía por allí, qué dineros se transportaban, y me preguntó si cuidaría del consuelo espiritual de sus hombres.

—¿Y cuál fue vuestra respuesta?

—Le dije que antes bailaríamos con el diablo bajo la luna de verano.

—¿Sin embargo, habéis dicho que lo entendíais?

—No, *sir* Hugo, yo entiendo la pobreza de mi gente. —El sacerdote sacudió sus gruesos hombros—. Eso era antes de los asesinatos del castillo y de la muerte de los recaudadores de impuestos. Pero no sé..., no me gustó aquel hombre. Su arrogancia, su frialdad, el modo en que se quedó apoyado en el arco largo. Sentí malevolencia, maldad.

—¿Y qué respondió él?

—Simplemente se marchó, deslizándose en la noche, riendo por encima del hombro.

—¿Se lo dijisteis al gobernador?

—¿*Sir* Eustace o *sir* Peter? ¡Ni hablar!

Corbett sumergió sus dedos en la pila de agua bendita que había justo en la parte interior de la puerta de la sacristía. Se santiguó.

—Os lo agradezco, padre. ¿Vais a volver al castillo?

—Dentro de un momento —contestó el sacerdote—. Adelantaos.

Corbett volvió hacia la iglesia, se detuvo a encender una velita ante la imagen de la Virgen María, burdamente tallada en madera. Cerró los ojos, rezó por Maeve y por la pequeña Eleanor, ignorando que una figura entre las sombras al fondo de la iglesia lo miraba con maldad.

Capítulo VI

Corbett, absorto en sus pensamientos, dejó que su caballo amblara de vuelta a Nottingham. Estaba cansado, era un forastero y no estaba acostumbrado a la caza del mal que se escondía en la oscuridad del bosque. Iba distraído pensando en darle apremio al asunto de Londres; el rey estaría ansioso, esperando una solución inmediata al secreto del código.

Corbett agarró las riendas de su caballo y entrecerró los ojos, escuchó el sonido de las abejas que zumbaban en las hierbas a ambos lados del camino, el charloteo enojado de los pájaros compensado por la canción agridulce y obsesionante del tordo. «¡Concéntrate!», pensó. La muerte de *sir* Eustace Vechey es la clave del asunto. Recordó las palabras del doctor Maigret respecto al brebaje mortal que se había utilizado.

—¡Me asombra! —exclamó en voz alta.

Luego, abrió los ojos y observó las mariposas blancas que flotaban en la brisa matutina como ángeles en miniatura, sus alas reflejaban la luz. Corbett, pensando en la conclusión a la que había llegado, espoleó el caballo al galope y cabalgó hasta Nottingham.

Cuando se encontró de vuelta en la muralla exterior del castillo, estaban estirando los cadáveres de los soldados sobre mesas de caballete y lavándolos para el entierro. Junto a ellos, unas mujeres en cuclillas lloraban a los muertos. Entretanto, Naylor, con la ayuda de unos hombres de armas sudorosos y maldicientes, sacaba los dos ataúdes de madera de pino que contenían los restos de *sir* Eustace y de su criado Lecroix.

Corbett echó una mirada por la muralla. No había rastro de Branwood y se preguntó dónde estaría Ranulfo. Divisó a Maigret sentado en un banco en la base de la torre de homenaje, tenía la cara girada para que le diera el sol de la mañana, y sostenía una copa de vino en la mano y un plato de pan empapado en leche sobre su regazo.

—Se os ve poco afectado —comentó Corbett, acercándose.

Maigret abrió los ojos y echó una mirada a los cadáveres que estaban lavando para meterlos en los ataúdes.

—En medio de la vida está la muerte, *sir* Hugo. Por otra parte, ¿qué puede hacer un médico con los muertos? ¿Iréis a las almenas esta noche? —preguntó de repente.

—¿Por qué? —preguntó Corbett, sentándose a su lado.

—Bueno, hoy es 13. Durante estos últimos meses, en tal fecha y a medianoche, la hora bruja, son lanzadas tres flechas encendidas por encima del castillo.

—¿Cómo? —exclamó Corbett.

—Pensaba que Branwood os lo habría explicado. El día 13 de cada mes, a medianoche, tres flechas con fuego iluminan el cielo nocturno. —Maigret se encogió de hombros—. Nadie sabe quién lo hace ni por qué.

—¿Desde hace cuánto?

—Oh, desde hace al menos seis meses. —Maigret endureció la mirada. Se quedó observando el rostro moreno del escribano, que estaba cerca, y percibió unas gotas de sudor en su frente—. ¿Qué es lo que queréis realmente, Corbett? Vos sois hombre de pocas palabras y me queréis sonsacar.

Corbett sonrió. «He de ir con cuidado», pensó. Maigret le había parecido primero el típico médico, ensimismado y presuntuoso, pero el hombre poseía un fino ingenio y una inteligencia aguda. «¿Un posible asesino?», se preguntó.

—Antes de que me lo preguntéis —murmuró Maigret—, yo no tengo nada que ver con este asunto. Yo soy un viudo que practica la medicina, aquí en el castillo y en la ciudad. Voy los domingos a misa y doy tres libras de cera al mes a mi parroquia, así que cuando muera tendré a un sacerdote cantando diez mil misas por mi alma. Conozco las propiedades de la medicina, pero no tengo venenos. Tenéis permiso para registrar mis habitaciones y mi casa.

—Señor —replicó Corbett—, os agradezco vuestra honestidad y yo también seré franco. Si yo fuera un asesino, ¿dónde iría a comprar veneno en Nottingham?

Maigret parecía sorprendido, luego sus ojos se entrecerraron.

—Sois astuto, Corbett. Demasiado astuto. No había pensado en eso. Por supuesto. —El médico se inclinó adelante, dejando lo que quedaba de la sopa de pan en el suelo para que se lo comieran los perros—. La respuesta es sencilla. Si quisiera obtener una sustancia nociva o alguna jovencita tuviera necesidad de deshacerse de un bebé que todavía llevara en el vientre, iría a ver a la bruja Hecate. Tiene una tienda en un edificio de tres pisos en la calleja Mandrick, detrás de la iglesia de San Pedro, cerca de la puerta Bridesmith. La veréis fácilmente —continuó—. Está justo enfrente de la taberna El Cerdo en la Gloria, donde, con la cantidad necesaria de plata, se puede comprar de todo.

Corbett se puso en pie.

—¿Supongo que vais allí ahora?

—Por supuesto. Y si veis a mi criado Ranulfo...

—Lo dudo. Se fue del castillo hace al menos una hora, con el pelo rizado y emperifollado y recién afeitado, más elegante que un príncipe.

Corbett sonrió sarcásticamente. Tendría algunas palabras con el joven Ranulfo, aunque eso tendría que esperar. Le ordenó a un criado arisco que volviera a ensillar su caballo, agarró rápidamente un cazo de agua de uno de los toneles del exterior de la cocina y cabalgó de nuevo a la ciudad. En la plaza del mercado contrató a un pilluelo, con el pelo revuelto y la cara sucia, para que lo llevara hasta El Cerdo en la Gloria. El bribonzuelo sonrió de oreja a oreja mostrando sus negros dientes. Corbett, que le había ofrecido una moneda por guiarlo, tuvo que doblarle los honorarios para que el granuja dejara de decir a todos que el escribano de cara seria al que guiaba iba a El Cerdo en la Gloria «para que le tocan el pito». Corbett creyó entender la expresión tan solo a medias, pero decidió no preguntar.

La zona trasera de San Pedro era tan oscura y ruidosa como cualquier laberinto de callejones de Southwark. Enormes casas de madera, que habrían vivido momentos de esplendor, se apiñaban unas contra otras e impedían el paso de la luz, convirtiendo las calles llenas de basura en un laberinto atestado de todo tipo de pícaros. Algunos estudiaban a Corbett de cerca, pero les frenaba la espada y la daga, de manera que el joven pícaro resultó ser más un protector que un guía. Se adentraron en el callejón Mandrick. Por encima de ellos, los pisos altos de las casas casi se juntaban unos con otros. Unos caldereros y algunos oficiales vendían baratijas, carne de palomo o pieles de conejo desde puestos andrajosos. El Cerdo en la Gloria estaba en el centro de la calle, tenía un letrero azul chillón y dorado que colgaba de una ancha viga que sobresalía del alero. La puerta de la taberna estaba abarrotada de mercachifles. Algunas prostitutas con batas andrajosas y pelucas llenas de colorido reían con dos soldados de la guarnición del castillo.

Corbett le pagó al muchacho los honorarios, le prometió más si le vigilaba el caballo y aporreó la puerta de la casa de la bruja. Levantó la vista; las ventanas de los pisos superiores estaban todas cerradas mientras que un ventanuco de bisagras, encima de la puerta, estaba cubierto de mugre y moteado con los cadáveres de moscas muertas hacía tiempo. Corbett volvió a llamar a la puerta, maldiciendo suavemente porque los golpes empezaban a atraer la atención de clientes de El Cerdo en la Gloria.

—¿Busca a Hecate? —chilló una mujer desdentada, sosteniendo una peluca chillona en una mano mientras se rascaba la calva.

Corbett se giró y retiró la capa para mostrar la espada y el puñal.

—Sí.

Le lanzó una moneda que ella recogió en su mugrienta zarpa.

Algunos de los otros clientes la empujaron.

—¡No la vais a encontrar allí! —gritó otra voz.

Corbett se apoyó contra la puerta mientras la multitud empezó a rodearlo. Incluso el muchacho que le vigilaba el caballo parecía asustado. Corbett desenvainó rápidamente la espada y deseó que Ranulfo estuviera con él.

—¡Yo soy *sir* Hugo Corbett —gritó—, comisario del rey! —Echó una mirada a los soldados que se escondían detrás de los demás—. Y vosotros, soldados, pertenecéis a la guarnición del castillo. ¡Presentaos!

El resto de la muchedumbre se retiró. Los dos soldados se abrieron paso tímidamente y se quedaron mirando como lerdos a Corbett.

—¿Soy quién afirmo ser? —preguntó el escribano.

Los soldados asintieron con la cabeza.

—Luego, soldados, estáis bajo mis órdenes. Coged un banco de esa taberna y forzad aquella puerta. ¿Estáis sordos?

Corbett dio un paso adelante. Los dos soldados volvieron corriendo a la taberna y regresaron cargando con un tosco banco. El amo, con el cabello grasiento, salió para

protestar. Corbett le dijo que se callara y apartó al resto de la multitud lanzando un puñado de monedas sobre los sucios guijarros. La crispación se desvaneció como la niebla bajo el sol. Corbett se separó. Los soldados empezaron a golpear la puerta con el banco hasta que esta rechinó, se pandeó y se abrió de golpe.

—¡Quedaos fuera! —ordenó.

Se adentró por un pasadizo húmedo y mal iluminado. La primera entrada a la derecha conducía al interior de la tienda; a Corbett le vinieron náuseas y lanzó maldiciones ante lo que veía y oía. La tienda estaba bastante ordenada, no era más que una habitación con estantes que sostenían tarros de diversas medidas, bolsitas y cajas de madera bien cerradas. Pero Hecate también era desolladora, era una persona experta en quitarles las entrañas a los animales y rellenarlos con hierbas. Un zorro de ojos vidriosos y color rojizo lo miraba fijamente desde el suelo. Un conejo, con las orejas hacia atrás, estaba agazapado en una quietud glacial. El olor fétido provenía del cuerpo de una ardillita que yacía sobre la mesa; sus entrañas se salían del estómago abierto. Por encima de ellas zumbaba una masa de moscas negras.

Corbett salió de la tienda y siguió caminando por el pasadizo. Abrió una puertecita que daba a una habitación y se sorprendió ante el lujo refinado que había en su interior. Era como el saloncito de una joven noble. Las paredes estaban encaladas y cubiertas con gruesos paños de lana de varios colores y había unas parrillas bruñidas bajo una chimenea pequeña y labrada. Había alfombras de lana en el suelo, candeleros de plata sobre la mesa lustrosa y un aparador entreabierto mostraba tazas y platos preciosos. Todas las ventanas estaban acristaladas con vidrios de colores y el olor de la habitación resultaba tan fragante como un prado en un día estival. Dos copas de vino de delgado pie reposaban sobre la mesa. Corbett echó una mirada a su alrededor y entró en la despensa de la cocina, al fondo de la casa. Allí el olor era más fuerte. Se tapó la nariz. Ni siquiera su mujer, Maeve, tenía el fregadero y la cocina tan limpio y ordenado, pero el hedor era tremendo.

—¡Dios santo! —exclamó.

Abrió la puerta de un armario y soltó una maldición cuando el cadáver de una mujer de cabello gris cayó, agitando los brazos como si incluso muerta quisiera golpearlo. Corbett se echó hacia atrás y observó cómo el cadáver de la mujer se desplomaba en el suelo, con el cabello gris como el acero desparramado a su alrededor. Corbett no veía señales de sangre o de violencia. Se puso en cuclillas y le dio la vuelta al cuerpo, tapándose la boca con una esquina de su capa pues el rostro de la mujer, de facciones enjutas en vida, estaba gris e hinchado, los ojos saltones, la lengua saliente. Luchó hasta el último aliento contra la cuerda de arco que estaba bien sujeta alrededor de su garganta. Corbett se levantó y volvió hasta el callejón Mandrick y respiró hondo el aire que ahora le resultaba fragante comparado con el que acababa de dejar.

—¿Pasa algo? —murmuró uno de los soldados, al ver la cara pálida del escribano.

—Sí —susurró—. Hecate está muerta.

El soldado señaló con la cabeza hacia la taberna donde, a tenor del alegre bullicio, se estaban gastando las monedas de Corbett.

—Decían que se había marchado. Tenía una cabañita cerca de Southwell.

—¡Ciertamente, se ha ido! —soltó Corbett—. ¡Y no va a volver! Tú vigila la casa. —Hizo una señal con la cabeza al compañero del soldado—. Tú ve al castillo y díselo a *sir* Peten. Hecate era una bruja y ahora está muerta, así que sus propiedades pertenecen al rey. —Corbett miró marchar al soldado, pagó al pilluelo, recogió su caballo y cabalgó de vuelta por los callejones buscando la taberna de El Gallo y el Aro.

Encontró a Ranulfo en el jardincillo, sentado en un emparrado florido y cortejando a la hermosa joven que Corbett vislumbró en la plaza del mercado. Ranulfo se levantó y, tímidamente, hizo las presentaciones. Corbett besó los dedos frescos de la mujer y la estudió de cerca. «Es hermosa», pensó. Una mirada a Ranulfo le reveló que su criado se había encaprichado. Lo único que era capaz de hacer era quedársela mirando con adoración. Corbett no sabía si ponerse a reír o a llorar.

«Si me hubieran dado una moneda de oro cada vez que te has enamorado, Ranulfo —pensó—, sería el hombre más rico del reino».

—¿*Sir* Hugo?

Corbett sonrió a la mujer.

—Señora Amisia, lo siento, tengo la cabeza en otro sitio. Me temo que maese Ranulfo y yo tenemos asuntos que atender.

—Sí, sí —dijo ella—. Un escribano de la cancillería está siempre ocupado.

Ranulfo echó una mirada de advertencia a Corbett.

—Por supuesto —contestó él suavemente—. Maese Ranulfo es uno de los escribanos en quien más confía el rey. No dudará en ascenderlo más, si trabaja duro.

Ranulfo sonrió sarcásticamente.

—En tal caso, maese —susurró—, me acabaré este vino.

—Si lo haces de un trago —murmuró Corbett por lo bajo— no me importa. Señora Amisia, ¿dónde está vuestro hermano Rahere?

—Contando historias en la plaza del mercado, *sir* Hugo. Es muy hábil —continuó orgullosa—. Maese Ranulfo ha prometido que utilizará su influencia con el rey para conseguir que inviten a mi hermano a la corte por Navidad.

Corbett reprimió una sonrisa.

—Señora, son asuntos de este tipo los que nos requieren a Ranulfo y a mí. —Y haciéndole una reverencia a la joven, agarró a Ranulfo por la manga y lo sacó de la taberna hasta la calle.

—¡Esto no era necesario, maese!

—Sí, lo era —replicó Corbett—. Ranulfo, te necesito.

Estaba a punto de decirle que Rahere y Amisia no eran simplemente gente para pasar el rato, pero echó una mirada al rostro sombrío del viejo maese Cara Larga y se convenció de que la prudencia era lo más importante del valor. Corbett le explicó lo

de los cadáveres de los soldados, su encuentro con fray Tomás, las flechas encendidas y el descubrimiento del cuerpo de Hecate. Ranulfo dejó ir un silbido entre dientes.

—Así que el buen padre tiene un pie en cada lado, pero tiene dudas; mientras que la muerte de Hecate demuestra que el asesino de Vechey le compró la pócima a ella. ¿Qué más, maese?

—No sé —murmuró Corbett—. Lo que me deja perplejo es el cambio de actitud de Robín Hood. Ahora es un asesino, un bandido, con solo una pizca de preocupación por la gente sencilla. Y está ese asunto de las tres flechas disparadas a medianoche, el día 13 de cada mes.

—Así que, ¿dónde vamos ahora? —preguntó Ranulfo.

—Antes de reunirme contigo en la taberna le pregunté al amo el nombre de la mejor posada en los caminos, fuera de Nottingham. Me habló de El Jabalí Azul, en la ruta de Newark. Nosotros lo pasamos cuando veníamos hacia el norte.

—¿Y eso qué tiene que ver con Robín Hood?

—¿Conoces a Elías Lamprey?

—¿Ese escribano de nariz mocosa que está al cargo de los documentos en el Tribunal Real?

—Bueno, estoy seguro de que no estaría de acuerdo con tu descripción. Sin embargo, ley y orden es el trabajo de los comisarios reales y jueces de paz y el querido Elías disfrutaría con todo el asunto de los bandidos. —Corbett sonrió con ironía—. A menudo me he quedado dormido mientras escuchaba alguna de sus historias en una taberna de Cheapside. Sin embargo, una cosa que Elías sostiene como dogma de fe es la profana alianza entre bandidos y tabernas, siendo esta última una fuente de cotilleos tanto como una manera de derrochar el dinero conseguido por medios ilícitos.

Se detuvieron en la esquina de la calle mientras los porqueros de la ciudad capturaban a una cerda que vagaba desafiando el reglamento, la echaban de espaldas y le cortaban la garganta. Sus caballos relincharon, asustados por el olor a sangre. Ranulfo les gritó a los hombres que se largaran, pero ellos le replicaron con gestos obscenos y arrastraron el cuerpo del animal hasta un carro que estaba esperándolos. Ranulfo escupió y miró a Corbett.

—¿Decíais, maese?

—Bueno, hay dos cosas que me atraen de El Jabalí Azul. Primero, que es el sitio en que se detuvo Willoughby justo después de marcharse de Nottingham. Segundo, El Jabalí Azul parece que prospera en estos tiempos difíciles. Creo que se merece una visita.

Fueron saliendo de Nottingham rodeando las murallas de la ciudad hasta que encontraron el camino, en dirección sur, hacia Newark. Ranulfo se sintió más relajado, pues el camino estaba muy transitado. Unos granjeros conducían sus carretas, dos sacerdotes empujaban una carretilla que contenía todos sus bienes terrenales, un grupo de peregrinos viajaban a Canterbury y un grupo de familias

campesinas vagaban en busca de trabajo. Cuando llevaban un cuarto de hora cabalgando, Corbett y Ranulfo entraron en el patio cercado de El Jabalí Azul. El lugar estaba muy concurrido, no solo por viajeros, sino también por labriegos de los campos de los alrededores que saciaban su sed con jarras de cerveza. Estos hombres estaban sentados en el gran patio empedrado, de espaldas a las dependencias, y tomaban el sol mientras sus hijos, con los pies descalzos y vestidos con harapos, jugaban sobre un montón de estiércol. Cerca de la puerta de la taberna, unas campesinas con batas de fustán y el pelo recogido bien alto sobre las cabezas, bajo trapos blancos y mugrientos, rodeaban a un vendedor de reliquias, un hombrecillo achaparrado con cara de mastín y con una voz que retumbaba como la campana de una iglesia. Llevaba las reliquias colgadas de una cinta alrededor del cuello y señalaba con orgullo los corruptos dedos, trozos de hueso, tejidos y ropas de santos de los que Corbett no había oído hablar en su vida.

En el interior de la cavernosa taberna el tipo de cliente era más refinado. Sabios viajeros, peregrinos y algún que otro mercader desayunaban con barritas blancas con salsa de pescado por encima y jarras de peltre llenas de cerveza. El tabernero echó una mirada a Corbett y se acercó muy activo. Alto, grueso, calvo, con la cara muy risueña y unos ojos mezcla de arrogancia y astucia; el tipo de hombre que podía oler las ganancias en medio de una habitación abarrotada de gente. Mientras Corbett pedía la comida, Ranulfo examinó cuidadosamente la gran taberna, se fijó en las limpias alfombras de junco, las paredes bien encaladas, los enormes barriles de cerveza y malvasía en un rincón y los estantes lustrosos con jarras y copas del más fino peltre.

—¿Tiene usted un buen local, maese...?

—Roberto Fletcher, su señoría. —El amo hizo una reverencia a Ranulfo como si fuera el emperador o el gran Kan—. Pero esta habitación no es para personas como sus señorías.

Los condujo a través de la taberna, a lo largo de un pasillo, y los introdujo en un saloncito, una estancia bien amueblada con mesas y taburetes y con una cama con sábanas limpias y cojines.

—A los huéspedes especiales siempre los traemos aquí —explicó el tabernero.

«Ya —pensó Ranulfo observando la cama—. Cualquier caballero joven y su querida».

—¿Y qué deseáis?

—Dos copas de vino aguado —contestó Corbett—. Tal vez algo de pan y queso.

—Vuestros deseos son órdenes. Mi hija os servirá.

Haciendo reverencias y rascándose, el amo salió de espaldas a la puerta. Corbett y Ranulfo se sentaron, sonriéndose el uno al otro con sarcasmo. Unos minutos después una muchacha delgada, de cabellos rubios y con la cara y los ojos de ángel marchito, entró trayendo el vino y el pan. Ranulfo se apresuró a ayudarla y le susurró un cumplido tras otro. Los ojos azules de la muchacha simulaban una inocencia que la sonrisa lasciva y la insolencia descarada de su comportamiento traicionaban.

—Hemos oído hablar de vos —anunció, apartándose y secándose las manos en el corpiño—. El padre Tomás dice que hacéis muchas preguntas.

—Y vos sois muy descarada.

Un viejo entró cojeando en la habitación. Tenía la cara surcada de arrugas alrededor de una nariz enorme, los ojos pequeños y lagañosos y un parche con costras de sangre cubría el hueco en el que debiera haber un ojo. Dio a la muchacha unas palmadas joviales en el trasero.

—Venga, Isolda. —Hizo una señal a los huéspedes con la cabeza—. No te hagas la libertina del bosque verde con estos caballeros.

—¡Calle, abuelo! —La muchacha hizo una mueca de amargura—. Qué vergüenza. Ni siquiera me dejan ir sola a Nottingham, y menos al bosque.

Echó una mirada rápida a Corbett, pero el escribano hizo ver que estaba más por la bebida. Sin embargo, el viejo había cometido un error, el primero que Corbett detectaba desde su llegada a Nottingham. El viejo salió cojeando tan rápidamente como pudo mientras que la muchacha volvió a la taberna.

—Eso ha sido un error —murmuró Ranulfo—. ¿Tal vez deberíais arrestarla, maese?

Corbett sacudió la cabeza.

—Sospecho, Ranulfo, que la mayoría de los aldeanos y taberneros de los alrededores de Sherwood saben algo del bandido. Tal como lo ve Elías, ningún bandido vale gran cosa, se puede mover o viajar sin la connivencia de los taberneros y, en este caso, tal vez de sus hijas. Pero nos interesan los peces gordos, no los pequeños.

Ranulfo estaba a punto de mostrar su desaprobación cuando, de repente, se oyeron gritos de alboroto que provenían del patio. Corbett oyó que los clientes en la taberna, al lado, se quedaban callados y luego empezaban una charla excitada. Ranulfo y él salieron, abriéndose paso por entre la muchedumbre, y vieron a un grupo de hombres de armas montados a caballo y vestidos con la librea azul y plateada del gobernador. El día era caluroso, así que se habían quitado los cascos. Corbett reconoció a Naylor cuando vociferaba pidiendo una copa de agua y una jarra de cerveza, algo para sacarse el polvo de la garganta. El verdadero foco de interés, sin embargo, eran dos hombres con las ropas harapientas y desgastadas y los rostros y cabellos cubiertos de polvo gris. Estaban en cuclillas en el suelo, jadeando y gimoteando, e intentaban desprenderse de las cuerdas que llevaban fuertemente atadas alrededor de la cintura. El otro extremo iba bien atado a la silla de los hombres de Naylor. Corbett se acercó.

—Maese Naylor, ¿qué sucede?

Naylor esbozó una sonrisa al reconocer a Corbett.

—¡Dos bandidos! —vociferó triunfante—. Los he cogido *in fraganti* con arcos y carcajes en los límites del bosque.

—Una captura inesperada, maese Naylor —bromeó Ranulfo—. ¿Simplemente

fueron caminando y se rindieron?

El ujier le devolvió una mirada ceñuda.

—¡No! —dijo con voz áspera—. Cayeron en una trampa. —Señaló con el pulgar por encima del hombro—. Uno de mis hombres se hizo pasar por viajero. Estas dos criaturas lo pararon en el camino real con los arcos preparados. El resto fue sencillo. Estaban tan ocupados en el saqueo que caímos encima de ellos antes de que pudieran serenarse. —Se giró y escupió en dirección a los prisioneros—. ¡Hombres de Robín! —se mofó.

Uno de los hombres negó con la cabeza, de manera que Naylor tiró de la cuerda, y el hombre se dio con la cara contra los afilados guijarros.

Isolda salió corriendo con una jarra de espumosa cerveza en cada mano. Naylor se las bebió las dos a ruidosos sorbos, sin importarle que la cerveza se le escurriera por la barbilla y le empapara la chaqueta de cuero. Trajeron más jarras para sus compañeros y agua para los caballos.

Cumpliendo las órdenes de Corbett, Ranulfo trajo dos jarras de cerveza para los prisioneros y estos se la bebieron a lengüetadas con glotonería, como perros jadeantes. Naylor observaba malhumorado, luego se quitó el casco, chasqueó los dedos y la cabalgata se fue de la posada con los dos prisioneros dando trompicones y renegando detrás de ellos.

—Es mejor que los sigamos —susurró Corbett—. Quiero estar presente cuando Branwood interroge a estos prisioneros.

Recogieron sus caballos y siguieron a Naylor de vuelta a Nottingham. El ujier no hizo ademán de ocultar su triunfo mientras avanzaba por las calles, atravesaba la plaza del mercado llena de gente, y subía el sendero rocoso y empinado hacia las puertas del castillo. De vez en cuando, Naylor se detenía para anunciar en voz alta que había capturado a dos bandidos y que ambos colgarían del cadalso antes de que acabara el día.

La guarnición del castillo los estaba esperando. *Sir Peter Branwood* estaba muy risueño; *Roteboeuf* y *Maigret* estaban junto a él, y hacían esfuerzos para ver a los dos bandidos, que iban ahora llenos de sangre y porquería de las calles de la ciudad.

—¡Dios os bendiga, maese Naylor! —Aplaudió Branwood. Ayudó al ujier a descender del caballo y gritó que trajeran vino—. Y a vos, *sir Hugo*. Podéis decirle a su majestad el rey que también tenemos éxitos contra esos proscritos. Y envenenadores —continuó, bajando la voz—. Creedme, maese, la ciudad se ha librado de Hecate.

—Una lástima —contestó Corbett, lanzándole a un criado las bridas de su caballo y quitándose los guantes de cuero.

—¿Por qué?

—Creo que el asesino de *sir Eustace* hizo callar a Hecate para impedir que hablara.

—¿A quién le importa? —replicó Branwood con rudeza—. La muerte de *sir*

Eustace es culpa del proscrito. La bruja está muerta y tendré algo más de dinero para enviar al tesoro real en Westminster. —Agarró una copa de vino que le había traído un sirviente, sorbió de ella ruidosamente y se la pasó a Naylor, que sonreía sarcásticamente.

Branwood se dirigió entonces hacia los dos prisioneros, que parecían poco más que un bulto de harapos, pues estaban tirados sobre la porquería y la mierda del castillo. Los agarró del pelo, les dio un tirón hacia atrás a las cabezas con crueldad y les escupió en la cara. Luego se enderezó y echó una mirada alrededor a los criados del castillo que se iban apiñando: mozos de establo, pinches y mozas de la cocina.

—¡En el día de hoy —gritaba, con el rostro enrojecido por la emoción— hemos capturado a dos proscritos! —Branwood lanzó una sonrisa a Corbett—. De acuerdo con la ley y sus usos les proporcionaremos un juicio justo. Y luego... —Extendió las manos y un criado se rio disimuladamente al entender lo que implicaban sus palabras.

Branwood dio la vuelta y caminó escaleras arriba de la torre de homenaje. Arrastraron a los dos cautivos por los pies, les cortaron las ataduras y, flanqueados por dos hombres de armas, les empujaron rudamente escaleras arriba tras él. Cuando Corbett y Ranulfo entraron en el castillo el juicio estaba a punto de comenzar. Roteboeuf estaba sobre un taburete, con su tablilla para escribir en el regazo. *Sir Peter*, con ojos brillantes, estaba sentado en un sillón de respaldo alto en el borde de la tarima, y detrás de él Naylor y el doctor Maigret. Los dos prisioneros se agacharon ante él como perros apaleados. Corbett se quedó en la sombra, era testigo a la fuerza de una brutal y rápida farsa.

Naylor repitió las circunstancias de la captura de los dos hombres, informó de cada gesto y movimiento. Corbett escuchaba a medias, estudiaba a los dos prisioneros con detenimiento. Antes de que los capturaran las ropas de los hombres ya debían de ser pobres, poco más que un montón de harapos cosidos entre sí. Cuando Naylor abrió una bolsa de cuero y dejó caer al suelo las armas, estas resultaron ser igual de patéticas. Ambos hombres llevaban arcos largos, pero eran viejos y estaban partidos, mientras que las espadas y dagas eran de mala calidad, torpes y embotadas. A pesar de que su piel estaba curtida por el sol y el viento, los prisioneros estaban demacrados, sin duda alguna no eran unos bandidos que se deleitaran con las porciones más sabrosas de venado real.

—¿Sabéis algo del proscrito conocido por Robín Hood? —les gritó Branwood.

Los dos hombres sacudieron la cabeza en señal de negación.

—Somos hombres sin tierra —dijo uno de ellos—. Estábamos hambrientos. —Se humedeció los labios cortados—. Así que nos vinimos al sur a vivir en Sherwood. No sabemos nada del bandido.

Naylor dejó ir un suspiro. Frotándose un lado de la cara bajó de la tarima hacia los dos prisioneros, que se encogieron mientras él se acercaba. El ujier se colocó frente a ellos, con las piernas abiertas.

—El gobernador —dijo llanamente— os ha hecho una pregunta. Tenéis que

decirle la verdad, no mentiras.

—No mentimos —replicó uno de los prisioneros, mirando con los ojos entornados y magullados a Naylor—. Decimos la...

Sus palabras las cortó Naylor golpeándole en la boca y luego volvió hacia la tarima.

—Mi señor gobernador —sugirió—, tal vez una estancia en los calabozos les soltaría las lenguas.

Branwood asintió con la cabeza.

—¡Llévenselos!

Se llevaron a los dos hombres con rapidez, y Naylor los siguió. Branwood se puso de pie y se dirigió hacia Corbett.

—Un buen día de trabajo, *sir* Hugo.

Corbett miró fijamente la cara morena y delgada del gobernador y percibió la cruel maldad que había en sus ojos brillantes. «Estáis obsesionado —pensó Corbett—, odiáis a Robín Hood».

—La tortura, gobernador, no está permitida.

—¡Esto son bandidos, cogidos *in fraganti*! Se les juzga *ut legatum*, fuera de la ley.

—Oh, estoy de acuerdo en que son bandidos —replicó Corbett—. Pero no tienen nada que ver con Robín Hood.

A Corbett le sorprendió la rapidez con que la ira reemplazaba el resplandor del triunfo en los ojos de *sir* Peter.

—¿Qué queréis decir? —balbució—. ¿Qué pruebas tenéis?

—No tengo pruebas —contestó Corbett lentamente, observando cómo uno de los gatos del castillo saltaba sobre la mesa grande y metía la nariz en la copa de Branwood—. No tengo pruebas, simplemente es intuición. —Corbett se encogió de hombros—. Estos hombres son tontos, actúan por su cuenta. Casi incitaron a Naylor a que los cogiera.

—Son hombres de Robín Hood. —Branwood sonrió sarcásticamente—. ¡Tendréis la prueba!

Salió vociferando.

Corbett hizo una mueca y le tiró a Ranulfo de la manga.

—Vamos a observar esto un rato.

Capítulo VII

Siguieron a Branwood escaleras abajo por los oscuros calabozos bajo la torre de homenaje. El olor era repugnante y las botas se les hundían en la porquería del pasadizo. A ambos lados había puertas de roble macizas con mirillas y enrejados en la parte superior, y tras ellas se asomaban ojos enloquecidos.

Branwood los guio, girando y serpenteando, hasta que llegaron a una estancia grande, negra como la noche a pesar de las antorchas sujetas a la pared y de los enormes recipientes brillantes con carbón de leña. Naylor y otros hombres de la guarnición del castillo estaban desnudos de cintura para arriba y sus cuerpos resplandecían de sudor. Contra la pared de enfrente había dos prisioneros.

Les habían atado cuerdas alrededor de las muñecas y los tobillos y luego las habían pasado por anillos de hierro sujetos a la pared. Cuando Corbett entró, uno de los torturadores medio desnudos gruñó una orden. Los soldados tiraron con violencia de la cuerda y ambos prisioneros gritaron pues sus brazos se tensaron hasta casi romperse. Los soldados se dirigieron entonces a los recipientes de carbón y cogieron montones relucientes con tenazas. Volvieron arrastrando los pies hacia los prisioneros y les apretaron los trozos llameantes contra el estómago, el pecho y las axilas. Los prisioneros gritaron, sus cuerpos se sacudieron y bailaron contra la pared hasta caer inconscientes.

Ranulfo renegó. Corbett sintió náuseas. Branwood giró sobre sus talones y se alejó caminando, mientras Naylor pedía cubos de agua para lanzárselos a la cara a los prisioneros. Levantaron a los hombres y la tortura volvió a empezar. Entre el horroroso sonido de los pies de los torturadores arrastrándose, Naylor se dirigió hacia los dos hombres y acercó la boca contra sus orejas empapadas en sudor para hacerles preguntas.

—¡Parad! —ordenó Corbett.

Naylor se giró rápidamente.

—¡Os ordeno que paréis! —soltó Corbett, asqueado por el destello de placer que había en los ojos del fornido ujier.

—Recibo órdenes del gobernador.

—¡Haréis lo que yo diga! —rugió Corbett—. ¡Yo represento al rey en este asunto!

—Ya lo oís, compañero —añadió Ranulfo suavemente, sacando el puñal—. O lo hacéis o seréis acusado de traición.

Naylor estaba a punto de protestar, pero Ranulfo dio un paso adelante y el ujier cambió de idea. Gruñó una orden y soltaron a los dos prisioneros, que cayeron al suelo como montones de harapos.

—Quiero que los lleven a un calabozo —ordenó Corbett—. Uno de los más limpios en esta pila de porquería. Necesito un odre de vino, dos copas y un cubo de agua fría.

Se dieron las órdenes y Naylor salió a toda prisa.

—Esperad a que traigan eso —susurró Corbett.

Oyó alboroto en el pasillo exterior y Branwood entró apurado en la cámara de tortura.

—*Sir Hugo*, ¿qué estáis haciendo? Estos hombres han de ser torturados y luego colgados después de que el padre Tomás los haya confesado.

—*Sir Peter* —dijo Corbett con delicadeza—, sois un vicegobernador del rey, pero yo soy su comisario. Hay diversas maneras de hacer las cosas. Naylor lo ha hecho a la suya. Si continúa, estos hombres pronto morirán. Ahora voy a hacer que los lleven a un calabozo donde los interrogaré con detenimiento. Cuando termine, si siguen mintiendo, los podéis colgar, retirar y cuartear sin que me importe. Sin embargo, si dicen la verdad, los perdonaré.

El rostro de Branwood se relajó.

—Hacedlo a vuestra manera —murmuró.

Corbett volvió a la muralla del castillo en busca de aire fresco. Notó lo inquieto que estaba Ranulfo.

—¿Qué sucede, hombre? —le espetó—, ¿echas en falta a tu querida?

Ranulfo bajó la mirada y arrastró los pies.

—Quiere verse con vos.

—¿Quién?

—Rahere, el maestro de adivinanzas.

—Ranulfo, ¿qué le habéis prometido?

—Nada, maese, solo que...

—Le gustaría una invitación para Navidad.

—Sí, maese.

Corbett se apartó.

—Por el amor de Dios, Ranulfo, ya tenemos bastantes problemas. Dile que nos veremos pronto. Tal vez podamos compartir una jarra de vino. Pero por ahora...

Ranulfo sabía cuándo tenía que salir pitando; cuando Corbett apenas había acabado de pronunciar las últimas palabras, Ranulfo ya había salido disparado a su habitación para restregarse la cara con aceite y buscar una botellita de perfume que había intentado vender. Se la había comprado a una cortesana de lujo en Londres.

—Una mezcla de leche de burra, bálsamo y un unguento excepcional —le había mentido la mujer—. Se lo compré a un egipcio que decía que era el mismo unguento que utilizaba Cleopatra para frotarse el cuerpo.

Ranulfo rebuscó entre sus pertenencias en desorden hasta que la encontró, su excitación iba en aumento al pensar que la encantadora Amisia lo dejaría gotear por entre sus pechos tersos y compactos.

Mientras Ranulfo se preparaba, Corbett volvió a los calabozos. Naylor, malhumorado, lo acompañó a la celda donde los dos prisioneros, con las manos y los pies engrilletados, yacían, uno junto a otro, sobre una cama de sucia paja y cubiertos con una manta raída. Corbett pidió un taburete y, cuando se lo trajeron, ordenó a

Naylor que los dejara a solas. Acercó el cubo de agua a los hombres. Estaban conscientes pero sufrían terribles dolores, gemían cada vez que se movían. Corbett salpicó sus caras con agua, llenó las dos copas de estaño con vino y se las acercó a las manos contusionadas y ansiosas.

—Bebed —dijo—. Os calmará el dolor.

Los dos hombres echaron un trago. Corbett rellenó las copas.

—Os van a colgar —empezó diciendo suavemente—. Si sobrevivís a la tortura, Branwood os atará una soga alrededor del cuello, atará un extremo de la cuerda a un gancho y os lanzará al exterior de las murallas del castillo. ¿Queréis morir como ratas? —Les mostró su anillo con las reales armas de Inglaterra—. Me llamo *sir* Hugo Corbett. Soy tenedor del sello secreto. Tengo poder de decisión sobre vuestra vida y sobre vuestra muerte. Si decís la verdad, os perdonaré y os soltaré; si mentís, ambos habréis muerto al amanecer. —Les volvió a llenar las copas mientras los hombres se removían y se miraban el uno al otro—. Bien, ¿sois hombres de Robín Hood?

Los dos sacudieron la cabeza.

—¿Dónde os escondéis normalmente?

Uno de los hombres se lamió los labios llenos de sangre reseca.

—Somos hombres del bandido, y sin embargo no lo somos.

—¿Qué queréis decir?

—Adentraos en el bosque, maese, y Sherwood es como una ciudad. Están los campesinos, los carboneros, los porqueros, los cazadores furtivos. Los que viven dentro de la ley y los que no. Nosotros empezamos como cazadores furtivos; normalmente vivíamos por nuestra cuenta, yendo de una cueva a otra o durmiendo en este o aquel claro.

—¿Así no vivíais en una banda?

Su compañero dejó ir una media risa y echó un trago de la copa.

—Por el amor de Dios, maese, yo también he oído las baladas. Cualquier banda de forajidos que se juntara se vería acorralada. Los fuegos de campamento se verían desde Nottingham. No, a Robín Hood se le puede encontrar cerca de los claros y de los robles de Edmundstowe. A veces nos llamaban.

—¿Cómo?

—A través de mensajeros, o con cuernos de caza. O mediante mensajes clavados en los troncos de ciertos robles.

—Y entonces, ¿qué sucedía?

—Nos reuníamos en uno u otro claro. Robín Hood y Little John aparecían.

—¿Qué aspecto tenían?

—Visten de marrón y verde de manera que entre los árboles no se les pueda ver. Van encapuchados y con medias máscaras por encima de la cara.

—¿Quién más hay allí?

—Otros miembros de su banda.

—¿Hay una mujer?

—Sí, Marión. —El tipo se lamió los labios—. Es descarada, con grandes pechos. Ella, Robín Hood y Little John actúan casi como una sola persona. Dan órdenes. —El tipo se encogió de hombros.

Corbett pensó en la fulana de la taberna El Jabalí Azul, pero decidió no revelar lo que sabía.

—¿Estáis involucrados en el ataque a los recaudadores de impuestos?

Los dos se pusieron nerviosos.

—¿Lo estáis, verdad?

—No participamos en la matanza, maese, pero Robín Hood es un verdadero tirano. Colgaron al séquito de los recaudadores por lo que habían visto, mientras que a Willoughby lo dejaron con vida como advertencia.

—¿Y del saqueo?

—Poca cosa, maese. Nos dieron unas pocas monedas, a cada uno según cómo había contribuido. Nym y yo, —hizo un gesto con la cabeza señalando a su compañero— somos poco conocidos. Lo único que conseguimos fueron algunos peniques. La banda se disolvió entonces, a la espera de otros ataques.

—¿Y cómo os han capturado esta mañana?

—Estábamos muertos de hambre, maese. El venado se ha vuelto inteligente, es difícil seguirle el rastro. Robín Hood vive apartado y los soldados de Branwood andan por todo el bosque. No nos atrevemos a ir a las aldeas a causa de las recompensas que se anuncian por nosotros.

—¿Eso es todo lo que sabéis? —Corbett se puso de pie.

—Hemos dicho la verdad —dijo Nym con voz áspera—. Robín Hood es misterioso. Un enigma. Dicen que los duendes y los geniecillos le avisan y que sabe hablar con los árboles. —El hombre levantó las manos—. Maese, nosotros somos ramitas de un gran árbol. Os hemos dicho todo lo que sabemos.

Corbett asintió con la cabeza, abrió la puerta y llamó a Naylor gritando.

—Dadles a estos hombres algo de ropa, una barra de pan y un odre de vino. —Rebuscó en su bolsa y extrajo dos monedas—. Hay que soltarlos ilesos.

Corbett se marchó antes de que Naylor pudiera protestar y de que los prisioneros acabaran su patética letanía de agradecimientos. Volvió a la muralla del castillo, pero Branwood no estaba allí. Lo encontró en el salón, sentado a la gran mesa, con un tablero de ajedrez ante él cuyas casillas blancas y negras estaban cubiertas con montones de monedas.

—Estoy preparando las cuentas para el trimestre —murmuró sin molestarse en levantar la cabeza—. ¿Habéis encontrado interesantes a los prisioneros?

Corbett le explicó lo que había averiguado. Branwood asintió.

—Los dejaremos marchar ilesos —convino, y se reclinó haciendo tintinear las monedas en la mano y mirando fijamente a Roteboeuf, que estaba sentado en el borde de la mesa, anotando cuentas con cuidado.

—¿Cuánto creéis que van a vivir? —preguntó Branwood irónicamente.

Roteboeuf levantó la cabeza y se encogió de hombros.

—¿A qué os referís? —espetó Corbett.

—Me refiero, comisario del rey en Nottingham —replicó Branwood sin intentar ocultar su hostilidad—, a que estos dos bandidos no verán acabar la semana. Los han capturado y luego los han soltado. ¿Qué pensáis que van a creer sus compañeros? Que han aceptado el perdón real y han hablado, por supuesto. Son hombres muertos.

—Eso no es asunto nuestro —respondió Corbett—. ¿Y qué planeáis ahora, mi señor gobernador?

Branwood levantó la vista, con una sonrisa falsa en su rostro saturnino.

—Hemos de esperar a *sir* Guy de Gisborne y ver si él sabe hacerlo mejor que nosotros. ¿Aún esperáis el regreso de vuestro mensajero?

Corbett asintió con la cabeza.

—Hasta ese momento —continuó Branwood—, yo seguiré contando mis monedas, Roteboeuf anotará sus cuentas y vos os preguntaréis qué será lo siguiente que haréis, mientras vuestro criado, según creo, se pasa la mayor parte del tiempo escurriéndose dentro y fuera del castillo.

—Haré una cosa —replicó Corbett.

—¿Cuál?

—Bueno, *sir* Peter, está noche es 13 de junio.

Branwood entrecerró los ojos y Roteboeuf levantó la cabeza de un golpe.

—Ah, os referís a las flechas encendidas —dijo Branwood sacudiendo la cabeza—. Sabe Dios lo que significan. Tal vez alguna broma. ¿Cenaréis con nosotros?

Corbett asintió y regresó a su habitación. Se sentía inquieto y durante un rato se anduvo moviendo por la habitación, o bien miraba por la ventana o se estiraba en la cama y contemplaba las vigas del techo.

—El 13 de junio. Como no descifre este maldito código pronto —exclamó—, ¡Su majestad el rey me hará volver enseguida a Londres y otros darán caza al fuego fatuo del bosque!

Se sentó en la cama y estiró de un hilo suelto de la manta, se preguntaba cuándo volvería Maltote.

—Tres reyes —susurró— a la torre de los dos locos van con dos caballos. —Se preguntaba quién habría inventado la adivinanza. ¿De Craon, Nogaret o el mismo Felipe? ¿Eran los nombres de ciudades en Flandes? ¿Acaso los ejércitos de Felipe se desparramarían por la frontera y atacarían ciertas ciudades vitales, tal como había hecho el rey Eduardo en Escocia? Corbett sintió que se hundía en la desesperación. Al fin y al cabo, la mayoría de los códigos utilizados por la cancillería francesa se podían resolver, simplemente porque transmitían mensajes largos. Cuanto más largo era un mensaje en clave, más fácil era de resolver.

¿Pero este tipo de frase? La mente de Corbett se puso en marcha. Pensó en la habitación en la que había muerto Vechey. ¿Cómo podía ser que envenenaran a un

hombre encerrado en una habitación con un criado dentro, dos guardias en el exterior y sin dejar rastro de veneno?

—Hay que aplicar la lógica, Corbett —se dijo en voz alta y pensó en la invitación que había recibido recientemente del rector de Oxford, invitándole a dar una conferencia sobre los métodos basados en la lógica aristotélica y sus efectos en el estudio del cuadrivio. Sonrió. ¡Cómo se hubiera burlado de él Maeve! Se preguntaba cómo le iría por Leighton. ¿Supervisaría ella a los administradores? La cosecha parecía que iba a ser buena, pero no se podía confiar en los comerciantes de grano de Cornhill; debería estar presente este año cuando se vendiera la producción. Pensó en que alguien intentara estafar a Maeve y sonrió con sarcasmo. ¡Se los comería! A Corbett se le cerraban los ojos. Echó un sueñecito y fue despertado bruscamente por Ranulfo, que golpeaba la puerta.

—¿Por Dios, hombre, qué pasa? —gruñó Corbett—. ¿Nos atacan?

—No, maese —replicó Ranulfo, todavía animado y ansioso después de su conversación con Rahere—. Pero tengo una idea referente a ese código.

—¡Suelta!

—¿Pudiera ser un poema o una canción?

Corbett entrecerró los ojos.

—¿Qué te ha hecho pensar eso?

—Solo una intuición —mintió Ranulfo—. ¿Tal vez una canción francesa o un poema flamenco?

Corbett sacudió la cabeza en señal de negación.

—Tal vez valga la pena seguir esa pista —murmuró—; pero de momento, ocupémonos de los problemas urgentes.

Corbett explicó a Ranulfo lo que habían dicho los prisioneros. Ocultando su decepción por el poco caso que su amo hizo de su idea, lo escuchó con atención.

—Probablemente os han dicho la verdad —advirtió—. Lo mismo sucede en las bandas de forajidos de Southwark. Normalmente las ratas humanas se buscan la comida por su cuenta, pero cuando uno de los dueños de esa cocina del diablo planea algo grande, como un ataque a la casa de un comerciante o a un convoy con poca guardia, se juntan todas.

—El problema es —interrumpió Corbett— qué hacen Robín y sus secuaces entre una y otra de esas acciones. ¿Dónde se esconde? ¿Dónde va? ¿Está bien protegido?

Se dirigió hacia la mesa y rebuscó entre los papeles. Cogió una pluma, le sacó punta, la introdujo en el tintero y anotó las conclusiones.

—Primero, Robín Hood aceptó el perdón real en 1297, hace cinco años. — Corbett iba pasando el dedo por el informe redactado por el escribano de Westminster—. Segundo, el 27 de noviembre de 1301 la cancillería de Westminster envió una carta a Robín Hood, que servía en la armada real en Escocia, en la que le concedían la exención del servicio militar allí y le expedían un salvoconducto para él y dos acompañantes para venir al sur. El mismo día, los escribanos reales escribieron una

carta a *sir* Eustace Vechey informándole de que Robín Hood volvía a Nottingham, que no debía ser molestado y que había de permitírsele recurrir a los ingresos de su señorío en Locksley.

—Ahora bien. —Corbett levantó la mirada y se quedó mirando a Ranulfo—. Nuestro amigo bandido debía estar de vuelta en Nottingham a mediados de diciembre. Al parecer, no volvió a Locksley, sino que lo hizo a Sherwood, donde reemprendió su vieja vida de forajido. Primero, cazando furtivamente y con algún asalto de vez en cuando, pero hacia la primavera de este año organiza emboscadas a comerciantes y a convoyes, culminando en el ataque mortal a Willoughby y su séquito. —Corbett se rascó la barbilla—. Tiene a la misma gente con él, un hombre alto que Willoughby creyó que era Little John y una mujer, *lady* Mary, más conocida como Marión. Parece ser que él viste igual que antes, de marrón y verde, con una capucha y la cara medio tapada por una máscara. Sin embargo, hay dos diferencias. Primero, de acuerdo con el hermano William Scarlett, es responsable de la muerte de algunos miembros de su antigua banda. Segundo, roba a los ricos, pero hay pocas pruebas de que distribuya sus ganancias entre los pobres. —Levantó la vista—. ¿He omitido algo, Ranulfo?

—No. Lo que no se puede explicar es el cambio de conducta del forajido. Se ha vuelto más cruel, vicioso incluso.

—¡Umm! —Corbett mordisqueaba el extremo de la pluma—. Eso puede ser debido a la edad, cinismo creciente, desilusión con el rey, sabe Dios que es fácil, o la determinación de reforzar su autoridad frente a las demás bandas de forajidos que hay en Sherwood.

—Hay otras dos cuestiones —añadió Ranulfo—. Primero, tiene un confidente en el castillo. Segundo, sospechamos que hay un vínculo entre el bandido y la taberna El Jabalí Azul. Podríamos arrestar al amo e interrogarlo.

Corbett sacudió la cabeza en señal de negación.

—Dudo que nos dijera gran cosa, y perderíamos el tiempo con peces pequeños. —Fijó la mirada abajo, en la página, y estudió las fechas—. Imaginémonos a Robín dejando el ejército en Escocia. ¿Dónde iría primero?

—A su casa en Locksley.

—¿Y luego?

—El hermano William dijo que *lady* Mary había entrado en la abadía de Kirklees. Corbett tiró la pluma sobre la mesa.

—En cuyo caso habría ido allí. Pase lo que pase, Ranulfo —continuó—, le daré a Maltote un día más, luego viajaré hasta Kirklees y Locksley a ver qué descubro.

Estuvieron hablando un rato. Corbett se dirigió a la ventana atraído por los soldados del castillo que se burlaban de los dos bandidos que salían cojeando por la puerta. El sol empezó a ponerse como una bola ardiente por el oeste. Ranulfo alegó una burda excusa y se escabulló, pensando en la gentil Amisia, mientras Corbett se armó de valor para escribirle una carta al rey. Era corta y concisa, señalando con

franqueza que no había descubierto nada.

Apenas había acabado de sellarla cuando un criado malhumorado aporreó la puerta, gritando que la cena estaba lista. Corbett se lavó y bajó al salón principal. A media escalera se detuvo bruscamente; algo que acababa de hacer le había avivado un recuerdo en la memoria. Sonrió, prometiéndose con solemnidad que seguiría por esa línea de razonamiento en el momento adecuado.

La cena resultó bastante animada. Branwood consideraba que la captura de los bandidos era al menos una victoria parcial contra Robín Hood. Maigret seguía absorto intentando descubrir el veneno utilizado para matar a Vechey e iba describiendo una larga lista de posibles sustancias venenosas. Corbett las escuchó con detenimiento, pero se guardó su secreto. Sabía que el traidor y el asesino de Vechey estaría probablemente sentado con ellos a la mesa. Echó una mirada a Roteboeuf y a fray Tomás, que había regresado de su parroquia y pensaba en cuándo cometería un error el traidor.

La noche cayó y se encendieron más antorchas. Ranulfo volvió muy bebido y atrajo las miradas amenazadoras de los demás, así que Corbett se excusó. Cogió un candelabro y, mientras el doctor Maigret todavía seguía conferenciando acerca de venenos, ayudó a Ranulfo a subir hasta arriba de la torre. La fresca brisa nocturna les azotaba el pelo. Corbett, a quien desagradaban las alturas, se sentó en un banco y se quedó mirando hacia arriba las estrellas como cabezas de alfiler, Ranulfo permanecía medio dormido a su lado.

—Sé por qué estáis aquí. —Maigret cambió bruscamente el tema de conversación—. Todos en el castillo están esperando las tres flechas encendidas.

—¿Por qué? —dijo pensativo Corbett—. ¿Por qué pasa esto?

—¡Sabe Dios! —le contestó—. Pero he oído que habéis hecho caso de lo que os dije, *sir* Hugo.

—Así es, y encontré a la mujer muerta.

—Demasiadas muertes —balbució Ranulfo—. ¿Maese, cuándo iréis a ver a Rahere?

—Cuando vuelva —le espetó Corbett.

Se levantó, caminó hacia las almenas y miró hacia abajo. En los charcos que formaban las luces de las antorchas sobre el pretil, vislumbró a Branwood, Naylor y a otros soldados de la guarnición, mientras varios jinetes se arremolinaban alrededor de la poterna.

—Cada vez que pasa —murmuró Maigret, subiendo tras él—, *sir* Peter envía jinetes a la ciudad, pero no descubren nada.

La campana de alguna iglesia distante tocó la medianoche. El repique apenas se había desvanecido cuando oyeron un grito y levantaron la vista. Una flecha encendida pasaba como un rayo sobre el terciopelo negro, seguida de otra, y luego de una tercera. Durante un rato las flechas ardieron intensamente contra la oscuridad. Branwood dio órdenes, la puerta poterna se abrió de golpe y los jinetes salieron con

gran estrépito, pero Corbett vio que era inútil; el arquero misterioso podía haber disparado las flechas desde el tejado de cualquier casa, desde un jardín o un callejón a oscuras.

¿Por qué tres?, se preguntaba mientras ayudaba a Ranulfo a volver a la habitación. ¿Por qué tres flechas el día 13 de cada mes?

Corbett colocó a Ranulfo tan cómodo como pudo y se estiró en su cama. Intentó rezar tres avemarías, pero tenía la mente confusa. Ahora tenía sospechas de cómo había sido envenenado Vechey, pero tenía que moverse con cautela. Todavía estaba ensimismado en tales pensamientos cuando, a la mitad del tercer avemaría, se quedó dormido.

Los dos bandidos que Corbett dejó ir se habían escondido en los campos cuando se alejaron de la ciudad. Iban magullados y les costaba caminar, pero estaban decididos a poner la mayor distancia posible entre ellos y Nottingham. Comieron de la poca comida que tenían y bebieron de un riachuelo. Ellos también vislumbraron las flechas encendidas mucho antes de encontrar el sendero iluminado por la luna que los conduciría hasta el camino de Newark. El alivio que sintieron cuando los soltaron les duró hasta que pasaron por el cadalso y siguieron el sendero, entre árboles que parecía que se les echaban encima en tropel desde cada lado. Hicieron un alto y se acobardaron al oír el ulular de un búho y la brusca agitación de helechos producida por un zorro que perseguía a su presa.

—Teníamos que habernos quedado en la ciudad —se lamentó Nym.

—¡Qué tontería! —murmuró su compañero—. El cabrón del gobernador podría haber cambiado de opinión, y Robín Hood tiene amigos allí.

—Aléjate de El Jabalí Azul —le replicó Nym.

Caminaban uno detrás del otro. Nym vislumbró un claro entre los árboles, allí donde el sendero se une al camino de Newark. Suspiró aliviado, pero luego se convirtió en un grito de terror, pues seis sombras se deslizaron de entre los árboles, con los arcos preparados.

—¡Somos pobres! —se lamentó Nym.

—¡Sois traidores! —gritó una voz de entre los árboles—. Maese Robín envía sus saludos y os considera culpables de varios crímenes. Primero, no teníais que haber robado sin su permiso. Segundo, no teníais que haberos dejado coger. Y tercero, no deberíais andar escabulléndoos como ratas por un sendero iluminado por la luna. ¿Qué les habéis dicho al gobernador y sus amigos?

Nym y su compañero gritaron aterrorizados.

—¡No les hemos dicho nada!

—Así pues, amigo, continúa.

El arquero se apartó. Nym y su compañero dieron un paso tras otro, y entonces, olvidando sus heridas, empezaron a cojear con rapidez hacia el final del sendero. Detrás de ellos vibraron las cuerdas de los arcos y la muerte con punta de acero, ocho flechas en total, los alcanzó en la espalda. Los dos hombres gimieron, sacudieron los

brazos y se derrumbaron contra la hierba quemada por el sol, ahogándose en sangre. Detrás de ellos, los bandidos se escurrieron de nuevo entre los árboles y dejaron que los cadáveres yacieran, bañados en sangre, bajo la luz de la luna.

Capítulo VIII

Corbett se despertó pronto, todavía sudado después de su pesadilla. Había permanecido de pie en una llanura roja y polvorienta bajo un cielo negro, lúgubre, rodeado por espesos bosques verdes. En un extremo había una enorme casa solariega, totalmente construida en hierro. En su pesadilla Corbett caminaba hacia ella, percibía una contraventana que se batía; a medida que se acercaba, esta se abría bruscamente de un golpe, una figura encapuchada se asomaba al exterior, se retiraba la capucha hacia atrás y Corbett se quedaba mirando fijamente la cara fina y con barba pelirroja de su enemigo, Amaury de Craon.

—¡Bienvenido al infierno! —le gritaba De Craon—. ¿Qué os ha demorado tanto?

Entonces se despertó, se quedó un rato estirado preguntándose qué significaba el sueño. Se sentía inquieto y ligeramente ansioso. Esperaba que a Maeve todo le fuera bien en Leighton, y luego recordó las flechas encendidas de la noche anterior, se percató de la fecha y cómo pasaba el tiempo mientras él andaba por Nottingham. Al otro lado de la habitación, Ranulfo estaba estirado en su cama durmiendo en paz como un bebé. Corbett gruñó, se levantó de la cama, se lavó, se afeitó y se vistió. Recordó a De Craon en su sueño, se preguntó si el asesino Achitophel estaría en Nottingham. Se abrochó el cinturón de la espada a la cintura. Una campana lejana empezó a tocar a misa matutina y Corbett bajó a la triste capillita donde fray Tomás, vestido con una casulla negra y dorada para la misa de muertos, lo saludó.

—Ofrezco la misa por las almas de *sir* Eustace y Lecroix. —Sonrió a Corbett desde el altar—. Que Dios los tenga en la gloria.

Algunos soldados de la guarnición se les unieron. Fray Tomás se santiguó y empezó la misa. El servicio fue sencillo y después de la bendición final, como era acostumbrado en un réquiem, fray Tomás recitó el *Dona Eis* tres veces. Corbett escuchó las palabras. «Descanso eterno les sea concedido, Señor, y que la luz eterna los ilumine. Descansen en paz. Amén».

Recordaba el deseo del fraile, al inicio de la misa, de que Dios se llevara las almas de los dos muertos a un lugar donde reinara la luz, y pensó en las tres flechas encendidas que había vislumbrado contra el cielo aterciopelado de la noche. ¿Esas flechas eran una oración por alguien? ¿Alguna manera de rendir tributo? ¿O una amenaza?

Corbett se fue de la capilla y subió a la habitación de *sir* Eustace, que Ranulfo había sellado con la insignia de Corbett. La rompió y entró en la habitación mohosa, cogió una sábana de la cama, recogió algunas cosas y, después de cerrar la puerta tras él, volvió a su habitación. Le sorprendió ver a Ranulfo levantado, vestido y sentado junto a Maltote, con aspecto grave.

—¡Así que ha regresado el mensajero! —exclamó Corbett, metiendo las cosas que había cogido de la habitación de Vechey debajo de su cama.

Maltote se levantó y fue cojeando hasta él.

—¡Por el amor de Dios, hombre! —gritó Corbett—, ¿qué ha pasado?

—Fui a Southwell tal como dijisteis, maese.

—¿Y?

—Guy de Gisborne me retuvo allí.

—¿Por qué? —Corbett miraba con asombro el vendaje que Maltote llevaba alrededor de la rodilla—. Siéntate y explícame lo que sucedió.

—Yo os lo explicaré —dijo Ranulfo—. Gisborne ha entrado en Sherwood.

Corbett cerró los ojos y gruñó.

—Hizo entrar a sus fuerzas allí la pasada noche —continuó Ranulfo—. Empezaron la caza al romper el día. Maltote ha cabalgado toda la noche para darnos la noticia. Encontró el castillo atrancado, así que se quedó en El Viaje a Jerusalén.

—¿Por qué Gisborne no te dejó ir inmediatamente?

—Sabía que podríais detenerlo —respondió Maltote por boca de Ranulfo—. He ahí por qué lo retuvo.

Corbett fue a mirar por la ventana. Recordó el rostro de Gisborne: rojo, curtido, con nariz chata y ojos duros como el pedernal. Un soldado excelente y un luchador nato; Gisborne había realizado grandes hazañas en la marcha escocesa y, si los escribanos de Westminster son de creer, sentía una especial repugnancia por Robín Hood. Gisborne nunca aceptó que el rey concediera el perdón al proscrito. Sin embargo, si había que hacer caso a los cotilleos de la cancillería, mientras servía en Escocia, Eduardo le había hecho jurar a Gisborne sobre santas reliquias que nunca levantaría su mano contra Robín Hood. Cuando el bandido volvió a sus correrías, Gisborne, un terrateniente local con considerable conocimiento del bosque de Sherwood, se ofreció inmediatamente para dar caza al bandido. Eduardo, el rey, se negó pero, después del ataque a Willoughby, ordenó a Corbett que se dirigiera al norte. También mandó órdenes a Gisborne para que reclutara tropas, pero estas solo debían desplegarse cuando Corbett diera su consentimiento. Pero Gisborne fue astuto. Se tomó la llegada de Maltote como un consentimiento tácito de Corbett para moverse y, al retener al mensajero, se aseguraba que Corbett no pudiera manifestar su objeción.

—¿Quién más lo sabe? —dijo con voz áspera Corbett por encima del hombro.

—*Sir Peter Branwood* —balbució Maltote—. La guardia del castillo lo hizo bajar inmediatamente.

Corbett apretó su mejilla caliente contra la piedra fría.

—Y, por supuesto —murmuró—, *sir Peter* está furioso por las acciones de Gisborne.

—Peor —contestó Ranulfo—. Él y Naylor se han llevado una fuerza reducida hasta el límite del bosque, para ayudar a Gisborne o para detenerlo, no lo sé.

Corbett se giró y miró airado el rostro infantil de su mensajero.

—¿No podías haber vuelto antes? ¿Y cómo te han herido?

Maltote miró al suelo.

—Por dos razones —replicó Ranulfo alegremente—. Primero, se vio envuelto en una partida de dados y lo perdió todo. Segundo —Ranulfo dio una palmada Maltote en el hombro y sonrió a Corbett sarcásticamente—, intentó compensar sus pérdidas aceptando el desafío de un arquero.

Corbett abrió la boca.

—Ya veis —siguió charlando Ranulfo—, nuestro buen mensajero disparó una flecha, cogió la segunda, dio un traspie con el arco y, fuera como fuera, —Ranulfo apretaba la mandíbula para contener la risa— tropezó y se hirió en la rodilla.

Corbett se lo quedó mirando incrédulo. Le hubiera colocado al mensajero el sermón habitual acerca de no tocar ninguna arma, pero el aspecto de Maltote ya era suficientemente malo. La cara pálida le acentuaba las señales alrededor de los ojos, legado de un ataque hacía algunos meses, cuando Corbett estuvo persiguiendo al demente asesino de prostitutas en Londres. Corbett le dio unas palmaditas en el hombro.

—Olvidémoslo. Escucha, mientras Branwood está fuera, yo me iré hasta Kirklees. No me preguntes por qué. Simplemente vigila lo que pasa aquí. Y Ranulfo, antes de que me lo preguntes, veré a tu amigo Rahere cuando vuelva.

Corbett abandonó el castillo una hora después, Ranulfo y Maltote lo acompañaron hasta la puerta central. El escribano guio a su caballo por las calles bulliciosas y hormigueantes de gente de Nottingham, y él se echó una capucha por la cabeza para no llamar la atención de nadie. En la plaza del mercado tuvo que abrirse paso entre la multitud que observaba a una jauría de mastines que gruñían intentando morder a un gran oso negro. Este permanecía rugiendo su desafío entre un destello de dientes blancos y embestía con potentes garras que hacían las delicias de la multitud e incitaban la sed de sangre de los perros. Corbett bajó por un callejón cercano a la iglesia de Santa María en busca de un amanuense. Un aguadero lo envió al otro lado de Santa María y, al pasar frente a las escaleras, se detuvo y soltó una palabrota, pues vio los cadáveres desnudos de los dos bandidos allí extendidos. De acuerdo con la legislación de la ciudad, ambos cuerpos habían sido despojados de ropa y colocados en sitio público por si alguien los reconocía. Los cuerpos estaban echados de costado en cofres improvisados, y Corbett vio las horribles heridas de color rojo púrpura que tenían en la espalda provocadas por las flechas. Murmuró una oración y siguió adelante.

Entre los puestos y tenderetes, justo en el interior del patio de Santa María, encontró a un amanuense que le grabó al aguafuerte un burdo mapa de la campiña de los alrededores y le indicó qué ruta tenía que tomar para llegar a la abadía de Kirklees. El tipo se tomó su tiempo, hablando como un loro de que se habían visto duendes sentados en una tumba y deleitándose con carne humana, y de cómo tales espíritus malignos plagaban los caminos de los alrededores de Nottingham. Corbett, nervioso, iba dando golpecitos con la bota, pero finalmente el hombre acabó. Corbett agarró el mapa, pagó lo que debía y se alejó del patio de la iglesia.

La visita al amanuense le había demorado una hora. Cuando salió por la puerta de la ciudad, uniéndose a otros que iban serpenteando por el camino, Corbett sintió que su tranquilidad se perturbaba. Era por naturaleza un hombre solitario, acostumbrado a la sutil intriga de la corte, así como a las peligrosas sendas de la política de Londres. Esto le había proporcionado un elevado sentido del peligro, y ahora se sentía inquieto, seguro de que lo observaban y lo seguían. Primero se sintió protegido por los otros viajeros, pero con el tiempo estos fueron dejando la carretera principal y volvieron a remotos pueblos o granjas. Finalmente, Corbett se encontró que viajaba solo; el silencio se rompía con el arrastrar de los pies en los setos, alguna que otra canción de pájaro o el zumbido persistente de los grillos. Corbett aflojó la espada en el cinturón y dejó que su caballo amblara lentamente mientras él respiraba hondo y aguzaba los oídos para captar cualquier sonido que indicara peligro.

Cuando se acercó al bosque, su ansiedad fue en aumento. ¿Quién lo seguía?, se preguntaba. ¿Era el traidor del castillo o era Achitophel? ¿Ya había llegado a Nottingham el asesino francés y había planeado atacar en la campiña solitaria? La línea de árboles estaba cerca.

Corbett se detuvo y miró a su alrededor. Hasta aquí había atravesado el campo abierto donde un agresor hubiera tenido que ocultarse entre los setos o en un bosquecillo. Espoleó el caballo y se adentró en el bosque. La luz del sol se debilitó y, una vez más, Corbett se dio cuenta de que el bosque era un ser vivo; el chasquido del sotobosque, el batir de los pájaros, la oscuridad creciente y el sentimiento de absoluta soledad. De repente Corbett oyó un parloteo, el sonido de una conversación en algún lugar frente a él, pero reprimió el impulso de espolear al caballo para que se pusiera al galope impetuoso. Miró hacia atrás por encima de los hombros, pero no vio señal de persecución mientras, que delante de él, vislumbró a otros viajeros. Se detuvieron y miraron hacia atrás, alarmados al oír el sonido de los cascos de su caballo. Corbett vio que uno de ellos desataba un arco, así que refrenó el caballo y levantó la mano izquierda en señal de paz.

—¿Quién sois? —preguntó el hombre.

—Un viajero honrado —replicó Corbett— deseoso de vuestra compañía.

—¿Estáis solo?

—Por supuesto.

—Entonces acercaos lentamente.

Corbett hincó las rodillas en los lados de su montura y el grupo lo esperó para acogerlo. Era un grupo heterogéneo: hombres, mujeres y niños, protegidos por criados; un grupo de familias decididos a visitar la tumba de san Thurstan en York. Corbett viajó con ellos hasta que llegaron a una taberna en un cruce, a tiempo para comer.

El lugar era un hormiguero. Campesinos, villanos y viajeros de muchas clases abarrotaban el patio del establo, mientras que la taberna estaba llena a rebosar. Unos mozos de cuadra se encargaron de los caballos y Corbett entró y se sentó junto a un

barril de cerveza volcado cerca de la ventana. Tenía hambre, así que pidió una jarra de cerveza, un caldo de guisantes y cebollas con picatostes y una barrita hecha con harina azucarada y enriquecida con huevos. Mientras comía fue observando cómo se acomodaban los otros viajeros. Apareció un vendedor de indulgencias, haciendo ver que hablaba latín, pero no hacía más que explicar a los peregrinos anécdotas llenas de vulgaridades. La taberna rebosaba con el resonar de las jarras y cuencos, los gritos de los niños, los rebuznos del vendedor de indulgencias y el suave ronroneo de las conversaciones de comerciantes, quincalleros y mercaderes que intercambiaban cotilleos sobre caminos y mercados.

Corbett echó una mirada alrededor. No veía a nadie que pudiera representar una amenaza. Nadie que reconociera del castillo o de la ciudad. Uno de los peregrinos, una joven, se puso en pie para cantar una canción. Corbett se echó hacia atrás, cerró los ojos y escuchó mientras la muchacha describía el canto del pájaro en verano.

—El verano canta por todas partes —cantaba la chica.

Un alboroto tremendo que provenía del patio exterior sofocó la canción y los clientes se pusieron súbitamente en pie al oír: ¡fuego!, ¡fuego!

Corbett se fue con los demás al patio. Los mozos de cuadra conducían a los caballos fuera de los establos y el aire olía acre a causa de la paja quemada. Corbett vio que aún ardían algunas llamas al fondo del establo, pero unos criados con cubos de agua pronto las sofocaron. La atmósfera se relajó, los clientes se rieron y todos volvieron en tropel a la taberna. Corbett se sentó en su sitio y agarró su jarra de cerveza, pero se detuvo. Tuvo que estirarse para cogerla, de derecha a izquierda, pero sabía que él no la había dejado allí. Maeve siempre le estaba regañando por dejar las tazas y las jarras en los bordes de las mesas.

—Eres un vago, Hugo —le habría reprendido—. Quieres coger la taza sin hacer el mínimo esfuerzo. Al bebé Eleanor también le encanta.

Corbett se quedó mirando fijamente la jarra. Alguien la había movido, ¿pero por qué? ¿Un criado precipitándose contra el barril para alcanzar la puerta? ¿O alguien con alguna intención más siniestra?

Cogió la jarra entre sus manos. Echó una mirada rápida por la taberna. No reconocía a ningún extraño y estaba seguro de que nadie lo vigilaba. Levantó la jarra, la olió con detenimiento y por debajo del sabor a malta notó algo más sutil, ácido. Corbett dejó la jarra y respiró hondo, intentando controlar el pánico. ¿La habían envenenado o es que él había perdido la cabeza? Se acordó del cazador de ratas que había visto fuera, estirado en los guijarros y con la espalda apoyada en la pared de la taberna, tomando el sol. Corbett salió y se fue hasta él. El hombre de cara amarillenta y llena de cicatrices levantó la vista.

—¿Tenéis algún trabajo para mí, señor?

Corbett extrajo una moneda e hizo un gesto señalando a las jaulas oxidadas y vacías que tenía el hombre.

—¿Podrías cazar una rata para mí?

El tipo captó el destello de la plata y esbozó una sonrisa desdentada.

—¿Los pájaros vuelan?

Cogió una de las jaulitas y se fue arrastrando los pies a una de las dependencias donde se almacenaba la paja y el grano. Corbett se sentó a esperar durante un cuarto de hora. Finalmente el tipo regresó. Ahora su jaula contenía una rata de cola larga y estómago gordo que apretaba el hocico con agresividad contra el alambre, dientes amarillos salidos y ojos rojizos brillando con furia.

—Un príncipe de las ratas —aseveró el tipo—. ¿La queríais viva? —Extendió una pezuña sucia para recibir la moneda.

Corbett se la dio.

—Te daré otra por un trozo de queso y para que te calles por lo que vas a ver.

El hombre se encogió de hombros, rebuscó en su bolsa grasienta y le entregó a Corbett un trozo de queso mojado y tan podrido que apestaba. Corbett colocó la jaulita en el suelo con el trozo de queso al lado. La rata apretaba el hocico contra los barrotes, atormentada por el olor. Entonces Corbett vertió el contenido de su jarra encima del queso y, con un palo, lo empujó al interior de la jaula. La rata lo atacó con voracidad. El queso desapareció, la rata levantó la cabeza, olisqueando el aire, entonces bruscamente se empezó a mover de lado. Rodó sobre la espalda con el vientre sucio hacia arriba y arañando el aire. Una sustancia verdosa rezumó de entre sus mandíbulas, al tiempo que se convulsionaba con dolores mortales.

—¡Es la última vez que me como ese maldito queso! —Los pequeños ojos redondos y brillantes del cazador de ratas estudiaban a Corbett—. ¡O aún mejor, maese, tal vez deberíais tener más cuidado con lo que bebéis!

Corbett regresó a la taberna, llamando a gritos al dueño mientras intentaba controlar su propio miedo ante la horrible muerte de la que se acababa de librar. Le entregó la jarra de cerveza y otra moneda.

—Esta es la comida que me ha salido más cara.

El tabernero lo miró extrañado.

—Quiero que destruyas esta jarra —insistió Corbett—. Y dame una copa de tu mejor clarete. Pero yo escogeré la copa y espitaré el barril yo mismo.

Guy de Gisborne se detuvo y se asomó entre los árboles de los lados. Su cara roja brillaba con sudor bajo el pesado yelmo de hierro y la cota de malla. Sonrió con satisfacción mientras revisaba su línea de guardabosques y de oficiales del bosque real.

—¡Le enseñaré al rey —susurró—, a su oscuro escribano y a ese cabrón de Branwood cómo se mata a un proscrito!

A Gisborne el corazón le dio un salto de placer al pensar en lo que había planeado para Robín Hood. Gisborne odiaba al proscrito por su jactancioso amor por el hombre común, su habilidad consumada con el arco, su conocimiento del bosque, y sobre

todo, por la manera en que en varias ocasiones se había burlado de Gisborne y le había tendido emboscadas tan solo para recibir la gracia y el favor real.

Gisborne hizo rechinar los dientes e hizo una mueca de dolor a causa de un absceso en la encía. Se había visto obligado a ver cómo Robín Hood se convertía en un miembro de la cámara real y se paseaba, como cualquier señor, por las calles de Nottingham o entre los estandartes de seda de los generales de Eduardo en Escocia. Gisborne había visto cómo el rey había favorecido al bandido, le había otorgado privilegios especiales, y había utilizado las habilidades del forajido cuando los ingleses iban a la caza de Wallace, el jefe de los rebeldes escoceses, a través de las cañadas salvajes y los bosques de Escocia. Pero ahora Robín había vuelto a Sherwood. Gisborne se olvidó de su dolor, pues esta vez el bandido se había puesto del otro lado de la ley, robando las recaudaciones del rey y ejecutando a sus funcionarios como si fueran vulgares malhechores. Hoy sería diferente. Gisborne cazaría al bandido, pero no con un grupo armado de caballeros que fueran resonando como un repique de campanas por el bosque. Estos oficiales del bosque real y guardabosques lo harían salir como si fuera un ciervo o un jabalí salvaje. Gisborne lo atraparía, le daría su merecido: lo ataría a su silla y lo haría cabalgar desnudo con él por Nottingham, de manera que todos vieran la gloria de Gisborne y la caída del bandido.

—¿*Sir Guy*? ¿Señor de Gisborne?

Guy echó una mirada a ambos lados, vio la cara de duende del jefe de sus cazadores, Mordred.

—¿Mi señor está satisfecho?

—Lo está.

Gisborne se quedó mirando la oscuridad verdosa que tenía delante. No sabía la posición del sol, pero calculó que sería más de mediodía y ya iba arrojando a las bandas de forajidos a las profundidades del bosque. A una milla por cada lado, líneas de cazadores bien armados se preparaban para tapar la siguiente red. Gisborne había desplegado a sus soldados como los cuernos de un toro, barriendo la suciedad y los desechos del bosque hacia adelante. Tarde o temprano haría salir a Robín Hood y lo acorralaría contra una marisma o un acantilado rocoso. O, mejor aún, en el campo abierto, allí donde los jinetes de Gisborne cerrarían la trampa. Guy se balanceaba de un lado a otro mientras oteaba el bosque que tenía a su alrededor. Se había gastado todo el dinero que tenía en esta empresa, pero el rey se lo retornaría y Branwood tendría que morder el polvo.

—¿Mi señor de Gisborne? —volvió a decir Mordred.

Sir Guy percibió una nota de ansiedad en la voz.

—¿Qué hay?, hombre.

—Mi señor, avanzamos demasiado deprisa.

—Bien. Los bandidos tendrán poco tiempo para reagruparse.

—*Sir Guy*, os lo ruego, los bandidos están huyendo, pero nos podrían estar

llevando a una trampa.

—¡Qué tontería! —espetó Gisborne y agarró con más fuerza su espada—. ¡Da la orden de avanzar!

—Mi señor... —las palabras de Mordred se ahogaron.

Gisborne elevó su cuerno, furioso, dando tres persistentes soplidos y entonces corrió hacia adelante medio en cuclillas.

Llegaron al borde de un claro. Mordred le rascó en el brazo a Gisborne, pero el caballero lo separó moviendo los hombros. Notaba que la sangre le subía a la cabeza. Corrió por la hierba manchada por el sol, Mordred y los demás saltaron junto a él. En el oscuro verdor que tenían ante ellos, un único toque de cuerno los saludó. Mordred y los guardabosques se detuvieron, pero *sir* Guy siguió corriendo. Otro toque de ese cuerno, sombrío, siniestro, y el aire se llenó de muerte. Las flechas grises cayeron como una lluvia mortal y silenciosa. Mordred vio que caían hombres a su derecha e izquierda, pateando y balbuciendo, mientras flechas les daban en la garganta y el pecho.

—¡*Sir* Guy! —gritó.

Pero Gisborne continuaba corriendo. Otra lluvia de flechas; ahora el claro estaba lleno de gritos. Los hombres desparramados por el suelo se sacudían entre dolores mortales, y charcos oscuros de sangre brillaban sobre la hierba verde. Mordred elevó su propio cuerno. Un toque estridente y sus hombres regresaron al abrigo de los árboles. *Sir* Guy sin embargo, siguió la carga, abriéndose paso entre los helechos al otro lado del claro, con la espada levantada ante él. Ninguna flecha le alcanzó. Se sentía protegido, una señal segura de que Dios estaba con él. Una figura encapuchada y enmascarada le salió al paso de detrás de un árbol.

—¡Bienvenido a Sherwood, *sir* Guy!

Gisborne se giró, totalmente enfurecido. Medio levantó su espada y corrió, gritando maldiciones, hacia el hombre que se había mofado de él durante años. Gisborne tropezó con una raíz y cayó de cabeza, la espada se le escapó del puño. Levantó la mirada hacia la figura encapuchada que se inclinaba sobre él y esbozó una sonrisa.

—¡Vos!

Fue su última palabra. La figura oscura elevó la espada y la estrelló contra la línea de carne desnuda entre la cofia y la cota de malla de Gisborne.

Capítulo IX

Corbett llegó a Locksley por la noche. Era una aldeíta con construcciones a ambos lados de un sendero polvoriento, un terreno y un pozo comunales y una iglesia pobre cuya única nave, con techo de paja, estaba construida junto a una torre toscamente labrada. Corbett se detuvo ante la cervecería, una cabaña de piedra con un letrero clavado bajo el alero. La mujer de la cervecería era desaseada, sus ojos eran de esos que no miran a la cara e iba vestida con una bata grasienta, y servía lo que ella llamaba cerveza recién elaborada. Los otros aldeanos bebían cerveza y miraron al extraño como tontos antes de girarse para escuchar una de las muchas historias de cómo se había visto a un demonio en el límite del bosque, una silueta borrosa con la cara de hierro brillante.

Corbett escuchaba a medias el cuento, mientras estaba sentado en un banco y observaba la puerta de la taberna. Desde que dejó a los peregrinos justo al sur de Haversage, creía que su perseguidor asesino y misterioso había abandonado la persecución, pero quería estar seguro. Había cabalgado treinta millas y estaba escocido de la silla, su caballo casi reventado y no quería pasar la noche al descubierto. Al escribano se le cerraban los ojos y se adormilaba. Una ruda mano que le sacudía el hombro lo despertó, pegó un salto y la mano se le fue hacia la daga, pero el hombre que tenía delante era un venerable anciano; su rostro era delgado y ascético, aunque sus ojos sonreían y su aspecto parecía amistoso.

—¿Sois forastero aquí? —La voz era suave pero con un fuerte acento.

Corbett se fijó en su coronilla afeitada, la túnica oscura y polvorienta y las sandalias de los pies.

—¿Sois sacerdote?

—Así es. Padre Edmundo. Esta es mi parroquia, por mis pecados. Llevo muchos años en la iglesia de San Oswaldo. Me han dicho que había un forastero aquí, así que bajé. He pensado que tal vez estabais...

Corbett, totalmente despierto, le hizo un gesto para que se sentara en el banco.

—¿Queréis beber algo, padre?

—No, no. —El hombre se dio unos golpecitos en el vientre—. Nunca con el estómago vacío.

—¿Quién pensabais que era, padre? ¿Alguien de la banda de Robín Hood?

—¡Chitón! —exclamó el sacerdote agarrando a Corbett por la muñeca.

El padre Edmundo le lanzó una mirada de advertencia y enseguida echó una ojeada a su alrededor para ver si algún otro había oído sus palabras.

—¿Quién sois? —preguntó.

—Soy Hugo Corbett, tenedor del sello secreto del rey.

El sacerdote abrió bien los ojos.

—Hasta ahí hemos llegado —murmuró.

—¿A qué?, padre.

—No, nada, venid conmigo. —El sacerdote se puso de pie—. No habéis comido y me temo que no tengáis donde dormir esta noche. Os puedo ofrecer algo de caldo, pan tierno, una cama dura y un vino que no será de lo mejor que habéis tomado.

Corbett sonrió con burla y se levantó.

—Dadas las circunstancias, padre, vuestro ofrecimiento resulta magnífico y generoso.

Salieron. Corbett desenganchó el caballo y siguió al encorvado sacerdote por la oscuridad en dirección a la iglesia. La casa del párroco era una construcción de ladrillos amarillos y techo de tejas rojas situada detrás de San Oswaldo y separada de la iglesia por un cementerio. El padre Edmundo le ayudó a guardar el caballo en una de las dependencias después de mandar a su propio rocín, un jamelgo reventado, a pastar entre las tumbas, mientras él traía agua, avena y paja fresca para el lecho.

Llevó a Corbett a la casa, austera y sencilla pero muy limpia. El suelo era de tierra batida, cubierto con alfombrillas de juncos frescos de la ribera, verdes, blandos y de olor agradable. Una lonja de tocino que colgaba para curarse sobre la pequeña chimenea desprendía un olor salado y fuerte. El resto de la habitación estaba ocupado por algunos muebles, una gran arca, algunos cofres y, en el rincón y separado con un tabique del resto de la habitación, un pequeño catre sobre el que colgaba una enorme cruz de madera.

El padre Edmundo acercó un taburete al fuego y removió suavemente la olla hasta que burbujeó sobre el pequeño fuego que había encendido. Le sirvió a Corbett un cuenco de sabrosa sopa, con verduras y trozos de carne, pan moreno hecho con centeno y un vino tinto peleón. Corbett lo sorbía mientras esperaba que se le enfriara la sopa. Sonrió con burla al sacerdote.

—Lo he bebido bastante peor en muchas tabernas de Londres —le comentó—. De hecho, costaría encontrar uno mejor.

El padre Edmundo sonrió agradecido.

—Es mi única debilidad —murmuró—. No, no, no soy un borrachín, pero me encanta el vino tinto. ¿Sabéis?, el bendito Tomás Beckett abandonó las alegrías terrenales cuando se convirtió en arzobispo, pero la única cosa a la que no renunció nunca fue a su clarete. —El padre Edmundo se puso serio—. Este es de un tonelito que me dio Robín Hood. O, tal como lo bautizaron en la iglesia de aquí al lado, Robín de Locksley. ¿Por qué habéis venido aquí, *sir* Hugo? ¿Para cogerlo y colgarlo? —El sacerdote se removía incómodo en el taburete—. Hemos oído historias.

—¿Qué historias, padre?

—El ataque a los recaudadores, las brutales muertes. —El sacerdote mecía la copa con sus manos y miraba fijamente el fuego—. Dios sabe el porqué —dijo—, pero Robín regresó amargado de las guerras.

—¿Vos lo habéis visto? —preguntó Corbett.

—Sí, a finales de noviembre. Me visitó aquí.

—¿Qué tal estaba?

—Cansado. No olvidéis, *sir* Hugo, que ya tiene los cincuenta, y estaba asqueado de lo que vio mientras servía con los ejércitos del rey en Escocia. Dijo que ya tenía bastante de rey y de corte, y que se iba a Kirklees, donde se refugiaba *lady* Mary.

—¿Iba solo?

—Sí. Entró en el pueblo a pie, con aquel arco enorme y largo colgando del hombro. Le pregunté dónde estaba Little John. Robín dijo que John había desertado de los ejércitos reales y que habían acordado encontrarse en Kirklees.

—¿Le dijo Robín qué iba a hacer en el futuro?

—Dijo que se iba a llevar a *lady* Mary de Kirklees. Se casarían en mi iglesia y que se convertirían en lord y *lady* Hogareños.

Corbett partió su trozo de pan, lo desmenuzó en la sopa y sorbió con cuidado de la cuchara de cuerno.

—¿Pero no volvió nunca, no es así? —preguntó Corbett entre un bocado y otro.

—No —suspiró el padre Edmundo—. Se fue de aquí a la mañana siguiente. Algo sucedió en Kirklees. Algo que le hizo cambiar; no volvió aquí y la casa solariega de Locksley está en ruinas bajo el cuidado de un viejo criado. —El sacerdote sacudió la cabeza—. No lo entiendo. Robín se fue caminando por ahí y desapareció. —Sorbí de su copa—. No supe nada más hasta que empezaron a circular historias, así que fui a Kirklees. La madre priora, Elizabeth Stainham, es pariente lejana de Robín. Había dado protección a *lady* Mary. —El padre Edmundo levantó sus delgados hombros—. No supo decirme nada. Robín había llegado, Little John ya lo estaba esperando, *Lady* Mary se unió a ellos y, en lugar de ir a Locksley, volvieron a Sherwood. Ella también estaba sorprendida y extrañada por las historias que había oído. —El padre Edmundo se quedó mirando con ansiedad a su invitado—. ¿Qué le va a pasar, *sir* Hugo?

Corbett dejó el cuenco de loza.

—No voy a mentiros, padre. Lo acorralarán. Si *sir* Peter Branwood no lo coge, si *sir* Guy de Gisborne falla, si yo no consigo atraerlo a campo abierto, el rey enviará a otros al norte. Doblarán y triplicarán el precio de su cabeza y un día encontrarán a un traidor que lo venda.

El sacerdote apartó la mirada, pero no con la suficiente rapidez. Corbett vio que unas lágrimas brotaban en sus ojos viejos y tristes.

—¿Por qué, padre Edmundo? ¿Por qué cambió Robín?

—Escuchad —continuó el sacerdote—. Escuchad esto, *sir* Hugo.

Caminó arrastrando los pies hacia el arca, abrió los tres candados y rebuscó murmurando. Levantó la vela, soltó un murmullo de satisfacción y volvió con un trocito de pergamino en las manos. El sacerdote alisó el pergamino sobre su falda y, sosteniendo la vela encima, empezó a leer.

—Una vez —afirmó siguiendo con el dedo la línea de palabras— un pobre campesino murió, pero su alma no fue reclamada ni por ángel ni por diablo. Sin embargo, el campesino estaba decidido a alcanzar el paraíso y finalmente llegó a sus puertas. Allí se le presentó san Pedro. «¡Vete, campesino! —le gritó—. ¡No se

permite la entrada a los campesinos en el cielo!». «¿Por qué no? —le contestó el campesino gritando—. Vos, Pedro, negasteis a Cristo. Yo no lo he hecho nunca. Vos, san Pablo, perseguisteis a cristianos y yo no lo he hecho nunca. Vos, obispos y sacerdotes, habéis desatendido a otros y yo no lo he hecho nunca». San Pedro —continuó el padre Edmundo, disfrutando con la historia— llamó finalmente a Cristo para que apartara al campesino y el buen Dios llegó, vestido de gloria, al exterior de las puertas del paraíso. «¡Juzgadme, oh Cristo! —gritó el campesino—. Me hicisteis nacer en la miseria, pero yo aguanté mis penas sin quejarme. Me dijeron que creyera en el evangelio, y así lo hice. Me dijeron que compartiera mi pan y mi agua con los pobres, y así lo hice. Estando enfermo me confesé y recibí los sacramentos. He seguido vuestros mandamientos. Luché para ganarme el paraíso porque me lo dijisteis. Así que aquí he de quedarme». Cristo sonrió al campesino y se giró para censurar a Pedro: «Dejad que este hombre entre, pues se sentará a mi diestra y será señor del cielo».

El padre Edmundo terminó de hablar y se quedó mirando hacia abajo el trozo de pergamino, que enrolló con extremo cuidado.

—¿Tal vez os preguntéis, *sir* Hugo, quién escribió esto? Fui yo, pero lo copié palabra por palabra de un discurso que Robín de Locksley les hizo a los aldeanos las últimas Navidades, antes de que se fuera al norte a unirse a los ejércitos reales en Escocia. Por eso os he sacado de la cervecería. ¡Si algún hombre, mujer o niño de este pueblo pensara que tenéis intención de hacerle daño a Robín de Locksley, os matarían!

Y antes de que Corbett pudiera detenerlo, el sacerdote lanzó el trozo de pergamino al fuego.

—Pero ahora, todo ha terminado —murmuró el párroco—. El alma del hombre que dijo tales palabras está muerta. —Sonrió y parpadeó para separarse unas lágrimas—. Y yo soy un viejo sacerdote charlatán que se ha bebido el fuerte vino demasiado deprisa. No puedo decir nada más de Robín Hood.

Terminaron de comer. Corbett ayudó al viejo párroco a lavar las copas y los cuencos y el padre Edmundo insistió en que Corbett hiciera uso de su cama.

—No vais a cogermé nada que yo necesite —afirmó—. Soy viejo. Desde el cementerio, ahí fuera, he oído al búho ulular mi nombre. No debo de tener la muerte muy lejos, así que me paso las noches rezando ante el altar. —Sonrió tímidamente—. Aunque he de confesar que me quedo dormido un buen rato.

El sacerdote apagó el fuego, se aseguró de que su invitado estuviera cómodo y entonces se escabulló silenciosamente en la noche.

Corbett se estiró en el duro lecho y pensó en lo que el sacerdote le había dicho, pero a los pocos minutos se quedó profundamente dormido. Se levantó descansado a la mañana siguiente y encontró al padre Edmundo ajetreado en la cocina. Al exterior, el sol todavía no había disipado la neblina que envolvía el cementerio y la iglesia. Aún hacía frío. Corbett se estremeció al colgarse la capa por los hombros y siguió al

viejo sacerdote, que atravesaba el cementerio para celebrar la misa del alba.

Al romper el día desayunaron en la cocina. El padre Edmundo, más alegre, rechazó cualquier pago y escuchó ávidamente lo que Corbett le explicaba del mundo exterior. Finalmente, el escribano se puso en pie.

—Padre, he de irme. Agradezco mucho vuestra generosidad. ¿Estáis seguro de que no queréis que os pague?

El viejo sacerdote sacudió la cabeza en señal de negación.

—Tan solo os pediré un favor o don —replicó—. Si se captura al bandido con vida (y repito el condicional), me gustaría verlo antes de que se ejecutara cualquier sentencia. Ahora, escuchad.

El padre Edmundo intentó ocultar su dolor. Rebuscó en su vieja bolsa de cuero y sacó una plaquita metálica con un dibujo de la cabeza de Santiago de Compostela. Se la entregó a Corbett y sonrió.

—Cuando era mucho más joven y ágil, fui al lugar santo, en España, y traje montones de estas como prueba. Enseñadle esta a Naismith. El viejo criado de Locksley. Sabrá que os envió yo. ¡Que Dios os ampare!

Corbett dio las gracias al sacerdote asegurándole que intentaría que le otorgaran el deseo. Recogió el caballo y recordando las indicaciones del padre Edmundo, cabalgó por el silencioso pueblo. Siguió el camino empedrado que serpenteaba por entre el campo abierto hacia donde se levantaba la casa solariega de Locksley, en la cumbre de una pequeña colina. La neblina se empezó a levantar, el sol era más fuerte. Sin embargo, Corbett encontró que la casa de Locksley era un lugar misterioso y lúgubre. Las dobles puertas de madera colgaban torcidas de los goznes, la muralla que la rodeaba empezaba a desmoronarse, mientras que las sendas que subían hasta la puerta principal, los patios y los jardines estaban cubiertos por zarzas y malas hierbas. Una parte del tejado ya había perdido las tejas; las ventanas estaban bien cerradas con contraventanas y la pintura y la madera del exterior empezaba a estar deteriorada.

Corbett dejó a su caballo comiendo un poco de la hierba que rodeaba una fuente en desuso y aporreó la puerta principal gritando a Naismith. El ruido resonó como eco por la casa vacía. Corbett pensó que la casa estaba deshabitada, luego oyó unos pies arrastrándose y el tintineo de llaves. Se echaron los cerrojos y la puerta se abrió de golpe. Un hombrecito rechoncho y calvo se lo quedó mirando.

—¿No se puede dormir? —le gritó, rascándose una calva brillante como un huevo de paloma—. Estaba dormido y me he despertado con unos golpes como si estuviera aquí el arcángel Gabriel. ¿Qué pasa? ¿Es la última trompeta?

Corbett escondió una sonrisa y se presentó educadamente, mostrando el anillo que llevaba y, lo más importante, la plaquita del padre Edmundo. Naismith levantó la vista hacia él con ojos miopes y llorosos.

—No un ángel —murmuró—. Tal vez un demonio. ¡Es mejor que entréis! ¡Mejor que entréis!

Corbett lo siguió por un pasadizo húmedo y derruido. Se fijó en que el yeso de las

paredes se empezaba a desconchar; las losas del suelo estaban rajadas; algunas puertas tenían el cerrojo echado, mientras que otras estaban descolgadas. La casa solariega estaba desposeída de todos sus bienes, no quedaba ni un solo mueble o tapiz; las paredes estaban totalmente desnudas. Naismith llevó a Corbett a una despensita. El escribano echó una mirada alrededor y se dio cuenta de que Naismith vivía, dormía y comía allí; pues loregonaban un jergón, un cofre, una mesa, banquetas y algo tan incongruente como un sillón con respaldo de cuero, finamente tallado y con un cojín. Naismith se sentó en él como si fuera un príncipe.

—¿Qué queréis? —le preguntó con cautela.

Corbett se explicó y vio con agrado que el rostro duro de Naismith se suavizaba.

—El padre Edmundo está en lo cierto —contestó Naismith—. Sabe Dios lo que le pasó al amo. Vuelve de las guerras cansado y asqueado de sangre, sin embargo lleno de esperanza. Tan solo estuvo aquí unas horas, entonces dice que se va a Kirklees. Quiere ver a *lady* Mary, y se va. Dice que volverá; jura que volverá. Dijo que tenía dinero para restaurar la casa solariega. —Naismith se hunde en el sillón—. Pero no regresó —continuó débilmente—. Yo he oído que va a Kirklees y luego vuelve a Sherwood, donde empieza la matanza.

—¿Dijo algo? —interrogó Corbett.

—Estaba amargado. Amargado por el rey, por la vida; triste por haber dejado a Mary pero deseoso de encontrarse con ella y con Little John en Kirklees. Primero pensé que el Robín de Locksley que yo conocía y el asesino de Sherwood eran dos personas diferentes, pero no lo son. —Naismith se levantó y se dirigió arrastrando los pies hacia un cofrecito. Sacó un fajo de pergaminos grasientos y con marcas de dedos, y se los lanzó a Corbett—. Ya veis, maese, cuando Robín estaba en Sherwood a menudo me enviaba mensajes. Por supuesto, se cuidaba bien de cualquier representante de la ley que intentara atraparlo aquí, así que acordamos que siempre utilizaría un tipo de tinta púrpura y que sellaría cada carta con su propio sello secreto.

Corbett estudió los manuscritos, algunos descoloridos, otros más recientes.

—¿Sabía leer y escribir? —preguntó Corbett.

—Un poco, pero siempre hacía que algún escribano lo hiciera por él. Bien sabe Dios, maese, que hay bastantes proscritos, si me permitís decirlo, que empezaron su carrera en los colegios de Oxford o de Cambridge.

Corbett sonrió y estudió los garabatos de los pergaminos.

—¿Y el sello secreto?

Naismith le señaló una gotita de cera en una esquina del manuscrito. Corbett la puso a contraluz y la estudió con detenimiento. La cera tenía la marca, bastante burda pero real, de un hombre de pie, con un arco en una mano y una flecha en la otra. Él sabía que tales sellos eran utilizados comúnmente por los terratenientes e incluso por los pequeños propietarios que tenían que certificar documentos y protegerse de las falsificaciones.

Corbett leyó rápidamente los mensajes más recientes, tan solo eran peticiones

para que Naismith vendiera todos los bienes de la casa, tanto muebles como ganado, y tuviera el dinero disponible por la noche.

—¿Qué sucedió? —preguntó Corbett—. ¿Volvió el bandido a recoger lo que era suyo?

—Alguna vez de noche. Tan solo en dos o tres ocasiones. Llegaba un hombre con un mensaje de Robín, yo le entregaba el dinero y el tipo volvía a desaparecer como un rayo.

—¿Por qué? —preguntó Corbett.

—¿Por qué qué?

—¿Por qué iba el bandido a vender todo lo que tenía aquí?

Naismith se encogió de hombros como si no le importara.

—Al igual que el padre Edmundo, yo soy un viejo —dijo—. He hecho lo que podía y ya no puedo hacer más. Serví a esta familia desde que aprendí a andar. Si el amo ordena algo, entonces Naismith lo hace. Pero, si os he de contestar con franqueza, yo no creo que Robín de Locksley tenga deseos de regresar aquí. —Naismith se encogió de hombros y echó una mirada a su alrededor—. Después de todo, la casa no es gran cosa: establos, algunos pastos, algo cultivable. Tal vez el amo pudiera desaparecer.

—¿Y no podéis decirme nada más?

—Lo que sé ahora lo sabéis vos, y aquí acaba el asunto.

Corbett dio las gracias a Naismith, recogió su caballo y cabalgó de vuelta por el sendero. La neblina matinal se había disipado y sentía que el sol le daba en la espalda. Durante un rato escuchó los sonidos de los campos: la cháchara de los insectos, los gritos de los pájaros, y la canción obsesionante y pura de la paloma silvestre. Corbett miró a su alrededor satisfecho de ver que no estaba en peligro. Su perseguidor o bien había abandonado la persecución o quizás estaba esperando otro día u otro lugar. Espoleó el caballo suavemente hacia adelante y luego se detuvo a mirar atrás la casa solariega derruida. Todo apuntaba a Kirklees. Algo había sucedido allí que le trastocó la mente y la convirtió en un torbellino de locura criminal. Un hombre dedicado a vengarse. ¿Pero por qué? ¿Cómo podía Corbett pillarlo?

Iba sentado mordiéndose la uña del pulgar. Ya casi estaban a finales de junio. El rey quería una respuesta respecto al asunto del código en los días siguientes. Corbett se sentía inquieto. ¿Pero cómo iba a resolverlo, guardándose del asesino Achitophel y persiguiendo a un bandido que era tan huidizo como una sombra en la espesura del bosque de Sherwood? Bajó la mirada hacia el anillo que llevaba en el dedo. El rey le había dado una última elección.

—Si no podéis hacerlo, Corbett —le había rugido—, si no podéis detener a ese maldito bandido, entonces ofrecedle un perdón, una amnistía por todos los crímenes, siempre que me devuelva mis contribuciones y pague un buen dinero por los hombres que ha matado.

Corbett contemplaba distraídamente los campos. ¿Tenía que hacer eso? Un pájaro

batió las alas en un árbol cercano y eso le hizo pensar en los grandes robles y olmos que rodeaban su casa solariega en Leighton. Un pensamiento súbito hizo que el corazón le diera un vuelco. ¿Y si Achitophel no lo seguía a él? Tal vez el ataque asesino de la taberna era obra del bandido, un intento de matar a Corbett tal como hizo con *sir* Eustace Vechey. Si era así, ¿dónde estaba el asesino? ¿Estaba en Nottingham? ¿Londres? ¿O, incluso peor, en su casa de Leighton, tal vez amenazando a Maeve y a su gente? ¿Tenía que regresar allí? Corbett espoleó el caballo.

—A De Craon le gustaría esto —dijo en voz alta—. Le calentaría las entretelas de su frío corazón. Corbett, tan angustiado, deja todo para proteger a sus parientes y amigos...

En una estancia secreta en la parte superior del palacio del Louvre, Felipe el Hermoso, rey de Francia, estaba arrodillado ante la estatua de su bendito antepasado san Luis y rezaba por el éxito de sus ejércitos en Flandes. El rey francés era tan famoso por su belleza como por su insensibilidad. Su rostro era como de mármol blanco, tenía unos extraños ojos verdes y unos labios exangües, todo envuelto por el brillante cabello rubio de los Capetos.

Sin embargo, Felipe se sentía distraído y excitado. Cerró los ojos y pensó en las tropas que ahora estaban acampadas a lo largo de la frontera norte. Escuadrones de caballería pesada; una fila tras otra de arqueros genoveses, y los grandes señores con la infantería, las banderas, las flores de lis doradas sobre fondo azul y, enrollado en la tienda de su propio comandante, la sagrada oriflama, el estandarte real que solía estar guardado detrás del altar mayor de San Dionisio. Cuando Felipe diera la orden, sacarían este estandarte y ondearía como una señal dirigida a los flamencos rebeldes de que los soldados de Felipe no harían prisioneros.

Respiró hondo. Los espías que tenía en las ciudades flamencas le habían enviado cartas al sur llenas de buenas noticias. En cada ciudad, los flamencos que estaban a favor de su causa, los «hombres de la flor de lis», estaban preparados para abrirles las puertas a sus soldados. Felipe podía regocijarse. Los flamencos que se resistían daban saltitos como pulgas en un plato caliente. Enviaban una súplica tras otra a Eduardo de Inglaterra pidiéndole ayuda. Pero Eduardo no podía hacerlo, estaba obligado por un tratado. Oh, podía enviar oro a escondidas, pero ¿qué uso le darían? Los flamencos podían contratar soldados y comprar armas a los príncipes de la otra orilla del Rin, pero ¿por dónde iban a desplegar tales hombres? Tal como dijo uno de los espías de Felipe, eran «como conejos amontonados en su madriguera, sin saber por qué agujero aparecería el hurón». Felipe lo sabía, sus dos consejeros sentados tras él en la mesa. William de Nogaret, de cara morena, y Amaury de Craon, de cara pálida y barba pelirroja, también.

Felipe se santiguó y se puso en pie. Oyó un grito débil que provenía del patio de

abajo y abrió la ventana con vidrios coloreados para asomarse. Durante un rato observó la escena de abajo. Había una rueda enorme contra la pared del patio y habían atado a ella con correas a un hombre de manos y pies en los radios. Un verdugo hacía girar la rueda mientras otro, utilizando una fina barra de hierro, le rompía los brazos y las piernas y le golpeaba el cuerpo desnudo. Una y otra vez el prisionero recobraba el conocimiento y gritaba pidiendo clemencia mientras su cuerpo magullado temblaba de dolor, pero la tortura continuó. Felipe observaba la escena: los soldados en guardia, los grandes mastines cerca de la plataforma de ejecución ladrando excitados por el olor a sangre, los movimientos precisos del verdugo.

—¿Cuánto tiempo? —dijo suavemente por encima del hombro.

—Una semana, majestad.

Felipe asintió y cerró la ventana. El hombre había sufrido suficiente.

—Si mañana por la mañana aún está vivo, colgadlo en el huertecito cercano a la cancillería. Esto hará que mis escribanos tengan más cuidado con los secretos que se les confían.

—Es bueno que el hombre sufra —empezó lentamente De Craon—. Pero Corbett tiene ahora el mensaje en clave, su majestad. Si descifra el secreto...

—De acuerdo —añadió Nogaret ásperamente—. Majestad, os ruego que cambiéis los planes.

—¡Tonterías! —replicó Felipe—. Yo mismo inventé ese código en clave. Cambiarlo ahora crearía confusión, tal vez incluso retraso. Los enviados de Eduardo de Inglaterra ya están ocupados con la corte papal intentando darle prisa a ese bulto grueso que se llama a sí mismo Bonifacio VIII para que mande cartas condenando nuestra intención en Flandes.

—Y nosotros pagamos al Santo Padre para que se demore —contestó Nogaret.

—En tal caso —susurró el rey francés—, ¡Eduardo de Inglaterra tendrá que esperar hasta que el infierno se hiele! —Se sentó en su sillón—. Todavía tenemos a Achitophel. ¿Ha escrito?

De Craon hizo una mueca.

—No encontró noticias tuyas en Londres, así que envió mensajes falsificados a casa de Corbett, en Leighton, para descubrir su paradero. —De Craon sonrió—. Achitophel estaba en Nottingham antes de que el querido escribano de Eduardo llegara allí.

—¿Nottingham? —Felipe parecía confundido.

—Buenas noticias, majestad. Eduardo de Inglaterra tiene dificultades para controlar las rutas hacia el norte en dirección a Escocia. Hablan de asesinatos y bandidos. —De Craon sonrió burlón—. Otra pega para los ingleses. —Se puso serio—. ¿Pero es prudente matar a Corbett?

Felipe se quedó mirando a su enigmático maestro de secretos y luego estalló en una risotada. Sus dos consejeros observaban con el rostro pétreo.

—¿Majestad?

Felipe agitó un dedo señalando a De Craon.

—¡Eso os importa, Amaury! Ya veo por dónde vais. Si nosotros matamos al querido escribano de Eduardo de Inglaterra, entonces Eduardo se vengará matando a uno de los míos. —Se echó hacia adelante y le pellizcó a De Craon en la muñeca—. En ese caso, ¿tal vez vos?

De Craon parpadeó y se contuvo. No se hacía ilusiones con su amo real.

Los hombres decían que Felipe de Francia tenía una piedra en lugar de corazón y que estaba dedicado a una sola cosa: la gloria de los Capetos. Su sueño era construir un imperio tan grande como el de Carlomagno. De Craon miró fijamente en diagonal al otro lado de la mesa. Él o incluso Nogaret eran simples piedras para apoyarse en tan elevada misión.

Felipe sacudió la cabeza y miró fijamente la estatua de san Luis esculpida en alabastro.

—No os preocupéis de maese Corbett. Achitophel ya tiene sus órdenes. El escribano morirá de una manera que provocará pocas sospechas, y Eduardo de Inglaterra tendrá bastante más de qué preocuparse que de la muerte de un simple plebeyo. Ahora. —Separó las piezas del ajedrez y rápidamente rebuscó entre los pergaminos que tenía encima de la mesa—. ¿Está todo listo?

—Todo —contestó Nogaret—. Salvo la fecha.

Felipe se reclinó en la silla y se balanceó suavemente. Estaba seguro de que Dios le daría una señal. Oyó otro grito que provenía del patio y miró fijamente las velas que vacilaban frente a la estatua de san Luis.

—Hacia finales de junio —murmuró—, la cosecha ha de estar lista y madura. —Volvió a contar el número de velas, diez en total. Felipe se inclinó—. Enviad un mensaje en clave al mariscal. Decidle que ha de entrar en Flandes con las primeras luces el 10 de julio. Ah, por cierto —estiró su cabeza plateada hacia la ventana—, los gritos de ese tipo me están molestando. He cambiado de opinión. Si aún está vivo al crepúsculo, ¡que lo cuelguen!

Capítulo X

Corbett consideró que el recibimiento que le dispensaron en la abadía de Kirklees no fue precisamente cordial. Durante un momento se vio obligado a taconear en el suelo de la gran casa del guarda antes de que una hermana lega refunfuñona lo acompañara, a través de la hierba seca, al salón privado de la priora. La madre Elisabeth Stainham fue igual de glacial en su recibimiento. Alta y delgada y con facciones duras, simplemente agradeció los saludos de Corbett. La madre Elisabeth, con voz suave, le invitó a sentarse y compartir algo de vino y dulces, cuando el escribano le informó con brusquedad de su situación en la corte y de la confianza que el rey le tenía.

—¡Bueno, bueno, bueno! —murmuró ella y se reclinó en la silla, tirando de las mangas de su túnica marrón oscuro.

Corbett percibió divertido que estas estaban ribeteadas de piel blanca y la bata que llevaba por debajo era de satén brillante. Él echó una mirada alrededor de la opulenta habitación: alfombras de lana en el suelo, macizos muebles brillantes, esbeltas velas de cera en los soportes, cuencos con agua de rosas, vasos venecianos sobre una bandeja de plata y colgaduras de oro, plata y damasco en las paredes. La madre Elisabeth, determinó él, vivía con tanto esplendor como cualquier condesa, y el vino blanco que le sirvió estaba fresco y resultaba agradable al paladar, prueba de que la madre priora se hacía traer los vinos de los mejores comerciantes de York o de Londres.

—¿*Sir Hugo*?

Corbett parpadeó. La priora le había hecho una pregunta.

—Mi señora, lo siento, el viaje ha sido agotador.

De nuevo la sonrisa falsa.

—*Sir Hugo*, os he preguntado qué tiene que ver el comisario del rey con nuestra humilde casa.

—En realidad nada, señora. Estamos más interesados en un visitante que tuvisteis bastante recientemente, y en una mujer que estuvo aquí. Los conocéis a ambos muy bien: Robín de Locksley, pariente lejano vuestro, y *lady Mary*.

La madre Elisabeth tal vez pudiera ocultar sus emociones con un comportamiento frío, pero Corbett hubiera jurado que casi se le cae al suelo la copa de vino. La madre priora la puso sobre la mesa, y a Corbett no le pasó desapercibido el temblor nervioso de sus manos y el parpadeo ansioso de sus ojos.

—Madre Elisabeth, ¿parecéis preocupada?

La priora se lamió los finos labios.

—Preocupada no, *sir Hugo*, furiosa. Hemos oído las barbaridades que explican del proscrito. ¡Me avergüenzo de que llevemos la misma sangre! ¡Y me aflige aún más porque dimos cobijo a una mujer que vive de cualquier manera, con forajidos, en la oscuridad de un bosque!

—Señora. —Corbett se inclinó hacia adelante, colocando las manos sobre el escritorio que los separaba—. El rey está resuelto a pedirle cuentas a este bandido y, sin embargo, de acuerdo con lo que he descubierto, Robín de Locksley dejó el ejército del rey en Escocia decidido a casarse con *lady Mary* y terminar sus días en paz en Locksley.

»El párroco de allí, el padre Edmundo, así lo afirma. El viejo criado del forajido repitió lo mismo. Así pues, ¿qué sucedió para que Robín cambiara de idea?

La priora se puso en pie y empezó a caminar arriba y abajo, simulando que se colocaba el griñón en la cabeza o se alisaba las voluminosas mangas de su túnica. Corbett se percató de que seguía intentando ocultar su nerviosismo.

—Señora —añadió él suavemente—, soy el comisario del rey en este asunto y os he hecho una pregunta.

La priora se quedó quieta y lo miró fijamente. Corbett se encogió al percibir el odio en sus ojos.

—¡Detesto a Robín de Locksley! —espetó ella—. ¡Siempre lo he odiado! Su amor por los hombres comunes, la manera que tiene el vulgo de contar sus hazañas, su arrogancia jactanciosa y la violación que hace de las leyes del rey, para que ese mismo rey lo recompense. —La madre Elisabeth hizo una pausa, apretándose las manos.

—¿Así, por qué? —interrumpió Corbett, examinando la cara llena de odio de la mujer—. ¿Por qué ofrecisteis refugio a su amor?

—¡Porque él me lo pidió! —espetó ella—. Porque sentía lástima por *lady Mary*. Porque pensé que podía salvarla y devolverla al buen camino.

«Oh, estoy seguro de que así lo hizo —pensó Corbett—. Nada os hubiera complacido más que ver acabada esa relación. Apartar a la mujer que Robín amaba de su vista y de la del mundo».

—¿*Lady Mary* se hizo monja?

—No, no profesó votos, pero se quedó aquí como otras damas, viudas y mujeres que buscan refugiarse del mundo de los hombres. Y era feliz hasta que...

—¿Hasta que volvió Robín?

—¡Exactamente!

—¿Por qué vino aquí *lady Mary*? —preguntó Corbett.

—Cuando Robín aceptó el perdón del rey, una de las condiciones era que sirviera durante un tiempo en el ejército real en Escocia. Eso decepcionó a *lady Mary*, se sintió profundamente herida porque Robín se olvidaba de ella con tanta rapidez y antepuso los deseos del rey a los suyos. —Sor Elisabeth esbozó una sonrisa—. Como muchos hombres, Robín hacía promesas que nunca cumplía.

—¿Pero volvió?

—Oh, sí, apareció jactancioso por la casa del guarda. Él y esa enorme mole, Little John, sentados sobre sus caballos de guerra como señores que vienen a dar su opinión.

—¿Y *lady* Mary?

—Durante un tiempo ella y Robín se encerraron en la casa de huéspedes.

—¿Y luego?

La priora se encogió de hombros y se reclinó en la silla.

—Como cualquier niña tonta, la opinión de *lady* Mary cambió. Metió algunas de sus pertenencias en unas bolsas y se fue cabalgando con el amor de su vida.

—Sin embargo, no volvieron a Locksley sino a su vida de bandidos en Sherwood. ¿No es así?

—Eso no puedo decirlo —contestó sor Elisabeth—. Pero cuando lo cojáis, *si* lo cogéis, *sir* Hugo, podéis hacerle esa pregunta antes de que le quiten la escalera del cadalso. —Se echó hacia atrás—. Si no me creéis, preguntádselo a cualquier hermana del convento.

Corbett se alegró de alejarse de aquella habitación opresiva. Estaba intranquilo por lo que le había dicho sor Elisabeth, pero no podía hacer nada. Todavía quedaba por resolver qué era lo que había transformado a un Robín soldado amante de la paz en un forajido, siempre dispuesto a violar la paz del rey.

Ese problema seguía preocupando a Corbett cuando llegó de vuelta a Nottingham al día siguiente. Se encontró con que el castillo estaba alborotado. *Sir* Peter Branwood lo encontró en la muralla exterior y, antes de que Corbett pudiera siquiera preguntar por Ranulfo o Maltote, lo llevó por la puerta central hasta un ataúd que estaba ante el altar de la capillita. Corbett, cansado y magullado después de su viaje, observó mudo mientras *sir* Peter estiraba del paño mortuorio de color púrpura, abría la tapa haciendo fuerza con su puñal y retiraba la gasa que lo cubría.

Corbett echó una mirada y se apartó con náuseas. El que yacía allí era Gisborne. El embalsamador, o quienquiera que hubiera vestido el cuerpo para el entierro, lo hizo lo mejor posible y le habían lavado la sangre del cuello, pero la cabeza cortada y contusionada todavía estaba ladeada. Corbett reconoció los rasgos de Gisborne a pesar de que la cara estaba cubierta de magulladuras rojas y moradas, como si le hubieran hecho botar la cabeza como una pelota. Se sentó en los escalones del altar y observó cómo Branwood volvía a sellar el ataúd.

—¿Así que Gisborne conoció la derrota?

—Digámoslo así —contestó Branwood con sarcasmo—. Perdió más de una docena de sus hombres. Mi señor de Gisborne —dijo dando unos golpecitos sobre el lateral del ataúd— no estaría bien aconsejado e intentó medirse con la horda de forajidos. Nosotros fuimos en su ayuda, pero regresamos al cabo de una hora. Gisborne ya se había adentrado mucho en el bosque. —Branwood envainó su daga—. Anoche arrojaron su cuerpo en las escaleras de la cervecería, con la cabeza al lado, en un barril de cerdo adobado. Si puedo daros un consejo, *sir* Hugo, en vuestra próxima carta al rey, tal vez podríais decirle a su majestad que por lo que respecta a los

forajidos de Nottinghamshire, su captura y ejecución se debería confiar a los funcionarios que el rey ha destinado allí.

—Se lo diré —murmuró Corbett mientras Branwood salía de la capilla.

Cansado, el escribano se puso en pie, recogió su silla de montar y su capa, hizo una genuflexión ante el altar y se fue vagando por la muralla interior hasta su habitación en la torre del rey Juan. La encontró vacía, pero comprobó que todo estuviera tal como lo había dejado, incluidas las cosas que hurtó de la habitación de Vechey. Se lavó, se cambió, se estiró un rato en la cama y se quedó medio dormido hasta que Ranulfo y Maltote lo despertaron.

—¿Ha sido fructífero vuestro viaje? —le preguntó su criado.

Corbett hizo una mueca.

—¿Ya sabéis lo de la derrota y muerte de Gisborne?

—En toda la ciudad no se habla de otra cosa —replicó Ranulfo.

Corbett se frotó los ojos.

—¿Y tú, Ranulfo, algún progreso con ese código?

Sacudió la cabeza con tristeza. Corbett se levantó y se despezó.

—Maltote, hazme el favor de traer un poco de vino y tal vez algo de pan de la despensa. Dile a ese cocinero malhumorado que el comisario del rey lo exige.

Se esperó hasta que el mensajero abandonó la habitación.

—Ranulfo, este misterio del bandido —dijo Corbett elevando ambas manos con desesperación—. Si un hombre como Gisborne no es capaz de capturarlo, ¿qué posibilidad tenemos tú y yo? El mensaje en clave sigue siendo un misterio y el tiempo pasa. Una vez esas tropas francesas entren en Flandes, le haremos falta al rey en Londres. Ah, por cierto. —Se acercó hacia Ranulfo—. Durante mi viaje a Kirklees, alguien intentó envenenarme. ¿Le dijiste a alguien de aquí a dónde me iba?

La cara de Ranulfo era el vivo retrato de la inocencia mientras levantaba ambas manos.

—Pongo a Dios por testigo, maese, que ni siquiera le comenté el asunto a Maltote.

—Bien, alguien intentó matarme. O el traidor del castillo o...

—¿Achitophel?

Corbett asintió con la cabeza.

Maltote regresó con una jarra de vino, tres copas y una bandeja con panecillos blancos y unas tiras de tocino. Se sentaron alrededor de la mesa, Corbett repartió la comida mientras escuchaba a Ranulfo hablar de lo que había sucedido en el castillo desde su marcha.

—¿Y la dulce Amisia? —le interrumpió—. ¿La has visto hoy?

—No. —Ranulfo sonrió burlón—. Maltote y yo estábamos despojándoles las monedas a algunos de los soldados de *sir* Peter.

Corbett masticaba el pan y escuchaba a medias mientras Ranulfo describía alegremente cómo algunos de los guardabosques de Gisborne, después de su vuelta al

castillo tras la muerte de su amo, se habían jactado de lo fácil que fue ganar a Maltote. Ranulfo tan solo había ansiado poner las cosas en su sitio con lo que él llamaba sus «dados milagrosos».

Corbett había terminado de comer y había sacado sus utensilios de escribir cuando llamaron con fuerza a la puerta.

—¡Adelante! —gritó.

Entró un criado del castillo y un hombre, al que Corbett no reconoció, tras él.

—¡Es Halfan! —exclamó Ranulfo—. El amo de El Gallo y el Aro. —Su sonrisa se apagó al ver el rostro sombrío del amo.

—Quiere veros —explicó el criado—. *Sir Peter Branwood* me ha dicho que lo acompañara hasta aquí.

—Muy bien —replicó Ranulfo—. Puedes irte. ¿Qué pasa, Halfan?

El tabernero esperó hasta que el criado cerró la puerta tras él.

—Maese —dijo con los ojos parpadeantes—, ¡tengo malas noticias!

—¿Qué hay? ¿*Lady Amisia*?

—No, no, la fulana está bien. Es su hermano, *Rahere*, el maestro de adivinanzas. Lo encontraron muerto esta mañana en un callejón que da a la taberna. Alguien lo ha ahogado.

—¿Qué? —Ranulfo se sentó en un taburete.

—Lo más seguro, ladrones —continuó el tabernero—. Siempre iba con una pesada bolsa y esta ha desaparecido. Le quitaron el cinturón y las botas. Los bribones lo debían de acechar desde la plaza del mercado.

Corbett miró la cara pálida de Ranulfo y le llenó la copa rápidamente.

—¿Y la muchacha? —preguntó Corbett.

—Tal como he dicho, está bien. Histérica, así que llamé al médico local que le dio algo de vino y unas gotas de valeriana.

Corbett recordó la cuerda de arco alrededor del cuello de *Hecate* la envenenadora.

—¡Vamos, Ranulfo, Maltote! —les instó.

Empujó al tabernero y a sus dos compañeros fuera de la habitación y luego escaleras abajo. Con gran cuidado de no acercarse a la guarnición del castillo, se deslizaron afuera por la poterna de la muralla interior y luego hacia abajo, hacia la ciudad.

La taberna *El Gallo y el Aro* estaba en silencio cuando entraron. El amo explicó que hizo lo correcto como cristiano y extendió el cadáver en una de las dependencias para que lo visitara el forense.

—Sabe Dios lo que pasará —murmuró el tipo—. La moza está casi ida, y lo único que podría afirmar el forense es el asesinato por una o varias personas desconocidas.

Los guio a través del patio empedrado, levantó el pestillo e hizo entrar a Corbett y a sus compañeros en un establo de olor dulce. El hombre encendió nervioso unas lámparas de aceite colocadas en la pared y tiró de la arpillera que cubría el cadáver tendido sobre paja fresca.

—Dos cadáveres en una mañana —murmuró Corbett.

Se arrodilló junto al maestro de adivinanzas, intentando no mirar su cara negro-azulada, sus ojos saltones y su lengua. Miró la cuerda que había alrededor del cuello del hombre. Maltote ya había salido de espaldas, con la cara de color verde, mientras que Ranulfo sentía pena por su reciente amigo y dolor por la pérdida que suponía para su dulce Amisia.

—Da igual —murmuró Corbett, poniéndose en pie. Volvió a tapar la cara del hombre con la sábana.

El tabernero apagó las lámparas de aceite y todos volvieron al patio.

—Aparte de Ranulfo —preguntó Corbett—, ¿hablaba este Rahere con alguien más?

—Era muy conocido. —El amo se iba rascando la calva—. Pero era reservado. A veces nos decía un acertijo. Siempre estaba aquí o en la plaza del mercado. Dijo que quería visitar el castillo y en una ocasión creo que se fue de Nottingham.

—¿Cuándo?

—Según uno de mis clientes, hace tres días. Se fue deprisa pero luego volvió.

Corbett se apartó. Habían pasado tres días desde que él iniciara el viaje a Locksley y Kirklees. Miró furioso a Ranulfo.

—No se lo dije a nadie del castillo. —Ranulfo era lo bastante rápido como para captar por dónde iban los pensamientos de Corbett. Bajó los ojos—. O de aquí. Salvo a Amisia.

Corbett rebuscó en su bolsa y sacó una moneda que enseñó con ostentación ante los astutos ojos del posadero.

—Esto es para el cadáver. Un entierro rápido en un cementerio de la ciudad. Y esto —dijo sacando una segunda moneda— es por el permiso para rebuscar en el equipaje del muerto.

El tabernero no se lo pensó dos veces, llevó a Corbett, Ranulfo y Maltote arriba, a la habitación del muerto.

—Estará vacía —les explicó—. La fulana, quiero decir, *lady* Amisia, está en otra habitación.

Corbett le dio las gracias. Cuando el tabernero se marchó, Corbett ordenó a Ranulfo y a Maltote que registraran la habitación y amontonaran todas las pertenencias del muerto en medio de la cama. A primera vista no había nada: ropa, cinturones, tahalíes, medias, botas de repuesto, algunas cucharas, una copa de plata repujada. Pero entonces Ranulfo, ansioso por reparar su error, separó hacia un lado la cama y, haciendo uso de sus antiguas habilidades de ladrón, empezó a comprobar las tablas del suelo. Dejó un grito complacido cuando levantó una suelta y sacó un cofrecillo. No medía más de un pie de largo y lo mismo de ancho y estaba cerrado con tres candados. Ranulfo se lo entregó a Corbett, quien, sin pensárselo dos veces, hizo saltar los tres candados con su puñal. Entonces se sentó en el borde de la cama, revolviendo entre los pergaminos.

—¡Ah! —exclamó Corbett.

Dejó a un lado los manuscritos, agarró su daga, la clavó en el fondo del cofrecillo y levantó las tablillas de madera que escondían un compartimiento secreto. Sacó bruscamente una medallita y un rollo de pergamino que se puso a examinar rápidamente.

—Nuestro amigo Rahere era un verdadero maestro de adivinanzas —comentó con ironía.

Corbett lanzó el pergamino desplegado a Ranulfo, que escudriñó el francés normando. Firmada por Guillermo de Nogaret y con el sello real de Francia, la carta daba instrucciones a todos los senescales, administradores y funcionarios del reino de Francia para proporcionar ayuda al servidor en el que más confiaba el rey, Rahere.

—Era peligroso llevar eso —observó.

—No tanto —contestó Corbett—. Muchos comerciantes franceses llevan tales garantías.

Entregó la medalla a Ranulfo, quien examinó el retrato de un rey en su trono.

—¿Quién es? —preguntó Ranulfo.

—El abuelo de Felipe, san Luis. A un funcionario portuario inglés, una medalla así le parecería inofensiva. Sin embargo, tan solo se las dan a los servidores en los que el rey francés confía mucho. Si Rahere enseñara esta medalla, junto con este trozo de pergamino, tendría permitido el acceso a cualquier castillo o ciudad, podría retirar dinero o pedir ayuda militar. Ranulfo, tu buen amigo Rahere, descanse en paz, era el agente de quien más se fiaba Felipe, y también un hábil asesino, ¡Achitophel!

Corbett leyó atentamente otros pergaminos.

—¿Y quién iba a sospechar de un maestro de adivinanzas? Te voy a decir una cosa: Rahere o Achitophel, maldito sea, era el culpable de la muerte de al menos un montón de mis agentes. Y si yo llevara a cabo una investigación de las circunstancias que rodearon sus muertes, estoy seguro de que algún testigo recordaría que, casualmente, Rahere, el maestro de adivinanzas, estaba en algún lugar cercano cuando ellos murieron. Siempre nos habíamos preguntado cómo era posible que Achitophel no solo matara gente en Francia, sino también en Inglaterra. Por supuesto, un juglar, en particular un hombre de su destreza, debía ser bienvenido en todas partes. —Corbett se echó a reír con amargura—. Apuesto a que hay al menos seis miembros del consejo privado del rey que estarían dispuestos a cantar sus alabanzas, proporcionarle protección, darle hospitalidad, escribirle salvoconductos y referencias...

—¿Y cómo supo que estabais en Nottingham?

—Oh, supongo que por *lady* Maeve, tal vez lord Morgan Llewellyn, el conde de Surrey, incluso por el mismo rey. Este embaucador seguro que ha entrado hábilmente en contacto con cualquiera de ellos y le han entregado la información sin pensárselo dos veces.

Ranulfo, mirando fijamente al suelo, asintió con la cabeza y echó una mirada a

Maltote, que iba repitiendo «¡vaya, vaya!» por lo bajo.

—¡No vas a callarte! —le siseó—. ¡Te gustaba tanto como a mí! Maese, ¿creéis que Amisia también es culpable?

Corbett se mordió los labios y movió la cabeza en señal de negación.

—No lo creo. Es un truco bastante común. Quiero decir, que aparte de *lady* Maeve, ¿cuánta gente tiene conocimiento de la escoria humana por la que avanzamos, Ranulfo? Es una estratagema muy conocida —continuó Corbett con amargura—, que se usa una y otra vez. Un grupo de monjes atraviesa Dover; siete son verdaderos, el octavo es un espía. Un grupo de comerciantes va a Canterbury; todos ellos parecen burgueses honestos, pero uno es un espía. O una compañía de juglares, una manada de estudiantes. En este caso, Ranulfo, es la bella hermana la que atraerá la atención, no el alegre rimador —añadió Corbett—. Sin embargo, todavía tenemos que interrogarla.

—Pero —interrumpió Maltote con energía—, si Rahere vino a Nottingham, maese, no podía estar seguro de encontrarnos.

—Achitophel no era un gamberro callejero o un muchacho vociferante, Maltote —le contestó Corbett—. Era un asesino experto. Rastrearía el terreno, planearía sus movimientos y ejecutaría el crimen con tanta rapidez y tan silenciosamente como un halcón que se abate sobre su presa. Hace tres días partí hacia Locksley. Ranulfo se lo dice a Amisia, Amisia se lo dice a su hermano, quien se apresura a seguirme. ¿Y qué mejor manera de matar a uno de los escribanos del rey? Lo único que podría afirmar el forense era que yo había comido algo que no me sentó bien. Me hubieran amortajado, metido en un ataúd y yacería bajo la hierba antes de que nadie llegara a saber quién era.

—Lo siento, maese —se disculpó Ranulfo—. Me engañaron como a un tonto.

Corbett se encogió de hombros.

—No te disculpes, Ranulfo. Tu amistad con Rahere todavía podría resultar fructífera. Verás, Rahere, o Achitophel, debía de tener dos órdenes. Una era la de matarme, pero la segunda debía ser la de descubrir si yo había descifrado el mensaje en clave. —Corbett miró directamente a su criado—. ¿Tú comentaste el mensaje con el maestro de adivinanzas?

Ranulfo cerró los ojos.

—Sí —balbuceó—. Pero pongo a Dios por testigo de que nunca le dije el porqué.

—No hacía falta —respondió Maltote totalmente falto de tacto, y como recompensa recibió una patada rápida en la espinilla.

—Desde luego —continuó Corbett, sin hacer caso de la pantomima—, Achitophel se dio cuenta pronto de que no habíamos descifrado el mensaje y planeó mi muerte. Por eso quería verme. Como cualquier verdugo que estudia el peso de un hombre y su postura antes de ponerle la soga alrededor del cuello y retirarle la escalera. Tal vez pudiera revelar alguna debilidad o detalles de algún viaje que planeara realizar. —Echó un vistazo a Ranulfo—. No creo que fuera de ninguna

ayuda con el mensaje, ¿no?

—No, maese, ¿pero qué hay en esos trozos de pergamino?

—Nada extraordinario. Cartas de amigos y conocidos que pueden ser mensajes en clave con instrucciones y otros mensajes. Mis colegas de Westminster disfrutarán estudiándolos. —Corbett rebuscó entre los trozos de papel que había sobre la cama—. Sin embargo...

—¿Quién lo mató? —preguntó bruscamente Ranulfo.

Corbett se echó a reír, con gran sorpresa de Ranulfo y Maltote, quienes podían contar con los dedos de una mano las veces que maese Cara Larga se reía en una semana.

—¿Maese, qué es eso tan divertido? —le espetó Ranulfo.

—¿No lo ves, Ranulfo? Rahere o Achitophel cometió el error más grande en el que puede caer cualquier asesino o cazador. Es más, tiene mucho en común con Gisborne. En ambos casos, el cazador resultó cazado. Nosotros sabemos que hay un traidor en el castillo. Debía vigilarnos y le debieron intrigar tus constantes visitas y conversaciones profundas con un simple maestro de adivinanzas en una taberna de Nottinghamshire.

Ranulfo vio la luz.

—¡Claro! —suspiró—. ¿Y el traidor creería que Rahere era algún agente del rey, un espía que nos proporcionaba valiosa ayuda aquí en Nottingham?

—¡Exacto! ¿Viste que alguien de la guarnición te vigilara de cerca, a ti, a Rahere o esta taberna?

—Nunca —contestó Ranulfo sacudiendo la cabeza.

—Desde luego, nuestro traidor debía tener mucho cuidado. ¿Y qué se hace con un problema que no se sabe resolver, Ranulfo, eh? —Corbett hizo una mueca—. La solución más simple es eliminar el misterio y matar a Rahere. Por su parte, Achitophel estaba tan absorto vigilándonos, estaba tan confiado en su propio disfraz, que no debió sospechar que surgiera un peligro por otro lado. Supongo que debió de salir de la taberna esta mañana para hacer algún recado, lo atacaron, lo ahogaron rápidamente y le quitaron la bolsa y las botas para que pareciera que había sido víctima de un asalto callejero.

—Amisia nos echará la culpa a nosotros —dijo Ranulfo con tristeza.

—No —le garantizó Corbett—. De momento, Ranulfo, no le digas por qué estamos aquí, ni siquiera nada respecto a la profesión secreta de su hermano. Le costará recuperarse de esta dolorosa herida. Si le revelaras más cosas podría perder la cabeza.

Corbett volvió a hurgar entre los trozos de papel de encima de la cama.

—¿Qué estáis buscando, maese?

—Achitophel o Rahere era un hombre inteligente, un agente bien pagado y fiel espía del rey Felipe, pero no debía conocer la clave hasta que se la dieran. Dime, Ranulfo, si tú estuvieras en su lugar, aburrido, en espera de acontecimientos,

holgazaneando por una aburrida capital de provincias, ¿qué harías? Tú —continuó Corbett—, que estás acostumbrado a resolver adivinanzas.

—Intentaría resolver esta —pensó Ranulfo—. Lo consideraría un reto.

—¡Exactamente! Por supuesto, Rahere no te lo diría nunca, pero él tendría que satisfacer su curiosidad. Recuerda, Ranulfo, que él era un agente bien informado que conocía las mentes de sus amos en París. Lo que estoy buscando es alguna indicación del camino que siguió.

—Él siempre me decía que podía ser un poema o una canción —añadió Ranulfo malhumorado.

—Así que no consideraremos esa posibilidad —murmuró Corbett, con gran placer para Maltote.

Corbett volvió a mirarse los papeles. La mayoría de ellos contenían adivinanzas o poemas rimados. Un trozo, sin embargo, le llamó la atención y lo cogió. Corbett lo estudió con detenimiento: un esbozo de un tablero de ajedrez.

—Me pregunto... —dijo mientras se rascaba la cabeza sentado en el borde de la cama.

El amo volvió y les preguntó si querían algo. Corbett, distraído, le pidió un poco de vino, una pluma y un tintero. Luego, con Ranulfo y Maltote asomando por encima de su hombro, empezó a completar el manuscrito, escribiendo cada pieza: rey, reina, alfil, caballo, torre, peón.

Al cabo de una hora, la jarra de vino estaba vacía y la exasperación de Corbett iba en aumento.

—A ver —iba comentando en voz alta como si hablara consigo mismo—, cada mensaje en clave se basa en algo: títulos de libros, versículos de las escrituras, los nombres de los ángeles o la primera letra de ciertas ciudades. Pero este es diferente.

Ranulfo señaló con un dedo sucio.

—¿Por qué está dividido este trozo de pergamino tan claramente por el centro? —preguntó—. Parece como si Rahere lo doblara para partir claramente el tablero de ajedrez por la mitad, cuatro filas de casillas a cada lado.

Corbett puso el trozo de pergamino contra la luz que entraba a través de la ventana.

—Me pregunto... —Se puso de pie—. A ver, Ranulfo, Maltote, dejad todo como estaba. Amisia se despertará pronto. Ranulfo, quédate aquí y consuélala. Hazle jurar al tabernero que no dirá nada de lo que hemos hecho. Asegúrale a Amisia que le proporcionaré todo tipo de protección, pero mira a ver si puedes averiguar algo nuevo respecto a las actividades de su hermano. Maltote, tú te vienes al castillo.

Corbett se volvió a quedar absorto en sus pensamientos, con el trozo de pergamino bien enrollado en el puño.

Regresó al castillo con Maltote detrás, teniendo la precaución de subir las escaleras de la cervecería a través de la poterna y de deslizarse por las murallas para asegurarse de que nadie los detuviera o los molestara. Por primera vez desde su

llegada a Nottingham, Corbett sintió una sensación de placer. De alguna manera podría descifrar el mensaje en clave. Se rio suavemente pensando en como el propio agente de Felipe les había proporcionado la clave. Una vez de vuelta en su habitación, Corbett dispuso sus instrumentos de escritura sobre la mesa y ordenó a Maltote que le ayudara a trazar toscos tableros de ajedrez.

—Recuerda, Maltote —insistió Corbett—, un cuadrado perfecto, ocho por ocho.

Luego Corbett empezó a rellenar las casillas con los nombres de las piezas de ajedrez. Primero, Maltote observaba, pero pronto se empezó a aburrir y se estiró un rato en su cama mirando fijamente al techo, preguntándose dónde estaba Ranulfo y cuánto tiempo se quedarían en ese castillo. Maese Cara Larga se iba rascando la cabeza por la habitación, murmuraba y maldecía mientras iba descartando trozos de pergamino. El sol se empezó a poner. Subieron unos sirvientes para advertir que la cena estaba lista, pero Corbett les dijo que se fueran. Ranulfo volvió muy bebido, afirmó en voz alta que *lady* Amisia estaba más descansada y consolada por las garantías que le habían dado.

—En particular —gritó Ranulfo—, por las promesas que *sir* Hugo Corbett, tenedor del sello secreto, le ha hecho.

Corbett no le hizo caso y continuó con sus estudios.

—¿No nos van a dar nada de comer? —se quejó Ranulfo.

—No en este castillo —replicó Corbett—. Apriétate el cinturón y piensa en los banquetes que nos esperan en Londres.

Ranulfo se encogió de hombros, sacó los dados de su bolsa y empezó a enseñarle a Maltote cómo hacer trampas.

Finalmente, justo cuando ya empezaban a desesperar, Corbett gruñó:

—¡Lo tengo, al cabrón!

Ranulfo y Maltote observaron. Corbett levantó la vista, con los ojos rojos de cansancio.

—Este tablero de ajedrez —dijo— contiene la solución.

Estaba a punto de continuar cuando llamaron con fuerza a la puerta.

—¡Adelante! —gritó Corbett.

Sir Peter Branwood, seguido de Roteboeuf, entró dando grandes zancadas en la habitación.

—*Sir* Hugo —le preguntó Branwood—, ¿va todo bien?

Corbett bajó la mirada hacia el jirón de pergamino.

—Oh, sí, *sir* Peter, creo que todo va bien. —Sonrió disculpándose—. Lo siento, estamos metidos en asuntos que no conciernen al proscrito.

Sir Peter se quedó perplejo.

—Os lo explicaré después —añadió Corbett amablemente.

—¿Queréis vituallas?

—No, no, ya hemos bebido bastante.

Branwood hizo una mueca e hizo ademán de irse.

—¡*Sir Peter!*

El vicegobernador se giró, con una mano en el pestillo.

—¿Sí?

—¿Por qué se colgaría Lecroix en la bodega? —le preguntó Corbett bruscamente.

—Sabe Dios. Recordad, *sir Hugo*, que estaban atacando el castillo. Tal vez se sentía más seguro allí.

Corbett asintió con la cabeza distraído.

—Sí, sí, tal vez fue eso.

Cuando el vicegobernador se marchó, Corbett volvió a dedicarse a los tableros de ajedrez que había esbozado en un trozo de pergamino.

—Olvidaos del proscrito —susurró—. Vosotros, Maltote y Ranulfo, os doy las gracias. Salvo Felipe de Francia, sus generales que están en la frontera flamenca, quizá los señores Nogaret y De Craon, somos las únicas personas que saben dónde atacarán sus ejércitos. Mirad, que os lo explico.

Capítulo XI

—hagamos ver que jugamos al ajedrez. Nosotros jugamos con las blancas. — Corbett sonrió a Ranulfo—. El color preferido de Felipe: él se imagina a sí mismo el Señor de la Luz. Colocaremos las piezas de ajedrez de la siguiente manera, de izquierda a derecha: torre, caballo, alfil, reina, rey, alfil, caballo, torre. Enfrente de cada una de estas piezas pondremos un peón. Sin embargo, no hagamos caso de estos ni de la parte izquierda del tablero, desde la torre a la reina. Nos concentraremos en cambio en las cuatro piezas de la derecha. Tenemos rey, alfil, caballo y torre. — Corbett levantó la pluma—. Coloquemos las letras del alfabeto delante de estas cuatro piezas de la siguiente manera:

				Y	Z		
				U	V	W	X
				Q	R	S	T
				M	N	O	P
				I	J	K	L
				E	F	G	H
				A	B	C	D
				Rey	Afil	Caballo	Torre

Terminó el croquis.

—Y ahora el mensaje en clave: «Los tres reyes van a la torre de los dos locos con dos caballeros».

—Maese —interrumpió Ranulfo—, el mensaje habla de caballeros y locos, no de caballos y alfiles.

—En el ajedrez francés, Ranulfo, el caballero es el caballo, y tal vez con perspicacia, la pieza que nosotros llamamos alfil, ¡los franceses la llaman loco! — Corbett señaló con su pluma—. Los tres reyes podría ser cualquiera de las letras de esta columna encima de rey. Lo mismo por lo que respecta a los dos caballeros o caballos, los alfiles o locos y su torre. —Corbett dio unos golpecitos sobre el trozo de pergamino grasiento—. Algunas de mis conclusiones se basan en conjeturas, pero tengo un mapa aproximado de las ciudades de la frontera flamenca y, usando este mensaje en clave, he intentado descubrir qué ciudad fronteriza encaja con la adivinanza.

—¿Por qué solo habéis utilizado una mitad del tablero de ajedrez? —interrumpió Maltote con enfado.

—¿No te acuerdas? —gruñó Ranulfo—. El maestro había dividido claramente su tablero de ajedrez en dos. Seguid, maese —añadió Ranulfo con aire de superioridad.

—Una palabra —prosiguió Corbett— encaja en el mensaje en clave basado en este tablero de ajedrez y responde a la adivinanza. ¡COURTRAI! —Corbett escribió la palabra lentamente—. Los tres reyes con las letras A, I, U. Los dos caballeros o caballos son las letras C y O. Los alfiles o locos son la letra R dos veces, mientras que la torre es la letra T. —Corbett desenrolló un trozo de pergamino grasiento en el que se mostraba un mapa aproximado de la frontera franco-flamenca—. Courtrai resulta una buena elección —musitó—. Los flamencos nunca esperarían que el golpe les cayera por ahí. Lo que intenta hacer Felipe es intimidar a esta ciudad, obligarla a capitular, luego propagar la noticia mientras sus fuerzas avanzan hacia la siguiente.

—Dicho de otro modo —añadió Ranulfo—, Felipe no pretende inundar Flandes con soldados, sino saltar de una ciudad principal a otra.

Corbett tiró la pluma.

—Así lo creo —murmuró—. Así lo espero, porque he hecho lo que he podido. Ninguna otra ciudad flamenca se ajusta a este mensaje.

—¿Y ahora qué? —preguntó Ranulfo.

—Maltote, quiero que Ranulfo y tú vayáis a Nottingham y compréis las provisiones que necesitamos; una jarra de vino, pan, fruta y mazapán será suficiente.

—¿Y vos, maese?

Corbett amontonó los manuscritos sobre la mesa.

—Yo voy a poner por escrito todo lo que he oído o visto desde que llegué aquí. Todo lo que sé de la muerte de *sir* Eustace, al igual que toda y cada una de las cosas que he descubierto respecto al proscrito. —Corbett se frotó los ojos—. Tengo sospechas, algunas vagas y sin fundamento, especialmente después del viaje que hice a Kirklees. Ahora quiero poner juntas todas las piezas del rompecabezas. Si no logro que tenga sentido, mañana a estas horas volveremos a Londres. Si lo consigo... —Corbett se encogió de hombros—. Bueno, paso a paso.

Ranulfo y Maltote salieron pitando, aunque en las escaleras Ranulfo le dijo a Maltote que le esperara y volvió a ver a Corbett.

—¡Maese! —le llamó, cerrando la puerta tras él.

—¿Sí, Ranulfo? —preguntó Corbett—. Pensaba que te habías ido.

—Vuestra promesa, maese. —Ranulfo saltaba de un pie a otro—. Quiero decir, habéis sido vos el que ha descifrado el mensaje en clave.

Corbett sonrió.

—No sabemos si es correcto, Ranulfo. No lo sabremos hasta que Felipe se mueva. En cualquier caso, tú serás el responsable. Le diré a su majestad el rey que tu participación en este asunto ha sido inestimable.

—Pero, y si no es correcto, ¿qué? —gritó Ranulfo, siempre precavido con lo que le pudiera deparar el futuro.

—En tal caso, Ranulfo-atte-Newgate, será demasiado tarde para hacer nada. Para

entonces, el rey ya te habrá hecho una promesa solemne de elevarte al puesto de escribano de la cancillería real.

Ranulfo bajó las escaleras casi sin rozarlas. Cuando se hallaron fuera del castillo, aseguró solemnemente a Maltote que cuando alcanzara tan alto puesto, él, Ranulfo-atte-Newgate, no se olvidaría de sus amigos.

Visitaron a Amisia en la taberna. Ranulfo le expresó una vez más su pesar y dio dinero al tabernero para que metieran el cuerpo de Rahere en un ataúd y lo transportaran a Santa María para ser enterrado.

—¿Qué pasará conmigo? —preguntó Amisia, sentada en el borde de la cama. Su bello rostro estaba ahora blanco e hinchado por las lágrimas.

Maltote, de corazón blando, simplemente la miraba con compasión mientras admiraba cómo Ranulfo cuidaba de ella con delicadeza.

—Todo irá bien, te lo aseguro. Maese Cara Larga, *sir* Hugo Corbett, tiene mucha influencia en la corte. Dime, ¿tú hermano tenía alguna propiedad o vivienda en Inglaterra?

Ranulfo se hubiera arrancado la lengua, porque dónde si no iba a tener propiedades Rahere, pero Amisia no se dio cuenta. Ella cerró los ojos y se balanceó suavemente.

—Nosotros teníamos dinero —contestó— de la venta de la propiedad de mi padre, y Rahere siempre iba bien provisto de oro y plata.

—¿Y de dónde lo sacaba?

—Uno de los banqueros lombardos... Luigi Baldi. ¡Eso es! —Amisia abrió los ojos—. Luigi Baldi. Tiene tiendas en Londres, en Lothbury.

—Pues esto es lo que vamos a hacer —le dijo Ranulfo dándole confianza—. Tú irás a Londres y te alojarás con las franciscanas, una orden pequeña fuera de Aldgate. Mientras, yo visitaré a Luigi Baldi para asegurarme de que tu herencia está en buenas manos.

Ranulfo se iba contoneando al salir de la taberna.

—¿Puedes hacer eso? —le preguntó Maltote—. Rahere era un traidor. Deberían ahorcar su cuerpo y que la corona confiscara todos sus bienes. Lo sé —añadió con tono desafiante— porque *sir* Hugo me lo dijo.

—Una cosa es la ley —le explicó Ranulfo con arrogancia— y otra es *sir* Hugo. Ahora bien, maese Cara Larga puede parecer severo, con un corazón como un pedernal. —Ranulfo frunció los labios y sacudió la cabeza—. Pero, fíjate en lo que digo, una vez un hombre está muerto, no removerá el asunto. Es más, si su solución es la correcta, el rey le concederá lo que le pida. Lo que sea —Ranulfo cogió a Maltote por la manga—, nosotros los escribanos de la cancillería, tenemos considerable influencia en estos asuntos.

Después de comprar las provisiones regresaron al castillo, donde Corbett estaba de nuevo inmerso en sus garabatos, como lo llamaba Ranulfo. Se paró para comer algo de pan y queso y beber un poco de vino y volvió a su tarea. Ranulfo le preguntó

si podían dar una vuelta por el castillo. Corbett levantó su cabeza enmarañada y le dijo malhumorado que se quedara donde estaba. Maltote y Ranulfo estuvieron jugando a los dados un rato. Cayó la noche y el silencio se hizo en el castillo, salvo las llamadas de los centinelas en las almenas o algún que otro toque de campana. Ranulfo y Maltote se envolvieron en las capas y durmieron a trompicones. Cada vez que se despertaban, Corbett seguía sentado a la mesa, envuelto en un círculo de luz de vela, escribiendo frenéticamente o mirando fijamente, con la cara entre las manos, un trozo de pergamino.

Los dos se levantaron, con los ojos pesados, justo después del amanecer. Aunque Corbett estaba exhausto, empezó a interrogarlos respecto a diferentes detalles y volvió a la mesa para continuar con sus garabatos. Ranulfo y Maltote obtuvieron permiso para ir a la ciudad. Obedeciendo las órdenes de Corbett, se comportaron. Cuando volvieron, la mesa estaba recogida y Corbett estaba tumbado, profundamente dormido, sobre su cama. Se despertó justo después del mediodía, todavía perdido en sus propios pensamientos. Se afeitó, se lavó y se cambió, comió algo de las provisiones que había traído Ranulfo y luego les ordenó secamente que prepararan el equipaje.

—¿Volvemos a Londres, maese? —le preguntó Maltote esperanzado.

—No, no. ¿Vuestras alforjas están preparadas?

Tanto Ranulfo como Maltote asintieron con la cabeza. Corbett entregó a Maltote un paquete sellado.

—Vas a irte del castillo con Ranulfo. Cabalga lo más rápidamente posible a Lincoln. Tú, Ranulfo, solicita una audiencia con Enrique, conde de Lincoln. Lo encontrarás en el castillo de allí. Bien —dijo entregándole un rollito a Ranulfo—, dale esto. Dile que lo lea solo él. —Corbett se frotó los ojos—. Él, entonces, proporcionará a Maltote una escolta armada hasta Londres.

»Tienes que cabalgar como el diablo, Maltote, y entregarle el paquete al rey en su propia cámara en Westminster. Mientras, Ranulfo, pídele soldados al conde de Lincoln y ve a la abadía de Kirklees. Por su relación de vasallaje con el rey, la madre priora tiene obligación de acompañaros a ti y al conde de Lincoln, con las tropas que pueda reunir Lincoln, a Nottingham.

—¿Por qué la priora? —preguntó Ranulfo.

Corbett abrió la boca, luego sacudió la cabeza.

—No, cuanto menos sepas, mejor.

—¿Lincoln no pondrá objeciones? —preguntó Ranulfo, cauteloso a causa del duro conde, cuyo temperamento violento y blasfemias pintorescas eran conocidas incluso para el paje más humilde de la corte.

—El conde hará lo que le pido —mantuvo Corbett—. La carta y el escrito para la priora llevan el sello secreto real. Vendrán. Pueden poner objeciones, pueden implorar, pero vendrán. ¡Ahora, marchad! Y, Ranulfo, te agradecería que le pidieras a Peter Branwood y a Roteboeuf que se reúnan conmigo aquí.

—¿Qué va a suceder? —insistió Ranulfo.

—Haz lo que te digo —reiteró Corbett—. Has de estar de vuelta aquí dentro de tres días.

Ranulfo y Maltote se marcharon y, unos minutos después, *sir* Peter Branwood, Naylor, fray Tomás y Roteboeuf irrumpieron en la habitación.

—*Sir* Hugo, ¿deseabais verme? He pensado que debía traer a los demás de mi casa.

—Sí —murmuró Corbett—. Es mejor si os veo a todos. Creo —continuó— que sé cómo atrapar y matar a Robín Hood. —Percibió que Branwood miraba sorprendido.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó el vicegobernador—. ¿Habéis descubierto al traidor?

—No, no —replicó Corbett—. Creo que la solución a todos estos estragos del proscrito ha de ser militar. Estoy convencido de que la priora de Kirklees ha proporcionado consuelo y ayuda al proscrito. Ella ha de podernos dar información de su paradero. Ya veis —Corbett se inclinó—, Robín Hood tiene sin duda un cómplice en este castillo, pero puede ser cualquiera: un cocinero, un pinche, una criada o un soldado. Sin embargo, no estamos aquí para pescar peces pequeños. He llegado a la conclusión, *sir* Peter, de que la solución ha de ser militar. Le he pedido al conde de Lincoln que traiga a la priora aquí para interrogarla. Si obtenemos la información que necesito, os pediré a vos y al conde unir las fuerzas y sitiar al proscrito en el bosque.

—¿Cómo se puede hacer eso? —preguntó fray Tomás—. Sería como querer contener el mar.

Corbett sonrió con burla y se rascó la cabeza.

—Puede llevarnos semanas, padre, pero se puede hacer. *Sir* Peter, ¿vos habéis visto cómo avanza el ejército del rey por Escocia?

Sir Peter, con el rostro rojo por la excitación, asintió con la cabeza.

—*Sir* Hugo, creo que adivino lo que pretendéis. Mover fuerzas de un claro a otro, convirtiendo cada uno en una pequeña fortaleza.

—Exactamente —contestó Corbett—. Hasta el momento, toda expedición militar al bosque ha sido una visita. Esta vez las fuerzas acamparán allí. Haremos uso de los soldados de Lincoln, lo que queda del grupo de Gisborne y las fuerzas del castillo. *Sir* Peter, empezareis los preparativos ahora. Poned a toda la guarnición en pie de guerra. Estoy seguro de que maese Roteboeuf estará ocupado preparando las provisiones y maese Naylor formando a los hombres. Fray Tomás, sé que sois un hombre del pueblo. Confío en vos para escoger a aquellos que mejor conocen el bosque, los senderos y caminos secretos. —Corbett se puso en pie—. Lo intentaremos una vez más y si esto falla, *sir* Peter, regresaré a Londres para informar a su majestad de que vos y yo hemos hecho todo lo posible y que el asunto está ahora en sus manos.

Sir Peter se levantó.

—*Sir* Hugo, esta vez estoy de acuerdo con todo lo que habéis dicho. ¿Pero qué

me decís de la muerte de *sir* Eustace?

Corbett se mordió el labio.

—Creo que sé cómo murió *sir* Eustace. De alguna manera, le envenenaron el vino. —Echó una mirada alrededor—. ¿Y el doctor Maigret?

—En la ciudad, haciendo algún recado.

Corbett asintió con la cabeza.

—*Sir* Peter, ya está bien. Todos tenemos cosas que hacer. Ranulfo y Maltote le llevan los mensajes a Lincoln. Espero que el conde esté aquí dentro de tres días.

Corbett observó cómo se marchaban *sir* Peter y los miembros de su casa. Cerró con llave la puerta tras ellos, suspiró aliviado y se estiró en la cama ansioso por recuperar el sueño perdido.

Se despertó por la tarde y un paseíto por el castillo le permitió comprobar que *sir* Peter ya había empezado los preparativos. Los establos, herrerías y forjas estaban atareados. Se almohazaban los caballos, se reparaban las sillas de montar y se subían las provisiones desde las bodegas hasta las pequeñas dependencias de la muralla interior. Corbett iba deambulando sonriente cuando se deslizó por la puerta poterna, bajó por las escaleras de la cervecería hasta las calles calurosas y malolientes de Nottingham. Durante un rato anduvo por entre los tenderetes del mercado hasta que, confiado en que nadie lo observaba, se metió con rapidez por un callejón, cruzó la calle y tocó la campana del monasterio franciscano.

El padre prior no lo recibió muy bien.

—¡Los asuntos mundanos deberían quedarse puertas afuera del monasterio! —le espetó.

—Oh, no, padre, este monasterio está en el centro de mi mundo —replicó Corbett—. He de ver al padre William. Os lo pido con educación, pero si os negáis, haré uso de mi autoridad.

El prior hizo una mueca, pero enseguida accedió. Llevó a Corbett por los jardines hasta la celda del viejo proscrito. El padre William también recibió a Corbett con frialdad.

—¿Os marcháis a Londres, *sir* Hugo? ¿Habéis venido a despediros?

Los ojos del fraile mostraban cautela. Corbett vio que tan solo charlaba esperando a que el prior se alejara de la puerta de la celda.

—Volveré a Londres cuando haya atrapado al proscrito Robín Hood —contestó Corbett—. Y vos, hermano, me vais a ayudar.

El monje se sentó en un taburete.

—Yo soy un hombre de Dios. Los asuntos de este mundo no tienen que ver conmigo.

—Es la segunda vez que oigo esa observación —replicó Corbett—. Dios sabe que vos podéis ayudarme, hermano. —Corbett desenvainó la espada.

El hermano William abrió los ojos espantado.

—¿Qué es eso? —preguntó jadeante.

—Nuestro pasado nunca nos abandona —continuó Corbett sin alterar el tono de voz, dirigiéndose hacia atrás y de puntillas hacia la puerta—. Justo cuando creemos que todo son sombras algo surge y tropezamos. No quiero haceros daño, hermano, solo que... —Corbett abrió la puerta de golpe y colocó la punta de la espada bajo la barbilla del enorme jardinero que había allí. Corbett sonrió con burla—. ¿Por qué escuchas tras las puertas, Little John?

El enorme hombre, con su cabello gris como el hierro por los hombros, se quedó con las manos colgando a ambos lados, con los inmensos puños apretados por la frustración. La espada de Corbett no había vacilado y ahora la tenía junto al cuello. Detrás de él, Corbett oyó cómo se movía el hermano William.

—¡No hagáis ninguna tontería, hermano! —le gritó Corbett por encima del hombro—. Después de todo, vos sois un hombre de Dios. Y yo os juro, por el mismo Dios, que no pretendo haceros daño. Tú, Little John, eres un proscrito declarado. Cualquiera puede ir a por tu cabeza. Pero tenemos mucho de qué hablar, ¿no es así?

Los ojos azules y claros del gigante no se apartaban de la cara de Corbett y el escribano vio que no sabía si atacar o darse por vencido.

—No te voy a hacer daño, John —repitió Corbett suavemente—. Ven.

Le hizo una seña para que entrara. El gigante bajó la cabeza y los hombros y entró en la celda del hermano William.

Corbett se marchó al cabo de dos horas. Ni John ni el hermano William estuvieron amables. Se negaron a contestar a sus preguntas y se quedaron mirándolo fijamente, escuchando todo lo que decía. Finalmente, Corbett les había pedido pluma y pergamino: escribió una carta emplazándolos a ambos a comparecer ante él, como comisario del rey, en el castillo de Nottingham.

Corbett se pasó las horas siguientes observando cómo Branwood preparaba la expedición militar al bosque. El tiempo restante se había recogido, revisando sus teorías como cualquier buen escribano y preparando un memorando para someterlo al rey. Corbett intentaba ocultar su nerviosismo. Tan solo deseaba que Ranulfo pudiera llevar a cabo su trabajo y que Maltote consiguiera llegar hasta el rey.

Al día siguiente de que Maltote y Ranulfo se fueran de Nottingham, Corbett visitó a Amisia en la taberna y la interrogó con amabilidad. La encontró inteligente, lista e inocente de cualquier relación con los crímenes de su hermano. Escuchó divertido las promesas que Ranulfo le hizo en su nombre.

—Es cierto, señora —confirmó Corbett, poniéndose en pie—. Cuando vuelva al sur, será un honor para mí si os queréis unir a nosotros. Os aseguraremos un alojamiento seguro con las franciscanas. —Corbett regresó al castillo mientras le resonaban en los oídos las palabras de gratitud de la muchacha.

Más tarde, fue al funeral de Rahere y escuchó a medias cómo el sacerdote lamentaba la horrible muerte de ese forastero. Corbett observó cómo se llevaban el cuerpo al cementerio y acompañó a Amisia, deshecha en lágrimas y apoyada en el brazo de la mujer del tabernero, de vuelta a la taberna.

Corbett durmió muy mal aquella noche, sus sueños estuvieron plagados de pesadillas en las que se perdía en un bosque denso y sombrío donde los árboles tenían vida propia, lo perseguían, hasta que se despertó bañado en sudor. El resto del día se quedó en su habitación; examinó detenidamente las cosas que había cogido de la habitación de *sir* Eustace y casi gritó aliviado cuando oyó los chillidos de los centinelas y el sonido de muchos jinetes que entraban por la puerta central. Corbett se arregló y bajó al salón donde Ranulfo, cubierto de polvo, estaba ocupado acomodando lo mejor posible al viejo pero todavía fiero caballo de batalla que era el conde de Lincoln.

—¡Corbett, maldito escribano! —berreó el viejo conde, con su rostro feroz brillante de sudor y los saltones ojos azules mirando a Corbett como si lo hiciera responsable de cada golpe y magulladura del viaje—. Venga, hombre —le gritó el conde a Ranulfo—. Quiero algo de vino. ¡Hey, Branwood! —le bramó al gobernador cuando este entraba en el salón—. ¿No puedes con ese proscrito cabrón, eh? Santo Dios, que alguien me quite las botas. ¡Dios, mi culo está más dolorido que una doncella en su noche de bodas!

Corbett reprimió una sonrisa y aplaudió en silencio el alegre fanfarroneo del conde. Enrique de Lacey, conde de Lincoln, no era tonto, y Corbett captó su guiño malicioso.

—¿Habéis traído a vuestros hombres, señor?

—¡Un montón de cabrones holgazanes! Hombres de armas, algunos caballeros de mi casa y más arqueros que pelos tengo en el culo. Y creedme —rugió el conde entre risas—, ¡soy muy peludo! Id fuera, Corbett, y vedlo vos mismo.

Captó la indirecta y se fue a deambular por la muralla interior, donde hombres con la librea roja y verde del conde abarrotaban el patio.

—Maltote ha ido a Londres —murmuró Ranulfo, subiendo junto a él—. ¡Pero este viejo conde, maese! Maldice a todo el mundo y está borracho desde que entramos en Nottingham.

—Este viejo conde —replicó Corbett suavemente— es un viejo zorro, y yo creo que supone por qué está aquí. —Corbett sonrió ante la perplejidad de Ranulfo—. Espera un poco, Ranulfo, que todo se aclarará. Ah, por cierto, Amisia te manda saludos.

Volvieron al salón donde Lincoln había lanzado sus botas a un rincón. Mientras uno de sus escuderos intentaba ponerle en los pies suaves borceguíes, otro estaba empapado de agua, pues el conde se estaba lavando las manos y la cara y gritó pidiendo una copa de vino, cerveza, o algo para limpiar la suciedad de su garganta.

—Ah, por cierto —gritó Lincoln—, ¡esa priora de culo blando! Sabe Dios, es una perra presumida. También está aquí, Corbett. ¡Estaba a punto de desmayarse cuando la dejé, yegua tonta! ¿Acaso no había oído nunca blasfemar a un hombre?

Ranulfo hacía grandes esfuerzos por contener la risa, Corbett pensó que le iba a dar un ataque de apoplejía. Se marchó, mientras iba oyendo al viejo conde rugiéndole

a Branwood que no había viajado hasta Nottingham por un cuenco de estofado y que esperaba cenar bien esa noche. Cuando Corbett salió apresuradamente del salón, olió las sabrosas fragancias que provenían de la cocina y se dio cuenta de que Branwood estaba preparando un banquete para celebrar la cacería de Robín Hood.

—Esperad hasta que veáis a la priora —murmuró Ranulfo, todavía aguantándose la risa.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, ¿habéis oído la historia del escribano lascivo, la hija del molinero y la mujer del molinero?

—No, ¿por qué?

—Bueno —se echó a reír Ranulfo—, la priora sí. Lincoln insistió en explicar la historia, a voz en grito, con algunos aderezos de cosecha propia.

Lady Elisabeth Stainham había recuperado algo el porte cuando Corbett se encontró con ella en sus cómodas estancias situadas sobre la puerta central. Sin embargo, ella estaba temblando de furia, con el rostro pálido y los ojos llenos de maldad.

—Maese Corbett —dijo casi gruñendo.

—Señora, mi título es *sir* Hugo.

—¡Llamaos como queráis! ¡Presentaré mis quejas al rey por haber sido arrastrada fuera de mi convento y obligada a viajar hasta aquí en compañía de eso!

Señaló a Ranulfo.

—Ranulfo-*atte*-Newgate, señora.

—Sí. Y el conde, un maleducado...

—¿Os referís al primo del rey, Enrique de Lacey, conde de Lincoln, guardián del príncipe de Gales y el general de más éxito del rey en Gascuña?

La priora se mordió los labios al darse cuenta de que se había excedido.

—¿Qué queréis? —le espetó, arrellanándose en la silla.

Corbett le hizo una señal a Ranulfo con la cabeza.

—Por favor, espera fuera. —Miró a la joven monja que acompañaba a la priora—. Vos también. —Sonrió—. Mi criado conoce un montón de historias divertidas que pudieran interesaros.

Lady Elisabeth hizo ademán de volverse a levantar.

—¡Vos, señora, os sentaréis! —le ordenó Corbett—. Tengo que robaros un poco de tiempo. Si la primera vez que nos vimos me hubierais dicho a mí, el comisario del rey, la verdad, vuestro viaje y este encuentro no habrían sido necesarios. Si ponéis alguna objeción ahora, presentádsela al rey. Os aseguro que os pasaréis los próximos años a pan y agua en algún convento abandonado, en la otra punta del reino.

Ranulfo oyó estas palabras mientras cerraba la puerta. Estuvo tentado de escuchar, pues sabía que maese Cara Larga se encerraba con su presa. Sin embargo, la puerta era gruesa y la joven monja bastante bella. Ranulfo pronto consiguió que se riera tontamente del cuento de la mujer y la hija del molinero y el escribano lujurioso.

Una hora más tarde, Corbett abandonó la habitación con una sonrisa en los labios.

—Creo que vuestra priora os necesita —murmuró—. Tiene que deshacer el equipaje y prepararse para el banquete de esta noche. Y tú, Ranulfo...

Cogió a su criado por el codo y lo llevó escaleras abajo, susurrándole instrucciones respecto a lo que tenía que hacer esa noche. Luego Corbett volvió a su habitación, se preparó y, después de envolver algunas cosas en su capa, bajó al gran salón para lo que *sir* Peter Branwood llamaba con grandilocuencia su «banquete de la victoria».

El vicegobernador había hecho lo que pudo para transformar el salón. Habían limpiado el suelo, algunos tapices colgaban de las paredes y la gran mesa se había quitado de la tarima para acomodar a todos los de la casa de Peter Branwood, así como a De Lacey, Corbett, Ranulfo y la priora de rostro severo. Candelabros de pared chisporroteaban en la oscuridad, mientras que las mesas, cubiertas con manteles blancos, estaban bañadas por la luz de las velas. El cocinero de *sir* Peter había preparado un verdadero festín: cordero con aceitunas, venado real, gallina hervida y rellena de uvas, un pavo real aderezado, cuencos de ensalada, lucio con salsa de gelatina, verduras salteadas con mantequilla y los mejores vinos de las bodegas del castillo. Todos salvo Corbett comieron bien y bebieron en abundancia, aunque Lincoln vigilaba al escribano presintiendo algún misterio. Cuando los platos regresaron vacíos a la cocina, *sir* Peter se puso de pie e hizo un encantador discurso de bienvenida al conde de Lincoln, brindando por sus hazañas militares.

—Bueno, Corbett —concluyó Branwood sonriendo con ironía—, este gran proyecto es todo vuestro. ¿Qué proponéis?

—Una historia —empezó él, poniéndose en pie y mirando a su alrededor. Retiró su silla hacia atrás y se puso detrás, apoyándose en el respaldo—. Hace muchos años este reino estaba roto por una guerra civil. —Eché una mirada a De Lacey, que se removía incómodo—. Simón de Montfort, conde de Leicester, luchaba contra su majestad el rey. De Montfort tenía un sueño que se convirtió en una pesadilla de traición y deslealtad (la idea de que todos los hombres son iguales ante la ley). De Montfort fue derrotado, pero uno de sus seguidores, Robín de Locksley, mantuvo vivo el sueño, aunque matizado con ganancias personales. Robín se oponía a las rigurosas leyes del bosque y se convirtió en un proscrito en Sherwood, donde robaba a los ricos y ayudaba a los pobres. Luchó contra correos, caballeros, gobernadores, oficiales del bosque real, pero, por lo que sé, nunca levantó una mano contra un inocente, hombre, mujer o niño.

Corbett echó una mirada al grupo silencioso que estaba en la mesa. Branwood parecía confundido, Naylor melancólico, Roteboeuf tenía la cabeza entre las manos, Maigret, el médico, parecía estar medio dormido; pero fray Tomás escuchaba atentamente, lo mismo que el conde de Lincoln y la priora, que, a tenor de sus mejillas enrojecidas, había bebido bastante como para olvidar su preocupación. Corbett miró por el salón, donde estaban reunidos hombres de confianza de Lincoln y

caballeros de la casa. Ranulfo, que permanecía junto a la puerta, asintió imperceptiblemente, su cara se iluminaba con el candelabro que chisporroteaba sobre él. Corbett pudo leer en el rostro de su criado que Ranulfo tenía a otros con él esperando en la sombra. Corbett respiró hondo.

—Ahora, la fama de este proscrito se hizo ampliamente conocida y cuando nuestro rey vino al norte ofreció el perdón a Robín Hood. El proscrito aceptó y su banda se dispersó. Will Scarlett entró en un monasterio, Little John, su teniente, regresó a su pueblecito de Haversage, mientras que el amor de Robín, *lady Mary*, se refugió en un convento en Kirklees. Robín se fue a luchar a las guerras del rey en Escocia, pero se cansó de la matanza y escribió al rey pidiéndole que lo liberara de los deberes militares. Su majestad el rey, a quien siempre le había gustado ese granuja, otorgó el permiso a Robín para que volviera a casa y envió una copia del mismo a *sir Eustace Vechey* y *sir Peter Branwood*, gobernadores de Nottingham. Robín vino al sur con dos compañeros, William Goldberg y un hombre llamado Tomás.

—¿Dos compañeros? —preguntó fray Tomás.

—Sí, los menciona la carta de salvoconducto del rey.

—Todo eso lo sabemos —interrumpió Naylor—. Entonces, por alguna extraña razón, el proscrito no cumplió su palabra y volvió al bosque de Sherwood.

—¡Ah! —sonrió Corbett—. Os equivocáis. ¡Robín vino al sur para que lo mataran! Yo mañana no iré a la caza del proscrito, *sir Peter*, eso era una estratagema para protegerme hasta que llegara el conde de Lincoln.

Capítulo XII

Immediatamente estalló un clamor, pero el escribano se quedó callado. Finalmente, Lincoln levantó la mano haciéndole una seña para que prosiguiera.

—Oh, Robín de Locksley regresó —continuó Corbett, dando la vuelta y situándose detrás de la madre priora—. Visitó su casa solariega en Locksley, presentó sus respetos al viejo padre Edmundo, luego reanudó su viaje, ansioso por ver a *lady Mary* en la abadía de Kirklees. También esperaba que su hombre de confianza, Little John, lo estuviera esperando, pues habían acordado encontrarse allí. Sin embargo, en aquel solitario sendero del bosque, él y sus dos compañeros fueron atacados con premeditación. William Goldberg y el tal Tomás murieron inmediatamente. Robín escapó, pero recibió una herida mortal. Tal vez se escapó a rastras. En cualquier caso, sus asaltantes lo dieron por muerto. —Corbett le dio a la priora unos golpecitos en el hombro—. Sin embargo, el proscrito era fuerte como un roble. Consiguió llegar a la abadía de Kirklees pues la emboscada, sospecho, debió de ocurrir cerca de las puertas de la abadía donde John lo estaba esperando. Fue una suerte que estuviera allí, ¿no es así, señora?

La priora se encogió.

—Ahora bien —continuó Corbett—, nuestra priora me explicó cómo Robín había entrado cabalgando en Kirklees. Mintió. Robín no era un buen jinete, y debía ir caminando. También dijo que Little John iba con él. Otra mentira. El teniente del proscrito había acordado encontrarse allí.

—¿Así pues? —berreó Lincoln—. ¿Qué pasó entonces?

—El moribundo Robín fue llevado a Kirklees, a la casa del guarda, solitaria y aislada. ¿No es así, señora?

—Es cierto —contestó la priora, entrelazando los dedos con fuerza y bajando la mirada hacia la mesa—. El proscrito tenía una herida de cuchillo, que borboteaba en la garganta. Hice lo que pude.

Corbett echó una mirada alrededor de la mesa. Branwood parecía de mármol y tenía la boca bien abierta.

—¡Ranulfo! —llamó Corbett—. ¡Haced entrar a John!

Ranulfo entró en el salón con el enorme gigante moviéndose pesadamente como un oso tras él mientras que el hermano William cerraba la retaguardia. Naylor se puso en pie, echando la silla atrás de golpe.

—¡Ese hombre es un proscrito! —gritó, echando mano de su puñal—. ¡Hay que matarlo inmediatamente!

—Si volvéis a interrumpir esta reunión —espetó Corbett—, ¡haré que el conde de Lincoln os cuelgue de las vigas de este salón! Maese John, habéis oído lo que he explicado. ¿He dicho la verdad?

El gigante barbudo y andrajoso asintió con la cabeza. Incluso Corbett retrocedió al percibir el odio en los ojos del mastodonte.

—Robín se estaba muriendo —empezó con una voz sorprendentemente suave pero con un deje de campesino—. La monja tiene razón. Ella hizo lo que pudo pero, de nuevo, sabe Dios qué brebaje le dio a Robín. Después de beberlo, se puso algo más fuerte y pidió mi arco largo. —Los ojos del gigante se llenaron de lágrimas—. Se estaba muriendo y me pidió que abriera las contraventanas. Coloqué una flecha en la cuerda y le ayudé a que estirara hacia atrás. La disparó bien, y exactamente al otro lado del parque. —Little John hizo una pausa—. Robín se echó a reír. Sabía que su pariente la priora lo odiaba, pero no le podía negar un entierro cristiano. Robín me dijo que buscara dónde había caído la flecha y que lo enterraran allí. Después de eso, Marión —el gigante tosió—, *lady Mary*, subió corriendo. Robín se debilitaba. —Se encogió de hombros y se retorció las grandes manos—. Ya estaba. Cuando la luz se apagó, lo mismo hizo Robín. Durante un rato se durmió, murmurando cosas de los días en el bosque. Unas veces se echaba a reír, otras gritaba el nombre de Marión; una o dos veces el mío. Finalmente calló. *Lady Mary* estaba abatida por el dolor. Me incliné sobre la cama, los ojos de Robín estaban cerrados y su cara fría.

El hombre se rascó la barba. A pesar de su gran tamaño y sus dimensiones, parecía un niño recordando un accidente terrible.

—A la mañana siguiente salí. Me costó más de una hora encontrar dónde había caído la flecha y cavé una tumba. Ella —señaló con la mano a la priora—, ¡esa perra pretenciosa, se opuso! —Sonrió tristemente—. Pero yo la amenacé con romperle el cuello si se negaba. Terminé la tumba. Antes de morir, Robín me había susurrado algo respecto a los pobres William y Tomás, así que recorrí el camino de vuelta y encontré sus cadáveres. Los dos estaban muertos, con flechas en el cuello y en el pecho. Los estiré junto a Robín. La tumba era profunda y ancha. La llené de tierra y regresé al convento para consolar a *lady Mary*, pero estaba ida, fuera de sí por el dolor. Le dije a la priora que volvería de vez en cuando a comprobar aquella tumba. Nunca lo hice. No quería que me viera nadie. Por lo que respecta a *lady Mary*... — Little John se encogió de hombros.

—¡Está muerta! —interrumpió la madre priora—. Había puesto tantas esperanzas en el regreso de Robín. Después de su muerte, se consumió. No comía ni bebía, se perdía en sus propios sueños. —Sus ojos se abrieron de golpe—. Le dije a mi comunidad que se había ido con Robín y nadie supo la verdad. Sin embargo, no lo hice con mala voluntad. Robín se fue, y lo mismo el amor de su vida. La coloqué junto a él.

Corbett miró fijamente el rostro duro y tenso de la madre priora. Se preguntaba si no amaría en secreto a Robín y su odio fuera fruto de la indiferencia.

—¿A qué se refería Little John con lo del brebaje? —le preguntó.

La priora sacudió la cabeza.

—¿Por qué no informasteis al rey de la muerte de Robín? —le gritó Lincoln—. Después de todo, estaba bajo protección real, con salvoconducto.

—¿Cómo iba a hacerlo? —protestó la priora—. ¡A Robín lo habían matado cerca

de Kirklees! Habéis oído al canalla de Little John, era bien sabido que no me gustaba Robín. Después de todo —dijo mirando a Corbett—, ¡yo era una de las pocas que sabía que venía!

—Pensé en eso —añadió Little John—. Robín no supo quiénes eran sus asaltantes, solo dijo que iban encapuchados y con máscara. Me vine a Nottingham a buscar al hermano William, y entonces —continuó rascándose la cabeza— me empecé a preguntar: A Robín lo atacaron el 13 de diciembre; sus asaltantes debían estar esperándolo. Entonces comprendí que muchos sabían que Robín se iba de Escocia pero, en realidad, pocos podían seguir sus pasos. Tan solo el rey y sus escribanos en Westminster o alguien de aquí que hubiera recibido las cartas en las que se notificaba que Robín regresaba. Las únicas personas que lo sabían eran los gobernadores *sir* Eustace Vechey y *sir* Peter Branwood. Y, por supuesto, su escribano.

—Little John compartió sus temores conmigo —interrumpió el hermano William—. Yo también me asusté. Rogué al padre prior que diera a John un puesto de jardinero en nuestra casa y accedió. Escuché lo que John me había explicado y saqué dos conclusiones. O bien su majestad el rey, o bien alguien de Nottingham era el asesino. —El hermano William se quedó mirando fijamente a *sir* Peter Branwood—. El rey quería a Robín. No hubiera levantado su mano contra él de forma tan traicionera. Sabiendo esto, solo quedaba una posibilidad: alguien de Nottingham que sabía que Robín viajaba hacia el sur planeó la emboscada. Bien sabe Dios que en este condado había bastantes señores que odiaban a Robín. Primero pensé que su asesinato era un acto de venganza; luego empezamos a oír esas misteriosas historias de que Robín Hood había vuelto a la caza en los bosques de Sherwood, pero que esta vez era diferente. Ah, compraba el silencio de los aldeanos, pero este Robín era rudo, iba contra cualquier hombre, cruel con cualquiera que se opusiera a él, incluso mataba a los que antaño habían estado muy unidos a él. —El hermano William se limpió la boca con el dorso de la mano—. Por supuesto, me di cuenta de que no se trataba de Robín de Locksley, sino de alguien que utilizaba su nombre. —Extendió las manos—. ¿Pero qué podíamos hacer? Si intentaba protestar, ¿quién me creería? ¿Qué pruebas tenía? Y por lo que respecta a Little John, su estatura le impedía caminar por las calles de Nottingham. Así que los dos nos ocultamos en el monasterio donde nadie pudiera hacernos daño, porque ¿en quién podíamos confiar? Ni siquiera en vos, comisario del rey.

Corbett le dio unas palmadas en el pecho al gigante.

—¿Pero tú disparabas las flechas?

El rostro del gigante mostró una sonrisa sin dientes.

—Tres flechas de fuego —declaró Corbett—. Tu réquiem el día 13 de cada mes, la fecha en que Robín murió.

—Él las disparaba —intervino el hermano William—. Se deslizaba al exterior por una poterna y las soltaba en el cielo nocturno. Un recordatorio para los asesinos de

Robín en Nottingham, al mismo tiempo que una oración, repetida tres veces, de que Dios consolaría el alma de nuestros amigos muertos.

—Pero nunca supieron quién era el asesino —continuó Corbett—. Y ahí residía la maligna belleza de su plan. La madre priora no podía revelar la muerte de Robín. ¿Quién iba a creerla? Algunos incluso podrían acusarla de tener algo que ver en el asunto. Al fin y al cabo, era bien conocida la aversión que sentía por su pariente. Little John debía sospechar algo, pero era un proscrito y lo podían matar solo con reconocerlo. El hermano William no tenía pruebas y, tal como ha dicho, cualquiera de los antiguos compañeros que sospecharon algo tuvieron el mismo final que su amo. Bueno. —Corbett caminó enérgicamente mesa arriba—. Señor de Lincoln, quisiera a un hombre de armas a cada lado de *sir* Peter, de su escribano Roteboeuf y de maese Naylor.

Corbett desenvainó su puñal y se colocó detrás del fornido ujier. Branwood se desplomó en la silla. Roteboeuf parpadeaba como un conejo asustado, pero Corbett vio que Naylor metía las manos bajo la mesa.

—Por favor —le ordenó—, dejad las manos donde pueda verlas.

El ujier miró por encima del hombro. Los soldados de Lincoln lo rodearon. Naylor hizo de mala gana lo que Corbett le había dicho. Lincoln bramó algunas órdenes. Branwood, Naylor y Roteboeuf no ofrecieron resistencia y los despojaron de sus espadas.

—En el castillo —continuó Corbett—, Eustace Vechey debió de pensar que regresaba una pesadilla. Él había luchado contra Robín en los viejos tiempos. Ahora, el proscrito había vuelto, causando incluso más daño. Bien, yo no creo que el viejo gobernador supiera lo que había sucedido pero, como los estragos del forajido iban en aumento, sospechó que había un traidor en el castillo. Un hombre solitario y desconfiado como Vechey no se fiaría de nadie, pero cuando su mente empezó a divagar, también lo hizo su boca. Tal vez empezó a insinuar cosas; incluso su cara o sus ojos pudieron haberlo traicionado. Así que tenía que morir, y vos *sir* Peter, lo matasteis. ¡Lo mismo que a Robín Hood! ¡Y ocupasteis su puesto en el bosque de Sherwood!

—¡Eso es una tontería! —gritó Branwood, intentando imponerse—. Mi señor de Lincoln, el escribano desvaría. ¡Está absolutamente loco!

Las protestas de Branwood se contradecían con la expresión de su rostro y las gotas de sudor que le corrían por las mejillas. Uno de los caballeros de Lincoln lo agarró por el hombro y lo sentó de un empujón en la silla.

—No, *sir* Peter, sois un asesino —continuó Corbett sin alterarse y mirándolo fijamente desde el extremo de la mesa—. Vos odiabais a Robín de Locksley por antiguas humillaciones. Os sentó mal que aceptara la gracia del rey y sospecho que despreciasteis al mismo rey por haber mostrado tal clemencia con un hombre al que vos hubierais matado. Vos, junto con *sir* Eustace, recibisteis la carta de Westminster donde se decía que Robín regresaba a Nottingham bajo protección real. Os fijasteis

en las fechas, y planeasteis esa emboscada. Vuestros dos juguetes, Naylor y Roteboeuf, fueron los responsables. Estoy seguro de que cuando acabe mi historia, uno de los dos será lo bastante listo como para delatar a los cómplices y confirmar lo que digo. Vos matasteis a William Goldberg y al hombre que se llamaba Tomás. Vos disteis por muerto a Robín de Locksley.

—Tal vez al principio pensasteis que podríais dejar las cosas así, pero entonces os disteis cuenta de las oportunidades que se os presentaban. ¡Qué manera de vengaros del nombre y de la reputación del muerto! ¡Del rey mismo y, al mismo tiempo, hincharos los bolsillos! Y sería tan fácil. ¿Quién podría probar lo que habíais hecho? Todos, desde el rey en Londres hasta el más bajo siervo de Nottingham, creían que Robín de Locksley había vuelto a los viejos tiempos. Tal como he demostrado, tan solo otras tres personas sabían de su muerte. Una, un proscrito, al que no creerían y lo podían matar nada más verlo; luego había un monje, viejo y hastiado, encerrado en un monasterio, y una priora que odiaba a Robín.

—Pero eso es imposible —dijo Lincoln en voz alta—. ¿Cómo iba Branwood a moverse del castillo al bosque?

—Mi señor, por debajo de este castillo se extiende un laberinto de túneles y pasadizos que tan solo conocen unos pocos. A todos les preocupa que alguien pueda entrar furtivamente en el castillo por estos caminos secretos, pero también es cierto que estos túneles se pueden usar por gente que quiera salir del castillo, tal como descubrió *sir* Peter para su provecho. —Corbett dio un sorbo a su copa de vino antes de continuar—. He estudiado los ataques de los proscritos durante los tres últimos meses. No sucedieron cada día, sino una o dos veces al mes, el más provechoso resultó ser el de los recaudadores reales. En su papel de proscritos, *sir* Peter, Naylor y Roteboeuf abandonaban el castillo por los pasadizos secretos. Quizá de vez en cuando el escribano se quedaba detrás para encubrir las ausencias de su amo. Algunos túneles, según creo, van a parar a la ciudad, unos pocos bastante más allá de las murallas. En uno de esos pasadizos Branwood y Naylor debían cambiarse y vestirse de verde intenso, ponerse las capuchas y las máscaras e ir al lugar acordado en el bosque. Aquellos dos proscritos que maese Naylor hizo ver que capturaba me proporcionaron alguna idea de cómo los proscritos se debían reunir en cierto lugar cuando se les daban las señales. Tomemos como ejemplo el ataque a los recaudadores. —Corbett tamborileaba en el cinturón con los dedos—. A *sir* Peter no debió llevarle más que algunas horas. Naylor hizo el papel de Little John y la fulana de El Jabalí Azul el de Marión. Los bandidos se debieron agrupar, se dieron las órdenes y se atacó.

—¿Sostenéis que podíamos hacer todo eso? —dijo con desprecio Naylor.

—Oh, sí —replicó Corbett—. La fulana de la taberna no debía conocer vuestra verdadera identidad, simplemente debía hacer su papel. El resto de los bandidos debió ser convocado antes incluso de que los recaudadores salieran de Nottingham, seguidos de cerca por alguien de vuestra partida. La cabalgata de los recaudadores

debía ser más lenta que unos hombres que avanzaban a pie por el bosque. —Corbett entrecerró los ojos a la luz de la vela—. Willoughby dijo que lo habían capturado por la tarde y que se quedó dormido de noche. No son más de cinco o seis horas. Una vez estuvo dormido, masacraron a su séquito, el botín se repartió y Branwood regresó al castillo. —Corbett señaló con el dedo a Roteboeuf—. Tal vez vos os quedasteis para poder ofrecer explicaciones por la ausencia de *sir* Peter, afirmando que estaba en su habitación o en la ciudad. De todas formas, ¿quién iba a percatarse? ¿El padre Tomás ocupado con su parroquia? ¿El pobre Vechey, inquieto y confundido? ¿O Lecroix, tonto y preocupado por su amo?

—Pero seguramente —interrumpió fray Tomás— reconocerían a Branwood.

—Oh, vamos, padre. Una máscara y una capucha, la voz deliberadamente cambiada. Las mínimas palabras. Después de todo, ¿no me dijisteis vos mismo que el proscrito se os había acercado en vuestra propia iglesia? ¿Sospechasteis?

Fray Tomás sonrió y sacudió la cabeza en señal de negación.

—No, por supuesto que no, padre —continuó Corbett—. En vuestra mente, Robín seguía vivo. ¿Y quién iba a sospechar que el vicegobernador, recto y cumplidor de las leyes, era en realidad el proscrito? ¿La fulana de la taberna? Bueno, ella representaba su papel. Mañana por la mañana ella y su padre se despertarán y verán que los hombres de mi señor de Lincoln están registrando todos los rincones y grietas de su casa.

—¿Vechey sospechaba algo? —preguntó el padre Tomás.

—¡Oh, no! Estaba demasiado ocupado intentando dar caza al traidor del castillo que proporcionaba información vital a los proscritos. Branwood planeó su muerte con habilidad. —Corbett tiró del bulto que tenía debajo de la silla y sacó una toalla sucia—. ¿Recordáis, doctor Maigret, dónde habéis visto esto últimamente?

—¡Pues, sí! —gritó el médico, asomándose del otro lado de la mesa—. Es la que había en la habitación de Vechey. La usó para secarse la boca.

—¡No, no lo hizo! —replicó Corbett—. Cuando *sir* Eustace subió a su habitación llevaba una copa de vino. Bebió unos sorbos y luego él y Lecroix comieron algunos dulces. Después, *sir* Eustace se lavó las manos y la cara. Cogió una toalla, se secó y se retiró a la cama. —Corbett se mordió el labio y miró fijamente a Branwood—. Pero ambos sabemos, *sir* Peter, que la toalla que usó Vechey tenía una capa del veneno más fuerte que pudisteis comprarle a la bruja Hecate: belladona. Oh, sí, conozco el caso de una mujer, en Italia, que sumergió una de las camisas de su marido en ese brebaje y lo mató. Naturalmente, Lecroix no debió usar la misma toalla que su amo; me pregunto si era eso a lo que se refería Lecroix con sus últimas palabras antes de morir. ¿Las recordáis, Maigret? «Mi amo era limpio».

—Sí, me acuerdo —replicó—. Y tenéis razón, *sir* Hugo. Vechey debió de irse a la cama con los labios y las manos cubiertos de esa mortal sustancia.

—Ah, pero lo que debió facilitar —continuó Corbett— era que *sir* Eustace tenía llagas en la boca. Estas debieron de propiciar que el veneno le entrara directamente

en la sangre y otros humores. Esa toalla, *sir Peter*, fue vuestro mayor error. A la mañana siguiente, vos y los demás subisteis a ver la habitación de *sir Eustace* y, durante la confusión, cambiasteis una toalla manchada por otra. Fuisteis muy astuto. La toalla que colocasteis tenía manchas de vino y de dulces, incluso de sangre, como si a *sir Eustace* se le hubieran abierto las llagas. Ahora bien, doctor Maigret — Corbett le tendió la toalla—. Acercad una vela. Examinad la toalla que dejaron en la habitación de *sir Eustace* y, teniendo en cuenta lo que os he dicho, ¿qué es lo que resulta extraño?

Maigret hizo lo que le pedían. Primero sacudió la cabeza como negando, pero luego levantó la vista sonriendo.

—Por supuesto —dijo—. Hay manchas de los dulces y marcas de sangre, pero están bastante separadas. Las manchas de sangre están a distancia de las otras señales. Deberían estar juntas, incluso mezcladas.

—¡Exactamente! —replicó Corbett, cogió la toalla y se la lanzó a Lincoln—. A esa conclusión llegué yo cuando la volví a examinar.

—Pero —replicó Maigret—, *sir Peter* también se encontró mal.

—Oh, creo que eso se debe a una de estas dos razones. Recordad que *sir Peter* no se dirigió a vos hasta que ya se había descubierto el cuerpo de *sir Eustace*. *Sir Peter* debía querer presentarse como una posible víctima o quizás es que se había impregnado él mismo, o creía que así era, con el brebaje de la toalla envenenada. — Corbett hizo una mueca—. ¿Quién había de sospechar? Branwood debió dejar la toalla allí antes de que comenzara el banquete. Dentro de aquella habitación, era la única cosa que Vechey no compartiría con Lecroix, un simple criado.

—Lo que decís es cierto, *sir Hugo*. —Fray Tomás alzó la voz—. Yo me acuerdo de aquella mañana. *Sir Peter* vino a la habitación de Vechey con los guantes puestos. Estoy seguro —concluyó con rotundidad— de que los guantes, junto con la toalla envenenada, ardieron en alguna hoguera.

—¿Y Lecroix? —preguntó Maigret.

—Ah, bueno, él tenía que morir. Existía el peligro de que se hubiera dado cuenta de alguna cosa o de que Vechey lo hubiera hecho partícipe de sus sospechas. Ahora bien, ¿recordáis, *sir Peter*, que os pregunté por qué Lecroix se habría de colgar en las bodegas? Vos dijisteis que porque el castillo estaba siendo atacado, porque Lecroix hubiera ido a buscar más vino; después de todo, encontramos un barrilito de vino espitado. Por supuesto, ahora lo veo de otra manera. En el castillo había mucho vino y la bodega, con sus trampillas secretas y sus pasadizos, sería el último lugar al que iría si se quisiera esconder. Lecroix no era tan estúpido como parecía. Pudiera ser, incluso, que estuviera buscando el pasadizo secreto que conduce al exterior del castillo. Tal vez sospechaba cuál era la verdad, después de investigar la muerte de su amo, y llegara a la conclusión de que podría descubrir lo que habían robado los forajidos. Dicho de otro modo, mi señor de Lincoln, si su majestad quiere recuperar sus contribuciones, estoy seguro de que se encontrarán en algún lugar de las bodegas

o de los pasadizos de este castillo. —Corbett hizo una pausa y miró fijamente a Branwood, que se había rehecho y le devolvía una mirada glacial—. El resto —dijo Corbett mirando al techo— fue sencillo. Nosotros entramos en el bosque, pero vos ya habíais enviado órdenes y nos condujisteis a aquella emboscada. Lo mismo vale para el pobre Gisborne. —Corbett sonrió con tristeza—. Aquel día reinó el caos por doquier. Yo partía hacia Kirklees. Vos, *sir Peter*, estabais furioso con Gisborne e ibais de un lado a otro con prisas, de manera que nadie podía saber realmente lo que estabais haciendo. Naylor y Roteboeuf se quedaron para continuar la farsa, mientras que vos os escabullisteis por los túneles, reunisteis a los bandidos y Gisborne cayó en la trampa. —Corbett miró al conde de Lincoln, que estaba sentado y escuchaba fascinado—. Señor, vos dudasteis que alguien del castillo pudiera entrar en el bosque y regresar. Nottingham es una ciudad pequeña. Uno se encuentra fuera de las murallas en veinte minutos, aunque se haya cabalgado por las calles llenas de gente. ¿Podéis imaginar lo rápido que debe ser alejarse por un pasadizo secreto? ¿Quién sabe? Tal vez podamos encontrar uno de los túneles. Calculo que saliendo por las bodegas del castillo, *sir Peter* debía llegar al corazón de Sherwood, planear una emboscada, llevarla a cabo y estar de vuelta en el castillo, con solo ausentarse cuatro o cinco horas. ¿Quién habría de enterarse? *Sir Eustace*, en vida, era un hombre destrozado, y además siempre estaba Roteboeuf, con el don de la ubicuidad, dispuesto a decir que *sir Peter* había salido aquí o allá. Y, para que se complicara todavía más el misterio, algunas veces Branwood no iba y enviaba a Naylor en su lugar, para enturbiar aún más el asunto.

Corbett se sentó y miró a su alrededor. Nunca había visto gente tan quieta, una audiencia tan receptiva.

—Mi historia ya está casi acabada —advirtió en voz baja—. Un plan inteligente aunque se tambaleaba desde el inicio. Cuando puse por escrito lo que me había sucedido empecé a detectar un patrón. —Corbett fue enumerando con los dedos los diversos puntos—. Primero, el ataque al castillo el primer día que estuve aquí. ¿Cómo podían saber los bandidos en qué habitación estaba? Segundo, aquella emboscada en el bosque de Sherwood. ¿No resultaba extraño que aquellas flechas no nos alcanzaran a ninguno de nosotros? Branwood y Naylor tuvieron que ponerme a salvo porque matar a un comisario real hubiera sido llevar las cosas demasiado lejos. —Corbett paró y miró la mesa. Estaba seguro de que Branwood estaría casi riendo—. ¡Os colgarán! —observó—. Sois un traidor y un asesino, al igual que Naylor y Roteboeuf y todos los que os ayudaron.

Las duras palabras de Corbett tuvieron el efecto deseado. Roteboeuf, con la cara blanca y demacrada, se puso en pie de golpe, tirando la silla al suelo. Los soldados de Lincoln se le acercaron.

—¡Es cierto! —chilló.

—¡Callad! —gritó Branwood.

—¡Oh, por Dios! —se quejaba Roteboeuf mientras luchaba entre los brazos de los

soldados—. *Sir Hugo*, yo soy un clérigo. Exijo el fuero eclesiástico y lo confesaré todo, daré nombres y fechas. —Se detuvo y miró a Corbett suplicante.

—Se recomendará clemencia real —contestó él en voz baja.

—¡Calla, cabrón mentiroso! —rugió Branwood—. ¡Cobarde llorón!

Sin embargo, Roteboeuf, alentado por las palabras de Corbett, se echó de rodillas.

—¡Es verdad! —sollozó—. Branwood odiaba a Robín Hood. Estaba obsesionado con el proscrito. Encontró los túneles que salían del castillo. Él, Naylor y yo mismo los usamos con frecuencia para ir hasta allí. *Sir Eustace* no llegó a sospechar nunca nada. Luego, a finales del otoño pasado, justo después de la festividad de Todos los Santos, llegaron las cartas referentes a que Robín de Locksley abandonaba los ejércitos del rey en Escocia y Branwood ideó el plan. Salimos del castillo por una ruta secreta, encapuchados y enmascarados. Los dos compañeros de Locksley murieron en el acto, a Robín lo dimos por muerto. —Roteboeuf se lamió los labios—. Teníamos prisa, nos asustaba estar tan cerca de Kirklees. Le cogimos todo lo que llevaba, incluso su anillo con el sello. Al principio, Branwood se sintió satisfecho sabiendo que el proscrito estaba muerto. Falsificó unas cartas para su criado con el sello que le había robado a Robín para quedarse con lo poco que había en Locksley y venderlo.

Roteboeuf estaba a punto de continuar, cuando Naylor se precipitó por la mesa, cogió un cuchillo y, rugiendo con rabia, intentó clavárselo. Le arrancaron el cuchillo de la mano. Cuando Lincoln dio la orden, a Naylor le estiraron los brazos hacia el respaldo de la silla y se los ataron. Roteboeuf siguió explicando cómo Branwood había ideado el plan para hacerse pasar por Robín Hood; lo fácil que había resultado penetrar en el bosque y reclutar a los muchos proscritos que hay allí; cómo él y Naylor hablaban en su nombre; cómo habían planeado el ataque a los recaudadores de contribuciones y otras emboscadas del mismo tipo; cómo *sir Eustace*, al principio, no se había dado cuenta de nada, pero luego había empezado a sospechar que había un traidor en el castillo, por lo que Branwood había decidido matarlo.

—Mataron a otros —sollozó Roteboeuf—. El único problema eran esas flechas encendidas que soltaban el día 13 de cada mes. Branwood sospechaba que alguno de los antiguos compañeros de Robín sabía la verdad, así que empezó a sembrar la muerte entre todos los forajidos que se le oponían. Él mató a Vechey. Naylor mató a Lecroix, Hecate y al joven de la taberna, el maestro de adivinanzas; *sir Peter* creía que era otro espía. ¡Juro que esta es la verdad! —gritó con ojos enloquecidos—. ¡Juraré lo mismo ante los jueces reales!

Lincoln se levantó.

—*Sir Peter* Branwood, vicegobernador del rey en Nottingham, os pregunto solemnemente, ¿podéis presentar algo en defensa de tales alegaciones?

Branwood levantó la cara que tapaba con sus manos.

—¿Defensa? —susurró—. ¿Defensa, vos, viejo tonto, borrachín? ¿Contra qué? ¿Por matar a un proscrito y hacer lo que él hacía? Después de todo, si el rey puede

perdonar a Robín de Locksley y hacer que entre en la cámara real, ¿por qué no puede perdonarme a mí? —Se giró y lanzó una mirada a Corbett—. ¡Valía la pena! —gruñó—. Derroté a aquel proscrito con su fanfarroneo, su verde intenso y su amor por los hombres corrientes. Cometí dos errores. ¡No, tres! Tenía que haberle cortado la cabeza como hice con el tonto de Gisborne. Tenía que haber matado a Roteboeuf. Y sobre todo, Corbett, ¡os tenía que haber matado a vos!

Lincoln caminó a lo largo de la mesa y llamó a sus soldados.

—¡Haced que se ponga en pie!

Los soldados tiraron de Branwood para que se levantara. Le escupió desafiante a Lincoln, este le cruzó la cara de un golpe, y luego le sacó el collar de mando que llevaba colgado del cuello.

—*Sir Peter Branwood*, ¡sois un ladrón, un asesino y un traidor! Os arresto por alta traición, ¡lo mismo que a vos, Naylor! En cuanto a vos —miró con desdén a Roteboeuf que estaba arrodillado y sollozaba—, seréis detenido hasta que se conozca la voluntad real. *Sir Hugo*. —Miró a Corbett—. *Sir Hugo*...

Corbett dio la vuelta a la mesa y se quedó observando a Branwood, que lo miraba desafiante a pesar de su aspecto desaliñado y de la contusión que le salía allí donde Lincoln le había golpeado.

—Os equivocáis, Branwood —murmuró Corbett—. Robín de Locksley era un proscrito, pero también era un soñador, un idealista. Sentía un amor verdadero por el hombre común, mientras que vos sois un asesino silencioso, un ladrón y un traidor torpe. Utilizasteis vuestro cargo para matar a sangre fría y para robarle dinero al rey. ¡Dios me perdone! ¡Sois el único hombre a quien deseo ver muerto!

—¡Lleváoslos! —ordenó Lincoln.

Los soldados se llevaron a los tres prisioneros a empujones, mientras Lincoln iba al extremo de la mesa y llenaba las copas de vino. Le llevó una a Corbett y se la colocó al escribano en las manos, luego mandó a sus soldados que sellaran las puertas del salón. Entonces echó una mirada a los que estaban allí reunidos.

—Robín de Locksley está muerto. Se merecía un final mejor, lo mismo que los otros a quienes Branwood mató tan fríamente. El traidor será juzgado por la magistratura en Westminster y su juicio será muy breve. A los demás, se os ruega que mantengáis en silencio lo que habéis visto y oído esta noche. —Dio un sorbo a la copa de vino—. Aunque creo que la verdad se conocerá pronto.

Lincoln echó una mirada por el salón en penumbra.

—El rey debe venir aquí —murmuró—. ¡Hay que purgar y limpiar este lugar! —Llamó a uno de sus caballeros, le susurró algo y luego miró a la madre priora—. Señora, os daremos la escolta adecuada para que volváis a vuestro convento mañana por la mañana. Little John, os sugiero que os quedéis en el monasterio con el hermano William hasta que lleguen las cartas con el perdón. Por lo demás —se encogió de hombros—, doy por terminada la reunión. Todos pueden marcharse.

Corbett y Lincoln observaron cómo iban saliendo todos del salón, todavía

sorprendidos y abatidos.

—Probablemente tengáis razón, Corbett —murmuró Lincoln—. Encontraremos muchas cosas en la bodega. Tal vez mañana visite Sherwood yo mismo y les haga recordar algunas cosas, ahora que se han quedado sin jefes.

—¿La taberna El Jabalí Azul? —preguntó Corbett.

Lincoln sonrió con ironía.

—Mis ujieres se encontrarán allí con vos antes del amanecer. Pero, Hugo, escuchad. ¿Por qué os habló Roteboeuf de Scarlett?

—No podían tocar al viejo proscrito —contestó Corbett—. Era cauto y lo protegía la Santa Madre Iglesia. Así que Branwood se la jugó. Me dieron el nombre de Scarlett para ver si el viejo sabía algo, y para que me lo describiera como un gobernador recto. —Se encogió de hombros—. Scarlett no sabía gran cosa, pero entreví a aquel jardinero enorme y empecé a hacerme preguntas. ¿Era Little John? y, si lo era, ¿por qué se escondía? Si Branwood hubiera sabido que estaba allí, nunca me habría enviado.

—Un hombre implacable —murmuró Lincoln.

—Sí —contestó Corbett—. Decidido a ejercer los dos papeles. Incluso sacrificó a su escudero Hobwell para continuar la farsa. Todo era una farsa —murmuró—. La madre priora se vio implicada en ella involuntariamente: no podía explicar la muerte de Robín ni la de Marión, así que hizo ver que ambos habían huido de nuevo a Sherwood. Los estragos que Branwood llevó a cabo allí no hicieron más que corroborar su historia.

—Bueno, se acabó —afirmó Lincoln—. Branwood irá encadenado hasta Westminster. ¿Queréis una escolta hasta Londres, Hugo?

Corbett sacudió la cabeza en señal de negación.

—Ranulfo y yo estamos a salvo. Además, he de volver a Locksley. Allí hay un hombre, un viejo sacerdote, a quien hay que explicarle la verdad.

Epílogo

El mercado de Smithfield, en Londres, ya estaba lleno de gente y el día era caluroso incluso antes de que las campanas del cercano monasterio de San Bartolomé tocaran para la misa de la mañana. La muchedumbre se apiñaba, pero no para ir a los tenderetes y puestos, pues se habían retirado todos. A la multitud le atraía el enorme y negro cadalso instalado en el centro de la plaza del mercado, se sentía fascinada por las llamas que saltaban del caldero macizo de cobre y por el siniestro verdugo con máscara roja. En un rincón del cadalso se había instalado un poste enorme, una horca con una cuerda larga colgando; el aprendiz del verdugo estaba instalando una escalera estrecha, preparada para la siniestra ceremonia que estaba a punto de comenzar.

Corbett estaba presente, y Ranulfo a su lado. Maltote se había presentado voluntario para cuidar de los caballos en el cercano monasterio de San Bartolomé. Todo Londres, incluso los grandes barones y las damas, vestidos elegantemente con sedas y ropas caras, había luchado por un buen sitio. Corbett tan solo estaba allí por expresa orden del rey.

—¡Veréis cómo muere el cabrón! —había rugido Eduardo—. ¡Seréis mi testigo! ¡Y morirá!

El escribano levantó la cara para que le diera la fresca brisa de la mañana. Corbett odiaba las ejecuciones. Tan solo deseaba poder recoger su caballo y cabalgar por el Barbican hacia el norte, en dirección a su casa solariega de Leighton. Sin embargo, el rey insistió mucho. A Naylor ya lo habían retirado y descuartizado: sus miembros, engrasados, colgaban ahora de las murallas de la ciudad de Nottingham como si fueran una advertencia para todos los aspirantes a malhechores. Roteboeuf tuvo más suerte: había suplicado el fuero eclesiástico y delató a un cómplice, así que le concedieron el perdón con una condición. Se le negó comida o bebida, o cualquier posesión, y se le ordenó caminar descalzo hasta el puerto más cercano. Desde allí se exiliaría y tendría prohibida la entrada en Inglaterra bajo pena de muerte. Su amo Branwood fue juzgado ante una comisión especial de magistrados. El que fuera vicegobernador confesó, no sin arrogancia, todos sus crímenes y se burló abiertamente del rey. Aceptó pasivamente la sentencia del magistrado del tribunal supremo de que «fuera llevado a un legítimo lugar de ejecución y allí, a una hora determinada por el tribunal, lo colgaran por el cuello, fuera cortado mientras estuviera vivo, su cuerpo rajado y destripado, su cabeza cortada de golpe y sus miembros cuarteados. Su cabeza había de colgar del Puente de Londres y los trozos de su cuerpo se habían de enviar a cuatro ciudades principales del reino».

Corbett abrió los ojos.

—¡No me importa lo que dijera el rey! —murmuró por lo bajo—. ¡Cuándo Branwood esté aquí, yo me voy!

Ranulfo sacudió la cabeza distraído. Pensaba en la voluptuosa Amisia, que ahora

era una residente medianamente rica del convento de las franciscanas, y sobre todo en los elogios exagerados que el rey hizo a su trabajo descifrando el código de los franceses. Ranulfo cerró los ojos y murmuró una oración, algo poco frecuente en él. Tan solo deseaba que Corbett tuviera razón. Lo único que podía hacer era esperar. El rey, ante la insistencia de Corbett, había cerrado todos los puertos y había restringido el paso marítimo desde y hacia Francia. De este modo, Felipe no sabría nunca si Achitophel había tenido éxito o no. Sin embargo, las noticias que venían de París revelaban que algo estaba a punto de suceder. Jacques de Chatillon, el tío de Felipe y comandante de los ejércitos franceses en Flandes, había realizado una visita rápida al Palacio del Louvre, según uno de los espías de Corbett. Ahora ya estaba de vuelta en la frontera francesa. Los aliados de Eduardo en Flandes, los alcaldes y burgueses importantes de algunas de las ciudades flamencas, empezaban a informar del movimiento de tropas francesas. Sin embargo, pocas noticias venían de Courtrai. Eduardo había guardado el secreto todo lo que había podido, sus espías en Flandes informaban de poca o ninguna actividad en esa región.

Ranulfo levantó la vista cuando de repente la muchedumbre se puso a rugir. Una procesión macabra, vestida de negro y precedida por una explosión de trompetas, entró en la plaza del mercado. Ranulfo entrevió las plumas negras que se balanceaban sujetas entre las orejas de los caballos. Dos verdugos vestidos de negro, un montón de funcionarios de la ciudad detrás, apiñados alrededor de la valla de cuero de buey a la que se había sujetado a Branwood. Delante iban arqueros reales, abriéndose paso a golpes. La procesión se detuvo al pie del cadalso. Branwood no iba atado y seis torturadores que lo precedían, vestidos como diablos, lo empujaron escaleras arriba.

Corbett echó una mirada, pero Branwood estaba irreconocible, tenía el cabello y la barba desaliñados. Su cuerpo mostraba una herida abierta desde el cuello a la entrepierna. Dos de los torturadores lo empujaron hasta la barandilla del cadalso para que la muchedumbre lo viera, luego lo devolvieron a la escalera y a la sogas que le esperaba.

—Ya he visto suficiente —susurró Corbett.

Seguido por Ranulfo, se abrió paso entre la gente hasta la fresca oscuridad de la arcada del monasterio de San Bartolomé, donde Maltote, con el rostro pálido, esperaba sujetando las riendas de los caballos.

—¡Venga! —instó Corbett.

Montaron y se pusieron en camino. Corbett intentaba protegerse de la visión de una figura que se sacudía en el extremo de una cuerda, mientras los tambores empezaban a redoblar con su sonido fúnebre. A los pocos minutos se había alejado de la plaza del mercado, abriéndose camino por entre las estrechas callejuelas, hacia Aldersgate. Finalmente Corbett refrenó.

—Todo ha terminado, Ranulfo —susurró, inclinándose para darle a su caballo unas palmaditas en el cuello—. Cabalgaremos hasta Leighton. *Lady Maeve* nos está esperando.

—¿Y el tío Morgan? —interrumpió Ranulfo.

Corbett se frotó un lado de la cara.

—¡Oh, sí, no podemos olvidarnos del querido tío Morgan!

—¿Y después de eso, maese?

Corbett esbozó una media sonrisa.

—Eres libre de volver a Londres. Creo que me quedaré en Leighton a ver qué noticias llegan del otro lado del canal. —Cogió a Ranulfo por la muñeca—. Pero, pase lo que pase, por Navidad, Ranulfo, tú serás un hombre con fortuna, un escribano real, listo para subir los grasientos escalones del ascenso real.

El mismo día en que Corbett cabalgaba hacia Leighton, el ejército francés marchaba sobre la ciudad de Courtrai. Felipe creía que ninguna fuerza podría resistir a la flor y nata de la caballería francesa: una falange tras otra de caballeros bien armados, columnas de hombres de armas y apretadas filas de arqueros genoveses. Los franceses estaban seguros de su éxito. Ellos, la caballería de Europa, el mejor ejército de la cristiandad occidental, atropellarían a los sencillos artesanos, tejedores y burgueses de Flandes. Ese mismo día al anochecer, Felipe y todos los grandes señores de Europa se sorprendieron al oír que ese ejército ya no existía. Los franceses habían atacado, pero los flamencos los estaban esperando. Los caballeros de Felipe cargaron valientemente, una y otra vez, intentando abrir brecha en las cohortes de infantería flamenca con sus picas largas y espadas cortas y afiladas. Courtrai resultó una derrota para Felipe, y lo que quedó de su ejército huyó a toda prisa al otro lado de la frontera. Lo único que podía hacer el rey francés era arrodillarse ante la estatua de su antecesor canonizado y preguntarse, con amargura, qué era lo que había ido mal.

En los alrededores de Nottingham el bosque estaba silencioso, era como un mar verde bajo el cielo que se oscurecía. Hoblyn el bandido se puso en cuclillas debajo de las ramas extendidas de un gran roble, sus ojos no se apartaban nunca del camino.

Los tiempos habían cambiado, pero Hoblyn ya pasaba de los cincuenta y seis, se lo tomaba con calma. De joven había hecho lo que le daba la gana, con Robín Hood. Cuando el jefe de los bandidos aceptó el perdón real, Hoblyn intentó ir por el buen camino, pero le costaba seguirlo. Había vuelto al bosque, mataba el venado del rey, tenía cuidado con los oficiales del bosque real y buscaba a algún que otro viajero desprotegido.

Luego Robín había vuelto y Hoblyn se había reunido con la banda. Al igual que los demás, se había cuestionado el motivo de algunas de las acciones de Robín, pero no veía la necesidad de preguntárselo. Robín siempre era un misterio. Era el hijo de Herne, el Cazador, y se entremezclaba con los árboles y hablaba a los pájaros y a los animales al igual que a los duendes y geniecillos que se escondían en el bosque.

Ahora Robín se había vuelto a marchar. Algo horrible había sucedido en Nottingham. Las cervecerías se llenaban de chismorreos: cómo Robín había matado al gobernador; cómo se había vengado del malvado ujier del gobernador, John Naylor; cómo Robín había huido, pero un día volvería... Hoblyn no lo entendía. Lo único que sabía era que el bandido y sus capitanes se habían ido. El cuerno no volvería a sonar llamándolo para una reunión o para que le susurraran instrucciones.

Hoblyn se encogió de hombros y escupió. No le importaba. Estaba seguro de que Robín volvería. Se puso en guardia al oír el tintineo de unos arreos, el suave ruido de unos cascos. Por una curva del camino del bosque venía un jinete solitario. Hoblyn se asomó por la oscuridad reinante y sonrió con burla. Por lo que se veía, el viajero era un sacerdote bien alimentado. Hoblyn se escurrió la máscara por encima de la cara, se echó la capucha adelante y se apresuró medio en cuclillas hasta el borde del sendero. Colocó una flecha en la cuerda del arco, esperó hasta que el jinete estuviera casi encima de él y se echó al camino. Hoblyn tiró de la cuerda del arco hacia atrás, la flecha afilada apuntó directamente al pecho del sacerdote.

—¿Qué quieres? —gritó el clérigo, todo confundido, tirando de las riendas.

—Bien, de entrada, el odre que lleváis colgado de la silla.

El cura lo soltó y el odre cayó al suelo de un porrazo. Hoblyn se movió ligeramente hacia la derecha.

—Y la bolsa que se balancea del cinturón. ¡Tened cuidado! —le mintió—. ¡Hay un buen grupo a cada lado del camino!

El cura se lamió los gruesos labios y se quedó mirando en la oscuridad. Oyó un crujido y un susurro en la maleza y, farfullando con miedo, desenganchó la bolsa y la dejó caer.

—Soy un sacerdote —balbuceó—. ¡Trabajo para Dios!

—¡Yo también! —replicó Hoblyn—. Distribuyendo la riqueza de Dios entre los pobres. ¡Podéis seguir cabalgando, padre!

El sacerdote recogió las riendas de su caballo en las manos. Hoblyn se hizo a un lado para dejarle pasar.

—¿Quién eres? —soltó el sacerdote, observando a la figura enmascarada y encapuchada.

Hoblyn sonrió.

—¿Cómo, no lo sabéis? Esto es Sherwood. ¡Decidle a vuestros amigos que Robín Hood ha vuelto!

Nota Histórica

La batalla de Courtrai fue, tal como se describe en esta novela, un gran desastre para Felipe IV y un precedente de aquellas grandes derrotas del siglo XIV en las que grupos de caballeros se veían castigados por una infantería formada con campesinos disciplinados, bien armados y decididos.

La guerra diplomática secreta que precedió a Courtrai también es como se perfila. Un estudio de los documentos de los Archivos Nacionales, en particular de las categorías C. 47 y C. 49, ilustra cuánto sospechaban Eduardo I y sus comandantes de los franceses en aquella época. Un tratado vinculaba a Eduardo con Felipe, y el primero no podía ayudar abiertamente a los flamencos. El alivio que resultó la derrota de Felipe resulta bien evidente en su correspondencia siguiente a las noticias de Courtrai.

El uso de los códigos también es interesante. Algunos todavía no se han podido descifrar; otros, como el usado por Eduardo III en 1330 en su correspondencia con el papado, tan solo se pudieron descifrar cuando los historiadores tuvieron acceso a los archivos del Vaticano.

También Nottingham es tal como se describe, un burgo danés construido alrededor de un castillo, donde abundan pasadizos y galerías. Es más, en 1330, cuando el joven Eduardo III quería destronar a su propia madre y a su amante Roger Mortimer, él y un grupo de caballeros fieles consiguieron dar el golpe utilizando uno de estos pasadizos secretos para penetrar en el castillo y arrestar a Mortimer.

La historia de Robín Hood es una de las más famosas del folclore occidental, pero ¿existió realmente el hombre? Mi teoría de que así fue y de que luchó con Simón de Montfort se basa en un poema latino muy curioso que se halla en el folio 103 del *Registe Premonstratense* (manuscrito adicional M. 55 4934-5 en la Biblioteca Británica) en el que se indica que Robín Hood era conocido en 1304.

Andrew Wyntoun, un cronista escocés, en su trabajo *Primera Crónica de Escocia*, escrita en 1420, también recoge (en un verso que lleva la fecha de 1283) que «Little John y Robín Hood vivían entonces y libraban su guerra contra el gobernador de Sherwood».

Anteriormente, en 1341, John Forduen, un canónigo de Aberdeen, incluyó en sus *Crónicas escocesas* del año 1266 la siguiente afirmación: «En este tiempo se levantaron de entre los desposeídos (es decir, los que lucharon a favor de De Montfort) y se desterraron, aquel famoso Robín Hood y Little John con sus compañeros. Vivían como bandidos entre los bosques y los bosquecillos».

El asesino del bosque verde se basa en la teoría de que Robín Hood vivió durante el reinado de Eduardo I y, de acuerdo con las pruebas mencionadas anteriormente, fue perdonado por ese rey. También he entrelazado otras referencias, como la de que Little John fuera un criado del gobernador, la amarga relación de Robín Hood con

Guy de Gisborne y su condenado romance con Marión. La muerte del bandido en Kirklees pudo haber sido como se describe —los anticuarios del siglo XVIII y decían que tenía una inscripción no solo referente a Robín Hood, sino también a «William Goldberg y un hombre llamado Tomás».

La posición de un gobernador en la Inglaterra medieval era también la descrita en esta novela. Muchos gobernadores mantenían alianzas secretas con grupos de bandidos (por ejemplo, los Coterels en Leicestershire a mediados del siglo XIV, que incluso tuvieron el descaro de capturar al juez supremo del rey). Branwood no hubiera deslucido entre estos hombres; sin embargo, la historia de Robín Hood es una mezcla de muchas leyendas y esta novela ha de verse simplemente como una interpretación de ellas.